
UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE GABRIEL CABALLERO
PABLO
POVEDA
LA PLAYA DE LOS MUERTOS

Escribir el final de una novela… puede tener un precio muy alto.

Tan alto que puede costarte la vida.

¿Será Caballero capaz de resolver un crimen literario?

Gabriel Caballero, en busca de inspiración para su próximo libro y al inicio de sus vacaciones, encuentra un cadáver a orillas de la playa de un tranquilo pueblo costero de Alicante.

Pronto descubre que la víctima era una famosa autora de novelas de suspense y que su muerte se suma a una serie de asesinatos de escritores de novela negra en el mismo lugar.

Cuando se involucra en la investigación y recibe amenazas que lo incitan a abandonar el caso, su descaro y valentía lo impulsan a seguir adelante y enfrentar los peligros que acechan en la sombra.

Con la ayuda del inspector Rojo y la reportera Rosario García, Gabriel se adentra en un peligroso juego de toma y daca con el asesino, dispuesto a resolver el enigma que entenebrece la playa de aquel pueblo.

¿Descubrirá Caballero la verdad detrás de los asesinatos antes de convertirse en el próximo cadáver literario?

Pablo Poveda

La playa de los muertos

Gabriel Caballero - 14

ePub r1.0

Titivillus 06-09-2023

Título original: *La playa de los muertos*
Pablo Poveda, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



1

El verano siempre se ha remarcado como mi estación predilecta, tal vez por la coincidencia de mi nacimiento en su pleno apogeo, arrullado por el Mediterráneo y acunado, con fortuna, en un rincón tan maravilloso como la Costa Blanca, elegido por mi venerada madre. En este confuso y extraño teatro del mundo, ni la familia ni el lugar de origen son prerrogativas nuestras, pero he de admitir que la suerte me sonrió y nunca renegaré de ello. Pese a las inevitables cicatrices que el tiempo ha labrado en mi alma, no guardo amargos recuerdos del mar ni de Alicante, más bien al contrario. Afirman que tras la infancia no hay vida y que la madurez es tan solo un eco constante de ella. Quizás quien afirmó esto estaba en lo cierto. Jamás lo sabré con certeza, pero tengo la plena conciencia de que me extinguiré sin haberlo conocido todo, sin haber plasmado ni devorado los mejores libros, sin haber saboreado los mejores vinos de la comarca ni haber compartido lecho con todos los amores que hubiera deseado. No obstante, persiste un episodio desgraciado, que hasta hoy perdura imborrable en mi memoria.

Aconteció en verano, justo después del solsticio, y asumo que aquello fue una premonición.

El aviso crudo de que mis días pendían de un hilo, si no obraba en su salvaguarda.

Lamentablemente, hay capítulos de la vida que no hallan resolución.

Y yo, arrastrando mi pesimismo crónico y la hipocondría que a veces me define, empecé a pensar que el mío sería uno de esos.

2

La vida me sonreía, de algún modo: había vuelto a creer en el amor y en las injusticias. Lo mío con Carola duró lo que un whisky con hielo en una terraza veraniega en la playa de San Juan. Podría narrar la intensidad con la que nos devoramos el uno al otro y cómo nos derretimos como hielo incapaz de resistir a una ola de calor. No lo negaré, Carola despertó algo en mí que pocas mujeres habían logrado recientemente, y no me refiero solo al remolino de emociones que suscitaba en mi interior cuando me miraba con aquellos ojos turquesa, ni a ese cabello de ángel dorado que acariciaba mi rostro. Preferiría no hablar de ello.

Nos encontramos por casualidad, como suele suceder en las historias más intensas, y nos besamos en la primera cita. Ella no me conocía, lo cual resultó ser una cura de humildad para mi ego, aún lastimado tras la publicación de mi última novela, centrada en un ladrón de cuadros en Sevilla. Lo que comenzó como una atracción física y magnética pronto se convirtió en algo rutinario, estable y con visos de futuro. Carola leía novelas de misterio, temía a los fantasmas y no creía en el amor. Este último detalle me beneficiaba, puesto que hacía tiempo que yo había dejado de creer en algo que no fueran los libros. Los momentos que compartíamos eran divertidos, lo cual propició que invirtiéramos más y más tiempo juntos, viendo películas, descorchando botellas de vino y pidiendo comida a domicilio. Como era de esperar, me dejé llevar por la corriente, suponiendo que era lo correcto. Esa era una de mis grandes debilidades y, cuando ella comenzó a abrirse conmigo, a contarme sobre su pasado, sus relaciones problemáticas, yo, que asentía y guardaba silencio como un cadáver momificado, empecé a comprender que Carola, a pesar de renegar y de tener claros ciertos aspectos de su vida, seguía un patrón masculino del que no lograba liberarse. Ese patrón era el mismo que yo encarnaba: el maldito, el

creativo, el desastroso. Para desgracia suya y fortuna mía, la vida me pedía un respiro, unas vacaciones y un período de soledad del que pronto me cansaría.

Cada vez que la miraba a los ojos, me decía a mí mismo que lo nuestro no tenía futuro. Y el naufragio sucedió. Nuestra relación terminó del mismo modo en que comenzó: de manera abrupta e inesperada, y afortunadamente, antes de la llegada del verano. Sin embargo, su ausencia en mi vida, que significaba también la ausencia del intenso ejercicio sexual al que nos habíamos entregado durante meses, me devolvió una cantidad de energía y creatividad que había invertido bajo las sábanas. Volví a escribir como nunca, con la fe ciega de que tenía una obra maestra entre manos.

Lamentablemente, no fue así.

Tan pronto como las semanas pasaron y el entusiasmo de plasmar algo nuevo disminuyó, comencé a cuestionar el brillo de la historia y perdí interés, como solía sucederme a menudo. En el fondo, no tenía nada que contar y esa fue la razón por la que decidí frenar en seco. Pero algo en mi interior me instaba a continuar.

Una mañana de junio, entre reflexiones, fiestas nocturnas, resacas y largas sesiones de contemplación bajo el sol, desperté sin saber dónde estaba, debido al timbre del teléfono. La llamada era de mi editor literario, el quinto en mi carrera, no porque hubiera roto relaciones con los anteriores, sino porque pocas editoriales se arriesgaban a trabajar conmigo.

—Me debes un manuscrito, Caballero —dijo Abelló.

Lo admito, nunca he sido fácil de manejar, pero hay autores peores que yo.

—Lo tendrás pronto —respondí.

—Tenemos un contrato. Te quedan dos semanas.

—Tengo días de sobra.

—No seas pedante…

—En serio, Abelló. Simplemente, no me gusta enviar el trabajo sin terminar. Entiéndelo… Son manías de escritor.

—Dos semanas. Envía el manuscrito o devuelve el dinero.

Abelló colgó. No parecía muy contento.

En esta ocasión, después de haber escrito esa novela sobre ladrones de arte por la que nadie apostaba al principio, decidí enfocarme y aceptar la oferta y las condiciones de una pequeña

editorial que publicaba a viejas glorias olvidadas del estado, para llegar a fin de mes. Yo no era viejo, aunque empezaba a acercarme a la cuarentena, tampoco era una gloria literaria, por lo que sabía que no los iba a sacar de pobres, ni ellos a mí. El adelanto económico era suficiente para mantenerme ocupado durante unos meses, con la cabeza en su lugar y el corazón guardado en un cajón de roble bajo llave. Desafortunadamente, poco quedaba de él, así que tenía que escribir esa maldita novela.

La angustia me empujó a tomar una decisión precipitada. Quedaban atrás los días en los que las letras fluían en cualquier lugar, ya fuera el salón de mi apartamento con la compañía de los discos de Miles Davis o Coltrane, o un bar de mala muerte en el casco viejo de Alicante. Es increíble cómo nos acostumbramos tan rápidamente a lo bueno, a la comodidad, al lujo y al placer, y cómo nos cuesta tanto deshacernos de ello. Carola solía decir que nadie puede desear algo que desconoce, pero lo complicado es ignorar aquello que ya se ha experimentado, aunque sea solo una vez.

Un impulso visceral me llevó a reservar una semana en un aparthotel privado en un complejo de lujo cerca de la Coveta Fumà, entre El Campello y Villajoyosa. No pude resistirme cuando vi la oferta en mi pantalla. Esa era una zona de calas hermosas, playas naturales de difícil acceso y, sobre todo, de turistas extranjeros pasando sus vacaciones. En ese momento pensé que lo que necesitaba era pasar desapercibido, como un desconocido más. No razoné demasiado y pagué por siete días completos. El lugar estaba a escasa distancia de Alicante y me pareció ideal para aclarar las ideas y cumplir con el contrato.

A pesar de que el viaje no llegaba a la media hora en coche, sentía como si me adentrara en unas largas vacaciones, lejos de casa, como si fuera a cruzar el Atlántico. Algo en mi interior me indicaba que estaba haciendo lo correcto, como si la inspiración me estuviera llamando para ir hasta allí. Así que metí el ordenador portátil, el cargador y suficiente ropa en la maleta, para que no me faltara de nada. Me prometí que, una vez llegado al destino, apagaría el teléfono móvil para que nadie me molestara. Me sentía emocionado ante lo desconocido, lleno de energía y rebosante de entusiasmo. No era la primera vez que hacía algo así, pero sí había pasado bastante tiempo desde que sentí tal entusiasmo. Pensé que

quizás mi vida necesitaba un poco de acción creativa. En el breve período de tiempo que compartimos, Carola también me habló de las leyes invisibles de la atracción, de la causalidad y de un montón de teorías esotéricas universales que ahora no vienen al caso.

Pero basta ya de hablar de ella.

Esa noche me costó dormir debido a los nervios.

Lo que no sabía era que no lograría descansar en los días venideros.

3

El siguiente día, después de deleitarme con una tostada de jamón regada con café en el acogedor bar de la esquina, acomodé el equipaje en el limitado maletero de mi deportivo. Aseguré un viaje fluido llenando el depósito de mi Porsche Boxster antes de embarcarme en la aventura. Era un viernes matutino, la ciudad apenas despertaba cerca de las nueve, mientras un sol resplandeciente bañaba las aguas del Mediterráneo. Me contaba entre los pocos que padecían el síndrome de Stendhal al observar tal panorama, pero ¿qué culpa tengo de haber nacido en un lugar que despertaba tal admiración en mí?

Con las melodías de Coltrane envolviendo el ambiente, seguí obedientemente las indicaciones del navegador, tomando la carretera que abrazaba la costa, para no perder ni un ápice de la estampa que se desplegaba ante mí. No tenía prisa, mi única intención era despertar a la musa que parecía hibernar desde hace tiempo. Permití que la brisa húmeda, impregnada de un aroma a salitre y coco, acariciara mi rostro mientras los viandantes admiraban la silueta del descapotable rojo que manejaba. Seguí hasta que el navegador me condujo a la salida de una carretera comarcal que serpenteaba a través de las montañas que flanqueaban los pueblos costeros. A pesar de ser alicantino de nacimiento, confieso que el norte de la provincia era territorio poco explorado para mí. Y esto era en cierto modo ventajoso, ya que uno nunca se aburre del lugar que aún tiene rincones por descubrir.

Tomé un camino secundario de doble sentido que se desdoblaba hacia el horizonte. Tras dejar atrás El Campello, observé cómo la carretera se estilizaba, transformándose en un sendero de dos carriles. Después de varios minutos de subidas y bajadas, curvas cerradas y paisajes áridos, tomé el desvío que se ocultaba tras una señal de STOP. Un grupo de urbanizaciones se elevaba hasta la

cumbre de la montaña, algo que me parecía desconcertante al considerar que, no hacía tanto, ese espacio natural se había convertido en ladrillo.

Asegurándome de que no venía nadie, me sumergí en una bajada residencial, acercándome nuevamente a la costa. Estaba rodeado de viviendas unifamiliares de aspecto similar, tan desoladas como las avenidas que atravesaba, tan carentes de vida como la ausencia de bares. Decidí reservar mi juicio hasta establecerme en el apartamento. Después de todo, si anhelaba un lugar tranquilo, este parecía ser el perfecto.

Proseguí mi descenso hasta llegar a un cruce desde donde se apreciaba la orilla de la playa y un chiringuito estival. En una pendiente lateral, pude distinguir la entrada a un complejo residencial de color blanco. Entré por una de las puertas abiertas y apagué el motor. Inhalé profundamente, llenándome de la esencia del ambiente. Sentí que las vibraciones eran halagüeñas y que mi viaje apenas empezaba.

Bajé del coche y me aproximé a lo que aparentaba ser la recepción.

—Buenos días, señor —saludó una agradable recepcionista. Su atuendo reflejaba los colores marinos, blanco y azul, que caracterizaban al complejo—. Le damos la bienvenida al complejo Costa de Lux. ¿En qué puedo ayudarle?

—He realizado una reserva a nombre de Gabriel Caballero.

—¿Para dos personas?

La examiné y le brindé una sonrisa. Luego mi vista cayó sobre el anillo de casada y el colgante de la virgen que adornaba su cuello. Siempre tiendo a notar los detalles más sutiles.

—No, solo para uno.

—Pero, aquí indica que reservó para dos…

—Así es —contesté y le dirigí una mirada traviesa. A pesar de su encanto, no tenía la intención de coquetear con una mujer casada, al menos, no en aquel momento—. Tengo predilección por las camas espaciosas.

—Entiendo… —respondió, esbozando una sonrisa. Luego desvió la mirada hacia la pantalla de su ordenador para disimular. Mientras aguardaba, mi mirada se perdió en la visión del mar a través de la ventana—. Necesitaré que complete un formulario y me

deje su documento de identidad.

—Por supuesto.

En ese momento, sonó el teléfono y lo atendió.

—Costa de Lux. *How can I help you?* —respondió con un inglés muy decente—. *Sure… Ok, thanks… Have a nice day*.

Después colgó.

—Lo siento.

—No se preocupe.

—¿Por dónde iba?

—El formulario…

—Claro.

Cuando intentó pasarme el bolígrafo, este se deslizó al suelo. Visiblemente avergonzada, salió de detrás del mostrador para recogerlo. Sin embargo, fui más veloz y me adelanté, encontrándonos en una posición curiosa, con las rodillas flexionadas, frente a frente.

—No hay problema, gracias… —le dije al incorporarme con el bolígrafo en la mano—. Es simplemente un bolígrafo.

Ella sonrió, visiblemente aliviada, y me pregunté qué clase de personas se hospedaban usualmente en aquel lugar.

—Usted es de por aquí, ¿no es cierto? —preguntó al regresar a su sitio. Le entregué mi carné y nuestros dedos se rozaron. Ella reaccionó con un fuerte rechazo que me sorprendió y, con disimulo, intentó ocultar un tic nervioso en la mano.

—Absolutamente, más de por aquí de lo que usted podría imaginar.

Su expresión reflejó asombro al leer la dirección de mi domicilio.

—¿Vacaciones?

—Trabajo.

—Vaya. Contamos con una red inalámbrica a la cual puede conectarse.

—Es un gesto muy considerado. Sin embargo, para lo que hago, las distracciones son lo último que necesito…

—Ajá. Le entiendo.

—Le permitiré adivinar…

Se quedó pensativa un buen rato, mirándome de reojo.

—¿Escribe?

—Algo por el estilo.

Su interés se acentuó aún más.

—¿No será escritor, por casualidad?

Me sorprendió la pregunta y respondí con un gesto lúdico de pistola con los dedos.

—Sorprendentemente, acertó al primer intento.

Su mirada reflejó un cambio intrigante.

—¿Misterio, crimen…?

—Dos aciertos seguidos… Debería considerar monetizar ese talento…

En ese instante, su rostro experimentó una transformación total y no precisamente en un sentido favorable. La experiencia me había enseñado a descifrar las expresiones de las personas, especialmente cuando cometía algún desliz o realizaba comentarios inadecuados. A pesar de ello, en esta ocasión sucedió algo inesperado.

Lo que se había presentado como el inicio de una amistosa interacción, se tornó rápidamente en un escenario incómodo.

—Por favor, complete esto —me solicitó, sin establecer contacto visual. En ese momento comprendí que había cometido algún desliz, aunque no tenía claro cuál era—. Esta es su tarjeta para la habitación. La encontrará en el sector B…

—Un momento… —intervine, tratando de romper la rigidez de la situación, pero ella continuó evitando mi mirada. Noté su nombre en la placa—. Cristina, ¿verdad?

Los ojos de la chica, ocultos tras las lentes, me miraron con cierto temor. Un malestar inexplicable surgió en mi interior, desconcertado por lo que estaba sucediendo.

—¿He dicho algo inapropiado?

—No, no… En absoluto —respondió, visiblemente nerviosa—. Es que no me siento bien hoy. De vez en cuando, sufro de náuseas… Supongo que eso ha sido.

—No estoy seguro de cómo sentirme al ser el detonante… —intenté aligerar el ambiente con una broma, aunque no pareció contribuir a disipar la tensión—. Bueno, espero que se recupere pronto.

—Gracias, señor Caballero —respondió, todavía evasiva, y me indicó la entrada al aparcamiento subterráneo—. ¿Ese es su coche?

—Así es.

—Es muy bonito.

—Gracias… —contesté, algo extrañado, y me dirigí hacia la salida para aparcar dentro del complejo. Antes de alejarme de la recepción, me volví hacia ella—: ¿Hay algo importante que deba saber?

Ella me miró, sus ojos reflejaban preocupación, pero negó con la cabeza.

—Si necesita algo, no dude en llamar a la recepción cuando lo desee. Si no estoy yo, le atenderá mi compañero.

—Lo tendré en cuenta, gracias… —le respondí mientras me encaminaba hacia la salida, dándole la espalda y cuestionándome sobre la extraña dirección que había tomado la conversación.

4

Siguiendo las indicaciones proporcionadas por la recepcionista, estacioné mi descapotable en el aparcamiento subterráneo situado al otro lado del conglomerado de edificios. Me pareció curioso encontrarlo casi vacío. Era verano, en plena temporada alta y, normalmente estaría repleto de vehículos, pero no fue así. Evité construir conjeturas infundadas y simplemente lo tomé como una señal positiva; me garantizaba que no habría hordas de familias o clientes de larga estancia.

Un ascensor me trasladó hasta la segunda planta, donde descubrí el bar del hotel junto a una encantadora cafetería. En ella, un grupo de rostros pálidos y rubicundos disfrutaban de su almuerzo, intercambiando palabras en un idioma extranjero que no reconocí. Desde la barra, una joven española me dirigió una mirada inquisitiva, evaluándome de arriba abajo y preguntándose en silencio qué hacía allí. Le respondí con una sonrisa, a lo que ella correspondió con una expresión amigable antes de volver a sus labores. Comprendí que, si iba a pasar un tiempo en aquel lugar, eventualmente entablaríamos una conversación.

A mi derecha, donde terminaba la terraza, unas escaleras descendían hacia la planta inferior. Supuse que esa sería la salida hacia la calle y al restaurante. Miré al otro lado y quedé maravillado por la vastedad del mar y por las escaleras que conducían a mi habitación. No parecía complicado orientarse, siempre y cuando no abusara del alcohol.

Descendiendo las escaleras, me encontré con un hombre que vestía un mono azul, tenía la piel tostada por el sol y los ojos de un brillante color turquesa. Por su atuendo, deduje que debía ser parte del equipo de mantenimiento. Su rostro denotaba cierto descontento, quizás atribuible al cansancio o a la apatía de trabajar en un sitio que parecía más un laberinto que un hotel.

—¡Buenos días! —le saludé.

—¡Hola! —respondió.

Al notar mi presencia, se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Está bien, gracias —indiqué, sin intención de interrumpir su trayectoria. Después de todo, mi equipaje consistía únicamente en una bolsa ligera.

—No se preocupe. No tengo prisa —me aseguró.

—Ni yo, supongo… —murmuré más para mí que para él, pero eso no alteró su imperturbable expresión.

Proseguí y me encontré con la terraza de mi apartamento. Delante de mí, un pequeño sendero adoquinado ascendía hacia la cima y descendía hacia la playa. Me acerqué al muro de piedra y admiré la cala que se extendía a mis pies. Las olas acariciaban suavemente la orilla en la serenidad del día, el sol danzaba sobre el agua y algunos bañistas jugueteaban en ella. Inspiré hondo, permitiendo que el murmullo del Mediterráneo me envolviera. Era una sensación curiosa, pero quizás exactamente lo que necesitaba en ese instante. Allí no se escuchaba el bullicio del tráfico, ni el ruido de la multitud, ni se percibía el calor que desprendían los ladrillos de la ciudad. Tal vez no era el lugar idílico donde pasaría el resto de mis días, pero estaba convencido de que sería el entorno perfecto para terminar mi manuscrito antes de que se convirtiera en un inconveniente.

Avancé hacia la puerta, busqué la tarjeta y, en ese instante, percibí el chasquido de unas sandalias acercándose a mi espalda. Al girar, vi a una mujer rubia, notablemente más alta que yo, con un bronceado dorado y unos ojos que rivalizaban en claridad con el mar. Era hermosa, con unas piernas que parecían extenderse hasta el infinito y vestía un conjunto de lino blanco que apenas disimulaba el bikini oscuro que llevaba debajo.

Me quedé sin palabras al verla.

Me sentía pequeño a su lado, literalmente hablando, y tampoco creí que pudiera entender una palabra de español.

Se detuvo junto al muro de piedra que separaba el sendero de la pendiente y permaneció allí, ofreciéndome su espléndida silueta, reminiscente de un cuadro daliniano, pero en su versión escandinava. La brisa agitaba su melena lacia y brillante que le llegaba hasta el cuello y, en el siguiente momento, giró su rostro y

sus ojos se posaron en mí.

Aquel gesto me tomó por sorpresa.

Disimuladamente, pasé la tarjeta por el lector, pero no funcionó.

Al parecer, estaba cometiendo algún error.

Ella me sonrió a la distancia y yo le respondí en inglés, como si eso pudiera conducir a algo. No obstante, la magia se disipó cuando una sombra se acercó a ella desde un costado y una segunda presencia entró en escena. La calidez en el rostro de la mujer desapareció como un destello. Sus ojos, que antes estaban puestos en mí, ahora se dirigían a un hombre corpulento, con la cabeza afeitada, la camisa abierta hasta el pecho y la actitud de quien parte troncos con sus propias manos. Intercambiaron algunas palabras en aquel idioma incomprensible y desaparecieron juntos hacia la playa.

Los observé alejándose, preguntándome por qué las personas optaban por caminos que prometían más infelicidad que felicidad, solo a cambio de una ilusoria estabilidad emocional. La experiencia acumulada a lo largo de los años me había enseñado a no involucrarme en los problemas de los demás y a enfocarme en los míos, que ya eran suficientes. Sin embargo, aún permanecía en mí un vestigio del héroe antropológico que albergaba en mi interior, como sacado de una novela de caballerías.

Tal vez eso explicaba mi apellido, aunque probablemente no.

Mi padre nunca fue un héroe, ni tampoco mi abuelo, así que dudaba que la sangre de mis ancestros tuviera algo que ver. Lo que sí podía atribuir a mi ingenuidad eran las innumerables novelas que devoré durante mi juventud y los años posteriores. Me habían transformado en un loco soñador.

Porque, después de todo, la vida es un sueño con fecha de caducidad.

Pero eso es otro tema.

Finalmente, logré entrar en el apartamento, dejé mi bolsa a un lado y me desplomé en el sofá durante unos instantes. Tras examinar el lugar durante unos minutos, sentí la necesidad de explorar el complejo y socializar.

Si iba a pasar unos días allí, lo mejor sería llevarme bien con el personal. En realidad, estaba buscando una excusa para evitar enfrentarme a la página en blanco.

Salí de la estancia, tomé las escaleras y me dirigí al bar que se encontraba en el piso superior. Cuando llegué, el grupo de desconocidos había desaparecido, pero la camarera seguía tras el mostrador. Entré al local, me acerqué a la barra y nuestras miradas se cruzaron. Era joven, aunque no tan joven como inicialmente pensé. De todos modos, seguía siendo joven para mí.

—¡Buenas tardes! ¿Qué desea?

Miré el reloj y noté que se acercaba la hora del almuerzo, pero el lugar estaba vacío.

—Una cerveza bien fría, por favor —dije, mientras la observaba de cerca. No era muy alta, de tez morena y tenía un físico atlético. Lo que más me agradó fue su sonrisa cálida, ligeramente traviesa, pero también sincera—. ¿Dónde está todo el mundo?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que en el restaurante.

—¿Y tú no vas?

Ella frunció el ceño, sorprendida, y desvió la mirada hacia un lado, sin ocultar su sonrisa, mientras negaba con la cabeza. Abrió una botella de Heineken y la acompañó con un pequeño recipiente lleno de frutos secos.

—Tengo que estar en el bar hasta la tarde —explicó mientras recogía platos—, pero la cocina está abierta hasta las ocho.

—¿Y quién viene después?

Ella me miró directamente.

—Se supone que mi nuevo compañero —dijo, sin mucho entusiasmo. Por su acento, sospeché que no sería de muy lejos—, si es que ya han contratado a alguien… Por la noche solo está abierto el restaurante.

—Eres de por aquí, ¿no es así?

—Sí. De Alcoy. ¿Algo más?

Retrocedí, dándole espacio. Reconocía esa pregunta, era una invitación a dejarla tranquila.

—Oye, baja la guardia… No intento incomodarte ni flirtear contigo… —dije y noté cómo su lenguaje corporal se relajaba—. Voy a estar aquí unos días por trabajo, nada más… pero me sorprende que este lugar esté tan desocupado, siendo verano…

—Es junio. La temporada acaba de empezar y no es un lugar barato.

—Justamente por eso.
—¿A qué te dedicas? —preguntó con interés. Ese detalle despertó mi curiosidad—. Si no te importa que pregunte, claro…
—Soy periodista —respondí, recurriendo a mi antigua profesión para ver cómo reaccionaba.
Ella dejó de limpiar el vaso que tenía en las manos y vaciló antes de continuar con las preguntas.
—¿Periodista? ¿Vas a hacer algún reportaje del resort?
—No, exactamente.
—Ya veo… —dijo, adoptando una expresión más juguetona—. Vienes por la leyenda de la playa, ¿verdad? Cada cierto tiempo aparece alguien por aquí preguntando sobre lo mismo. A la gente le encanta el morbo y la fantasía.
No tenía claro a qué se refería, pero decidí seguirle la corriente.
—Claro —dije y di un sorbo a mi cerveza—, te refieres a…
—No puedes engañarme, ¿sabes? Aunque no me importa que haya menos clientes. Solo trabajo aquí durante los veranos para ganar algo de dinero, pero no me pillarás aquí para siempre…
—Perdona, pero…
La conversación se estaba volviendo interesante y empezaba a comprender el encontronazo que había tenido con la recepcionista. La camarera comenzaba a abrirse a mí y pronto me daría detalles sobre lo que sucedía. Desafortunadamente, un fuerte silbido proveniente del exterior nos interrumpió.
Me giré y vi a un hombre alto, robusto, de ojos marrones, que llevaba un polo con los colores del complejo. Reconocía su rostro, el de un sabelotodo que cree saber más que los demás, engaña a todo el mundo y cree que el lugar es suyo. Lo había visto tantas veces como años tenía, en los chiringuitos de playa, en las entradas de los hoteles, en los bares de copas. Esto era la provincia de Alicante, el Mare Nostrum, el puerto, una amalgama de civilizaciones y un crisol de raíces y culturas de las que heredamos, entre otras cosas, la astucia fenicia y el despotismo pirata.
Supuse que debía ser uno de los encargados del sitio.
—¡Sonia! —gritó, haciendo un gesto con la mano para que se acercara.
Observé su reacción. Noté cómo la voz del hombre le infundía temor.

—No permitas que nadie te silbe como a un perro, Sonia.

—Tengo que cobrarte…

—Gabriel. Así me llamo —dije, extendiendo un billete hacia ella —. ¿Estarás bien?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Sí… Samuel quiere que eche una mano en el restaurante. Le molesta que no haya nadie aquí. No soporta vernos ociosos.

—Así que Samuel es tu jefe.

—No, pero sí. Eso lo dice todo.

—Antes de irte, ¿a qué te referías con lo sucedido en la playa?

—En serio, Gabriel —dijo, apresurada, sin desviar la vista del hombre que la esperaba al otro lado de la terraza—, tengo que irme. Si no, vendrá aquí y armará un escándalo. Adora las broncas.

—No te preocupes.

—Disfruta tu cerveza y bienvenido —dijo con una pizca de complicidad y me guiñó un ojo. No supe cómo interpretar la señal, si era la cerveza empezando a hacer efecto o si el lugar estaba encantado.

Sonia se esfumó del bar y me quedé solo, apoyado en la barra, mientras vaciaba mi botella a sorbos. Al fondo, resonaba una de esas insoportables canciones veraniegas que detestaba.

Permanecí inmóvil unos instantes antes de salir del establecimiento con la cerveza en la mano y luego me encaminé hacia las escaleras por las que había emergido el encargado. El sol me quemaba con crueldad la espalda como si fuera una parrilla encendida. Caminé bajo el cobijo de la sombra proyectada por los apartamentos y descendí con cautela, asegurándome de pasar inadvertido. En el primer nivel, justo debajo del bar, descubrí un spa climatizado y un gimnasio donde una persona corría en una cinta. Al exterior, una piscina yacía desolada y en ella imaginé una escena terrorífica, como esas que había visto repetidamente en las películas americanas. Pegada casi al borde exterior, encontré la cocina del restaurante. Las escaleras se estrechaban y conducían hacia la entrada. Desde mi punto elevado, observé a ese hombre, Samuel, en la entrada del restaurante, recibiendo a los clientes.

Mi sorpresa aumentó cuando observé que la atractiva mujer rubia a la que había visto previamente cerca de mi apartamento, se dirigía a la entrada del restaurante con su acompañante.

«*Hello, miss Sabrina*», saludó el encargado, con un inglés austero pero funcional.

No era necesario ser un experto para captar el juego de miradas cómplices que intercambiaban la dama y el encargado. Estaba convencido de que habían compartido más que palabras. Una sonrisa maquiavélica se dibujó en mi rostro, hasta que alguien me sorprendió apareciendo por detrás.

—Disculpe…

—Oh, lo siento —dije, apartándome. Era de nuevo el empleado con mono azul.

—No puede beber aquí —indicó la botella y sentí el rebufo de su peste a sudor, cerveza y cigarrillos—. Está prohibido en la piscina.

—Desconocía esa norma —repliqué, sin intención de renunciar a mi bebida, dado su estado.

—Ahora ya la conoce.

—¡Gracias!

El hombre quedó desconcertado al ver que no me movía.

—Bueno, a mí me da igual… —respondió, abriéndose camino. Parecía tener una personalidad enigmática y me pregunté cuál sería su relación con el resto del equipo.

Regresé a la planta superior, sin hambre y con el efecto burbujeante de la cerveza ascendiendo a mi cabeza. El calor implacable estaba provocándome una bajada de tensión que clamaba por una siesta. Aunque no había empezado a trabajar desde mi llegada, me estaba adaptando al entorno.

Finalmente, decidí volver al apartamento, tomar una siesta y descansar hasta que aflojara el calor. Pensé que eso me ayudaría a aclarar la mente y a refrescar las ideas. Después de esto me enfrentaría al teclado.

Al llegar a la habitación, encontré una nota deslizada bajo la puerta. Lo que más me sorprendió no fue que estaba escrita a mano, sino lo torcidas que estaban las letras.

«Déjalo estar», decía.

De pronto, una corriente cálida me provocó un escalofrío que me hizo temblar las piernas y el sudor empezó a gotear por mi frente.

No podía creerlo y preferí apostar que se trataba de un error.

5

Consideré la nota una grotesca broma y un claro error. Eso era lo que asumí tras leerla por segunda vez. Mi llegada había sido un tanto caótica, sin embargo, era absurdo pensar que la recepcionista la había dejado para mí. Parecía más razonable que el mensaje hubiera sido destinado a otra persona.

Una vez que leí la nota, salí a la terraza y escudriñé los alrededores, en busca de alguna silueta, de alguien que pasara cerca, pero el camino estaba desolado. Después de la comida, reinaba la tranquilidad de una adormecedora tarde de calor a orillas del mar, que se extendía por todo el complejo.

Desafortunadamente, soy de esas personas que no pueden ignorar los misterios de la vida ni los problemas sin solucionar. Quizás sea un trauma del pasado, un episodio abierto que arrastro desde la infancia, pero lo cierto es que necesitaba averiguar quién había dejado esa nota en mi habitación y por qué. En el fondo, algo me decía que mi búsqueda sería infructuosa y que la hipótesis culminaría con una pelea de pareja, un mensaje incompleto o, simplemente, una frase aleatoria.

Abandoné el alojamiento y subí las escaleras que conducían al bar y, desde allí, al otro lado del complejo de apartamentos, donde se ubicaban el resto de las instalaciones. Recorrí la terraza, atravesé un pasillo y me encontré perdido en un laberinto de baldosas y paredes blancas. Al dar marcha atrás, me topé otra vez con el hombre del mono azul, oculto en un rincón por el que no pasaba nadie, fumando un cigarrillo, sentado sobre uno de los escalones que descendían a la calle. Al verme, se apresuró a apagar la colilla y deduje que fumar allí estaba prohibido.

—Perdone…

—No se preocupe, no soy policía —dije haciendo un gesto circular en el aire con el dedo índice—. ¿Podría indicarme cómo

llegar a la recepción?

El hombre sonrió, rascándose la barba blanca.

—Es fácil perderse por aquí. Todo parece igual.

—Acabo de llegar. Supongo que me llevará algo de tiempo acostumbrarme…

—No se acostumbre mucho.

—¿Por qué?

—Porque se aburrirá, como todos —explicó y desvió la mirada —. Tendrá que regresar a la terraza del bar y bajar las escaleras que están junto al ascensor. Allí encontrará señales que lo guiarán hasta la recepción.

—Muchas gracias… —respondí, vacilando antes de despedirme —. Ha sido de gran ayuda.

—Para eso estamos.

—Por casualidad…

—¿Sí? —preguntó, girándose de nuevo. Parecía ansioso por quedarse solo y disfrutar su tiempo libre.

—Estoy alojado en la habitación de la primera planta, junto a las escaleras… —le expliqué, aunque él parecía no seguirme—, donde lo encontré esta mañana.

—Muy buen sitio. Tiene buenas vistas.

—No me refiero a eso…

—Escuche, yo solo soy el empleado de mantenimiento. Si tiene algún problema, informe a mis compañeros y ellos sabrán qué hacer… Si se le atasca la cisterna del cuarto de baño, entonces avíseme.

—Por casualidad, ¿sabe quién se alojaba en ese apartamento antes de mi llegada?

El hombre se encogió de hombros y resopló.

—Por aquí pasa mucha gente… y la mayoría no se parecen a usted, ni a mí.

—Lo imaginaba… Que tenga un buen día.

—Usted también —dijo, y me alejé reflexionando. Al girarme para preguntarle su nombre, el tipo ya se había marchado. Presumí que charlar con los clientes del resort no era su preferencia, al menos con los que preguntaban demasiado.

A partir de las instrucciones que me había dado, regresé a mi punto de inicio. Luego me orienté por las señales y las flechas hasta llegar

a una terraza desconocida para mí, circundada por apartamentos y dotada únicamente de tumbonas vacías y luces para la noche.

En un rincón descubrí una máquina dispensadora de bebidas y refrescos, un detalle que me resultó intrigante. Frente a ella se encontraba la puerta de cristal corredera que daba acceso a la recepción. Me acerqué y no localicé a nadie en el mostrador. Intenté posicionar mi cuerpo para activar el sensor y abrir la puerta, pero no se movía.

Entonces, observé un cartel suspendido por una ventosa.

«Volveré en una hora. Si se trata de una emergencia y necesita algo urgentemente, llame al número de la central», leí en voz baja.

—Perfecto…

—¿Necesitaba algo? —preguntó una voz masculina que emergió de la nada. Desvié la mirada hacia mi izquierda y vi a un hombre de unos cincuenta años, aspecto de bonachón, vestido con una camisa blanca y pantalones de traje azules. Por su vestimenta y actitud servicial, deduje que no era un huésped más, sino un trabajador del lugar—. La recepcionista salió hace un rato. No se sentía muy bien.

La respuesta inesperada disipó mis preguntas y aclaró mis dudas.

El hombre, empapado en sudor por el calor y su ropa formal, me tendió la mano. Se la estreché y sentí una sensación similar a la de sostener una trucha muerta entre mis dedos.

—Mi nombre es Julián Morales. Si puedo ayudarle en algo…

—Caballero… Gabriel Caballero —respondí, notando cómo no me soltaba. Retiré la mano y, de manera discreta, la sequé en la parte trasera de mi pantalón, aunque no creo que ha sido suficientemente útil—. Trabaja aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es el propietario de este sitio?

—¿Qué? —preguntó, reclinando su cuello hacia atrás como un avestruz. Luego se rio—. No, no…

—¿Director?

—Podríamos decir que… soy el gerente, por así decirlo. —Aclaró su garganta y miró la mancha de sudor que tenía bajo el pecho—. Me encargo de que todo funcione correctamente y de evitar problemas con el personal, si entiende lo que quiero decir…

—Supongo que sí.

—Este lugar es muy amplio y tiene una larga tradición, señor

Caballero.

—¿Esto? ¿Tradición?

—Ya sabe… Hay que tener ojos en todas partes.

—Entiendo.

—¿Se está hospedando aquí?

—Sí, durante una semana.

—Vaya. Una larga estancia. Supongo que habrá venido a desconectar. Este complejo es el apropiado para ello. Espero que disfrute de sus vacaciones y que se sienta como en casa…

—No será muy difícil —contesté, sonriendo ante su comentario —. Vivo en Alicante. Estoy aquí por motivos laborales.

—¡Qué interesante! —exclamó, mostrando un interés exagerado y titubeó, pareciendo inseguro y moviendo las manos—. Perdón por mi ignorancia, pero… ¿es usted algún tipo de celebridad en las redes, un influyente de los que están en todas partes? De verdad, estoy muy desconectado de esos mundos modernos…

—¿Qué? No, por favor… Soy reportero.

—¡Ajá! —exclamó, abriendo los ojos—. Ahora lo entiendo. La compañía le ha contratado para escribir un reportaje publicitario sobre el complejo y sus instalaciones. Por eso está aquí, ¿me equivoco?

Exhalé por la nariz, encontrando algo entrañable en la actitud de aquel hombre. Algo me indicaba que trabajar en aquel lugar podría ser monótono y triste. Tras concluir la bulliciosa temporada de verano, imaginé que el resto del año debía ser un letargo interminable para todos los empleados.

—Estoy aquí para escribir una novela. Necesitaba tranquilidad, distancia de la ciudad, de las distracciones, de los vicios y de todo lo que me impide concentrarme.

—Así que es escritor… Le envidio, no tiene idea… Debe ser una profesión fascinante. Escribir sobre los viajes que uno realiza, viajar para vivir, vivir para escribir… Qué fantasía…

—Mis relatos están llenos de crímenes y misterios. Es otra forma de vivir la escritura y responder a los enigmas cotidianos.

Al mencionar el género de mi historia, su expresión cambió, como ocurrió también con los demás trabajadores a los que les hablé de esto y el encargado adoptó un tono de voz más grave y pausado.

—Vaya… —De repente, entrelazó las manos frente a la cintura y se quedó pensativo—. Escribir una novela en una semana… eso suena a proeza.

—No parece entusiasmado con lo que acabo de decir.

—No, no se confunda —respondió cambiando su semblante—. No soy un ávido lector, pero he de decir que otros escritores, incluso algunos extranjeros, se han alojado aquí. O eso afirmaban… Pero, ¿sabe qué? Nunca terminaron lo que comenzaron.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

El hombre se rio.

—Nos habríamos enterado. La empresa habría hecho publicidad por todas partes. —Suspiró y carraspeó—. De verdad, Caballero. Piénselo bien… Por unos días de descanso, no se acabará el mundo, ni su carrera. Este no es un lugar para trabajar, sino para relajarse.

—En esta ocasión, seré la excepción. Debo escribir esto o tendré problemas…

—En ese caso, le deseo mucha suerte. ¿Una semana? Por Dios… Tarea ardua. Ojalá la complete, pero apostaría a que no lo hará…

—¿De veras quiere apostar? —le pregunté, desafiante.

—Lo… lo siento. No me malinterprete. No le conozco en absoluto.

—No, apostemos.

—¿Qué?

—Apostemos un trago a que termino el manuscrito antes de marcharme.

—Una bebida parece una apuesta justa… En ese caso, la acepto.

—Por cierto, Julián… —dije, aprovechando la familiaridad que había creado para preguntarle sobre la nota. Esta vez, emplearía mejor mi astucia—. ¿Sabría decirme quién se aloja en el apartamento B10?

El hombre entrecerró los ojos, intentando recordar.

—La verdad es que no, señor Caballero. ¿Por qué lo pregunta? ¿Le están molestando?

—No, es mi alojamiento. Alguien ha dejado esta nota bajo la puerta. —Se la mostré y la examinó detenidamente durante varios segundos. No comprendí qué le interesaba tanto, ya que solo contenía una frase. Luego, desvió la mirada y me la devolvió.

—Parece escrito con una de esas reglas de plástico del colegio…

—Eso o que le tiembla el pulso demasiado.

—No le dé mayor importancia. Parece una broma infantil.

—También he considerado esa posibilidad.

—Por aquí hay muchas familias. Los niños se aburren después de unos días. Entiendo que los adultos buscan descanso, pero ellos se ven atrapados entre la playa y el apartamento. Al menos, contamos con una buena conexión a Internet.

—Indispensable para las vacaciones —contesté con sarcasmo, aunque no pareció entenderlo—. Gracias por la explicación. Me siento más tranquilo ahora.

—Si algo así vuelve a ocurrir, avíseme. Lo último que quiero es que pierda su apuesta por mi culpa.

El comentario me provocó una sonrisa.

—Agradezco su atención, aunque no creo que sea necesario… —respondí, sintiendo que era el momento de despedirme—. No le quitaré más tiempo. Las novelas no se escriben solas.

—Ha sido un placer ayudarlo y conocerlo —dijo, extendiendo nuevamente su mano—. No todos los días tengo la oportunidad de conversar con alguien tan interesante.

Rápido en responder, me acerqué y le di una palmada en el hombro, evitando su sudorosa mano.

—Será el primero en conocer mi progreso… Ahora debo ponerme a escribir —dije para despedirme y emprendí el camino de regreso a mi apartamento.

—¡Señor Caballero…! —exclamó desde el lugar donde lo había dejado.

—¿Sí?

—Que la inspiración lo encuentre trabajando.

6

Reconozco que la conversación con el responsable me dejó preocupado y sin ánimo de sentarme a escribir. De regreso al apartamento, decidí restarle importancia a la nota que había encontrado; era mejor olvidarme del asunto y enfocarme en escribir en serio. Después de todo, me había jugado un trago con ese desconocido y tengo una tendencia considerable a perder la calma.

Para liberar tensiones y preocupaciones, encontré en la nevera del apartamento una botella de vino blanco que me ayudó a relajarme en el sofá al llegar.

Aunque se dice que la inspiración llega mientras trabajas, en mi caso, no me sentía completamente preparado para ponerme a teclear. Había traído el disco de Coltrane para escucharlo en el ordenador y también las anotaciones que había tomado durante las últimas semanas en mi cuaderno personal. No obstante, en aquel momento, mi cuerpo requería un descanso y siempre he experimentado dificultades para superar los caprichos del verano.

Decidí abrir la cristalera para dejar que la brisa entrara y me acomodé frente a la televisión, aunque sin intención de encenderla. A un lado de la habitación estaba la cocina, conectada con la estancia, mientras que al otro lado se podían apreciar las vistas de una amplia terraza y el resplandor que atravesaba la cristalera, colándose dentro. Aunque no alcanzaba a ver el mar, podía imaginarlo bajo el cielo azul despejado que se desplegaba ante mis ojos. A pesar de que nadie me había llamado recientemente, activé el modo avión de mi teléfono, para evitar interrupciones.

Un rato después, con dos copas vacías y el sonido de mi propia respiración, sin darme cuenta, me sumergí en la lectura de Camilleri, buscando inspiración, hasta que caí rendido como un espeto de sardinas.

El sueño se apoderó de mí y me sumergió en una de esas siestas

veraniegas que al despertar se sienten como una patada en el hígado.

En medio de una confusión onírica en la que no lograba diferenciar entre lo real y lo imaginado, un grito me devolvió la consciencia y me sacó abruptamente de la fantasía. Era la voz de una mujer, desesperada.

Con todo el desorden mental que sentía, en los segundos posteriores, me di cuenta de que, por desgracia, aquel no era un sueño.

Miré hacia un lado y vi la botella y la copa de vino sobre la mesa. Luego, giré la cabeza hacia el otro lado y contemplé la terraza del apartamento y el paseo que se extendía más allá. Los gritos continuaban, provenientes de la playa.

Todavía aturdido, me levanté y salí para averiguar qué estaba sucediendo. Los huéspedes se asomaban a los balcones, impulsados por la curiosidad. Atravesé la terraza del apartamento, me acerqué al paseo y encontré un grupo de personas rodeando a una mujer de mediana edad y a una niña en la orilla de la playa. La madre parecía más angustiada que la jovencita, quien observaba a la gente como si hubiera cometido una falta grave.

Bajé corriendo por la pendiente y tomé las escaleras que conducían a la playa, para entender qué ocurría. A medida que me acercaba, la tensión que emanaba de todos los presentes me afectó. La mujer no dejaba de gritar, como si esos gritos fueran su única conexión con la cordura. No la culpo, pensé mientras me abría paso entre los curiosos y aquellos que intentaban calmarla. Entonces vi lo que las olas habían arrastrado hacia la orilla. Una fuerte náusea me invadió, casi provocándome un vómito. Me aparté un momento, respiré hondo y luego volví a enfrentar la escena. Soy un masoquista, lo sé, pero no quería perder detalle de aquel momento. Entre palas y rastrillos de plástico se encontraba desenterrado el cadáver de una mujer mayor con los ojos abiertos. La niña y la madre habían estado sacando arena de la orilla con un cubo para hacer castillos, hasta que el mar las sorprendió.

—Dios Santo… —murmuré, atónito, sin poder creer lo que mis ojos presenciaban.

La situación era inusual. A lo largo de mi carrera, había sido testigo de muchas escenas desagradables, pero aquellos dos ojos nos

observaban a todos como si ocultaran una verdad que no podían revelar.

—¡Todos fuera, por favor! —exclamó alguien que se acercó por detrás. Me aparté a un lado y reconocí al personal del SAMUR, que se apresuraba a atender al cadáver, a la mujer y a la niña. Pronto se dieron cuenta de que para esa señora ya era demasiado tarde.

Luego, apareció la policía abriéndose paso entre la multitud y desalojándonos a todos.

En ese momento, alguien me agarró del brazo y me zarandeó hacia un lado. Cuando me giré para calmar al agente, reconocí su rostro.

—Siempre metido en el ajo… —espetó Rojo al verme, vestido con su característico atuendo de gafas de aviador, camiseta negra y vaqueros.

—Esta vez, no tengo nada que ver… —dije, haciendo un juego de palabras y señalando los ojos.

—Sigues teniendo la gracia en el culo. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dije y me encogí de hombros—. Estaba durmiendo la siesta en mi apartamento cuando oí los gritos de esa mujer… Bajé lo más rápido que pude para enterarme de lo que sucedía y… ahí lo tienes.

—¿Tu apartamento?

—Has oído bien —dije y señalé hacia arriba.

—¿Qué demonios se te ha perdido aquí?

—Eso me pregunto yo… —respondí, frotándome el mentón—. No quiero aburrirte, pero vine unos días para terminar un libro que…

—Muy bien. —Miró hacia otro lado, asegurándose de que sus compañeros atendieran la situación—. ¿Por qué aquí?

Hasta ese momento, no me había detenido a pensar en la razón por la que el inspector estaba allí. Ingenuo de mí, estaba tan acostumbrado a sus desconcertantes apariciones, que había olvidado que seguía siendo inspector de la Brigada de Homicidios de Alicante. Entonces caí en cuenta de que el cadáver probablemente estaría relacionado con algún tipo de investigación.

Rojo me chasqueó los dedos delante de la cara.

—¡Eh! Despierta… ¿Sigues ahí?

—Sí.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Quién es la mujer?

—¿Estás sordo, Caballero?

La pregunta me provocó una sonrisa que no pude ocultar y, de pronto, comencé a reír.

—Además de despistado, sigues siendo igual de idiota.

—¿Por qué no me lo has contado?

—¿El qué? —preguntó, cada vez más tenso.

—Tu presencia, aquí…

Rojo me agarró con fuerza del hombro y me apartó de la multitud para que no nos oyeran.

—Mira, vuelve a tu apartamento y escribe ese libro, pero olvídate de lo que acabas de ver.

—¿Cómo me voy a olvidar de esos ojos, Rojo? —formulé, de nuevo, jugando con el tono y las palabras y señalando al cuerpo—. Mira cómo nos observa.

Rojo se dio la vuelta y le hizo un gesto a los suyos para que cubrieran el cadáver.

—No me jodas, Caballero…

—¿Qué está pasando?

Se quitó las gafas de sol, ya que el sol se escondía poco a poco tras las montañas, y con los brazos en jarra, me observó en silencio con una mirada aniquiladora que hablaba por él.

—No lo sabemos.

—Pero hay una investigación abierta… —continué, ayudándole a completar la frase—. ¿Crees que no iba a captar por qué estás aquí?

—Tu inteligencia me deslumbra —respondió con socarronería y suspiró—. Hace unos días, alguien avisó de la desaparición de una mujer británica de unos cincuenta años que pasaba las vacaciones en Villajoyosa… Por supuesto, nadie se enteró de nada. En temporada baja, esta zona tiene aún menos movimiento.

—¿Y su familia?

—Estaba divorciada y había viajado sola. Cuando contactamos con sus hijos, no quisieron responder…

—¿Cuál fue la razón?

—No lo sabemos, pero no parece que tuvieran muy buena relación.

—¿Quién denunció la desaparición?

Rojo negó con la cabeza.

—Alguien desde Inglaterra. Es extraño, lo sé. Desconocemos la causa, pero la orden se activó…

—¿Es la mujer que buscáis?

—Eso parece… La marea debió de habérsela llevado hacia dentro, pero no del todo.

—El mar es sabio y devuelve lo que no le pertenece.

—Ya. —Rojo guardó silencio, esperando que dejara de lado las frases hechas de libros metafísicos—. Escucha, tengo trabajo. Los de la Científica están por llegar para extraer pruebas. Suerte con ese libro.

—¿Nos volveremos a ver?

—Lo dudo —respondió con sequedad y luego retrocedió, al darse cuenta de su actitud—. Ya sabes cómo es el verano. Con el calor, las cucarachas salen de las alcantarillas y la faena se multiplica.

—Entiendo —dije, apretando los labios y despidiéndome de él.

Con Rojo, la relación funcionaba así. A pesar de la distancia que mantenía entre él y el resto del mundo, sabía que lo hacía para protegernos del infierno que, en ocasiones, rodeaba su vida.

No lo juzgué, ni tampoco le exigí más.

Me había salvado la vida en más de una ocasión, pero la gente cambia, y yo también, aunque nunca lo parezca. Después de tropezar durante años con la misma piedra, había aprendido a escuchar sus consejos y tomarlos al pie de la letra.

—Cuídate, juntaletras. Sé que la vida te sonríe últimamente.

—¿Por qué dices eso?

—Soy tu fiel seguidor —dijo, bromeando y me dio una fuerte palmada en el hombro—. Te llamaré un día para ir al Guillermo, como en los viejos tiempos.

—Hablas como un viejo.

—Lo soy. Y tú empiezas a serlo.

Sonreí y vi cómo se alejaba.

—Rojo…

—¿Sí? —preguntó, poniéndose las gafas de sol.

—¿Cómo se llamaba la mujer?

Él vaciló antes de responder.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por mera curiosidad…

—La curiosidad mató al gato. —Se dio la vuelta y caminó por la arena hacia el grupo de policías que custodiaba las dos cuencas azules que había en la arena. La suela de sus botas marcaba un sendero de huellas hasta la escena del crimen. La razón por la que no me había dicho el nombre de la víctima era la chispa que había encendido el fuego y el motivo por el que iba a descubrir quién era esa mujer.

Luego subí los peldaños y regresé a mi apartamento, pensativo, intentando comprender cómo había llegado el cadáver hasta ese lugar.

Desde el mirador del paseo, contemplé la infinidad de la costa y vi la bahía rocosa que separaba la cala en la que me encontraba de toda la costa de Villajoyosa.

Al fondo, a la izquierda, quedaban los rascacielos de Benidorm, que se abrían paso entre los edificios, formando un paisaje propio de una película de Hollywood. A mi derecha, el sol se escondía tras las montañas del sur. Pronto sería tarde y no habría muchos que dormirían ese día en aquel paraje.

7

Pasé el resto de la tarde buscando en Internet la información que Rojo me había dado. Me pareció extraño no haber oído sobre la noticia cuando sucedió, pero es verdad que estaba desconectado de las redacciones. Mi carrera como reportero de sucesos había tocado fondo años atrás. De vez en cuando, miraba al pasado como una época dorada llena de aventuras mano a mano con el inspector, buscando noticias en cualquier rincón de Alicante. Después, iba a la terraza de un hotel caro, me sentaba en la barra para pedir un negroni o un whisky sour bien preparado y así olvidaba el dolor de la nostalgia.

Recordar que en esa época no me alcanzaba para pagar esas bebidas era fácil.

Por fortuna, mi olfato periodístico nunca se durmió del todo. Aunque ahora me dedicara a escribir reportajes publicitarios para revistas de moda, novelas de misterio autobiográficas y artículos de opinión que a nadie le interesaban, seguía empeñándome en resolver los rompecabezas que planteaba a diario la sociedad.

El mundo es un lugar complejo y hostil, lleno de claroscuros y secretos ahogados en las profundidades de la sociedad, aunque nos intenten convencer de lo contrario.

Después de una larga hora y media buscando información sobre esa mujer, solo encontré breves noticias que mencionaban el suceso y el origen de la desaparecida. Comprendí que la investigación seguía abierta, aunque la policía tardaría unos días en dar una explicación a su defunción. Podría haber muerto ahogada, pensé, pero lo extraño era que hubiese tardado tanto en aparecer en la playa. Solo imaginar el momento en el que la encontraron, me puso la piel de gallina.

A la hora de la cena, comencé a sentir el estómago vacío.

No había ingerido nada más que alcohol en todo el día, así que

decidí que me vendría bien comer algo y socializar un poco. Tras el suceso, era probable que los huéspedes hablaran del asunto y que el personal del complejo intentara calmar los ánimos. No era buena publicidad para la empresa, pues nadie quería estar en el mismo lugar donde había aparecido un cadáver.

Me vestí con una camisa fina de color azul celeste, unos pantalones caqui veraniegos y unas alpargatas de trenzado que había comprado recientemente en Elche. El periodo estival también había que vestirlo de manera que contrarrestara la ridícula moda de sandalias con calcetines que traían algunos del norte.

Salí del apartamento, subí las escaleras y alcancé la terraza del bar, que ahora estaba tranquila y vacía, decorada con un juego de luces que le daban cierta elegancia. El ligero bullicio, la nota de vida en aquel sitio silencioso provenía del restaurante, así que me dejé llevar como si fuera un roedor siguiendo la música del flautista. Al llegar, me encontré de nuevo con esa mujer que había visto antes. La tenía delante y era más alta de lo que había pensado en un principio, a pesar de que sus tacones no eran muy altos. Llevaba un vestido que dejaba al descubierto su espalda morena, un bronceado que debió de haberle tomado horas, calculé, dado el contraste con la palidez del interior de sus brazos.

—*Good evening*… —saludé, sonriendo con amabilidad.

—Buenas noches —respondió ella, seca, sin intenciones de entablar una conversación. Su acento era notable, aunque tenía una pronunciación pulida, lo cual me hizo suponer que practicaba el español con frecuencia.

Señalé hacia la entrada, con un gesto amistoso.

—¿Está esperando a alguien?

—No, no se preocupe —respondió y se protegió con un diminuto bolso de una conocida marca de lujo—. Espero a una persona.

«No ha mencionado a su marido».

Me acerqué a ella y le ofrecí la mano.

—Gabriel —dije, insistente, pero ella se abstuvo durante unos segundos, hasta que entendió que no iba a retirar el saludo y me estrechó la mano sin ganas—. Un placer. ¿Y usted?

—Sabrina.

—¿Alemana?

—No.

«Simplemente, borde».

—*Miss* Sabrina… —dijo la voz del encargado desde la entrada. Con su aparición, supe que nuestra interacción llegaba a su fin—. Un gusto verla de nuevo… Qué bella va usted esta noche…

Aunque ella se mostraba tensa y sin ningún tipo de interés en reírle las gracias al encargado, se dejó agasajar unos segundos y entró con él al restaurante. Me quedé pasmado, viendo la interacción, replanteándome si cenar en ese lugar o conducir hacia la ciudad, cuando una sombra me abordó.

—Algún día, el marido le cortará las pelotas y espero estar presente para verlo… —reveló la voz del hombre de mantenimiento, apareciendo entre los arbustos—. Usted piensa lo mismo que yo.

Me giré y lo observé, confundido. No sabía de dónde había salido, ni qué hacía ahí metido, pero lo cierto era que estaba a mi vera. Llevaba una indumentaria informal, nada elegante, y actuaba de un modo extraño, así que intuí que habría bebido.

—¿Dónde está el esposo?

—No es lo que cree. Ese es su amante. Uno de muchos.

—Vaya gusto tiene…

—El marido solo vino una vez, hace diez años, y se quedó en una suite.

—No sabía que estaban disponibles.

—No lo están. Son suyas. —Carraspeó y se quedó mirando a la pareja—. Esa mujer era feliz y joven. Ahora es una vieja amargada.

—Dicen que vemos en otros lo que no somos capaces de aceptar en nosotros…

—Váyase al cuerno. Le digo lo que sé. Para él, es lo que habitualmente hace, y ella es su favorita… Se ve que le pone cachondo pensar que es la esposa del dueño de la compañía.

—¿Trabaja aquí desde hace muchos años?

—Los suficientes.

—Supongo que se ha enterado de lo ocurrido esta tarde… —dije y sentí que el teléfono móvil comenzaba a vibrar en el interior del bolsillo del pantalón. Hasta ese momento, había supuesto que estaba apagado o en modo avión, pero no era así—. Un momento…

—Claro.

Comprobé la llamada y no reconocí el número.

No era Rojo, así que intuí que sería una llamada de trabajo. Por la hora que era, dejé que sonara y anulé el sonido.

—Perdone, me estaban llamando…

Cuando me giré para mirarlo a los ojos, el empleado había desaparecido. Subí los escalones en los que se había sentado y miré por los arbustos, pero no había ni rastro de él.

—¿Se le ha perdido algo? —preguntó Samuel, el guaperas del restaurante. Lo miré a los ojos y vi más allá de ellos. No me gustaban sus intenciones.

—Ya lo he encontrado.

—Bien —dijo y después dio la vuelta para revisar la entrada del restaurante—. ¿Va a cenar esta noche en el restaurante?

—¿Hay algo abierto por esta zona?

—No, que yo sepa.

—Claro, qué cosas tengo…

—Si va a cenar, dese prisa… Nos queda una mesa en el rincón. El resto está reservado.

—Gracias por el apunte. —Seguí allí de pie, viendo cómo regresaba al interior del local decorado con parafernalia marina.

Las preguntas comenzaron a brotar en mi cabeza, a medida que el comentario del hombre de mantenimiento bullía en mi mente. No quería emitir juicios precipitados. No era la razón por la que estaba allí, pero comencé a sentir curiosidad por la relación que unía a Samuel con el cadáver encontrado en la playa.

Tal vez estuviera delirando y lo que necesitaba era pegar bocado. Las decisiones importantes, raras veces deben tomarse con el estómago vacío.

8

Opté por pasar desapercibido durante mi primera noche en el resort, al menos en la medida de lo posible y fue una familia extranjera la que me salvó, al verlos cargando unas cajas de cartón. Anoté el nombre del lugar y pedí que me trajeran una pizza a la puerta del complejo. Por teléfono, me informaron que tardaría unos treinta minutos. Decidí aprovechar el tiempo dando un paseo por el exterior, ya que el complejo de apartamentos estaba vacío a la hora de cenar. Aunque con pocas esperanzas, me asomé a la recepción en busca de la chica, pero la entrada estaba cerrada, solo un cartel colgaba en la puerta de cristal.

La noche era agradable y el vecindario tranquilo, debido a la escasa presencia de personas y al comportamiento más silencioso de los extranjeros. El sonido de las olas rompiendo al final de la cuesta parecía estar justo delante de mí. Mis pasos resonaban en el asfalto mientras caminaba, dejándome llevar por mis pensamientos y la melodía de la playa. No podía dejar de pensar en lo sucedido esa tarde en la playa. Tenía el presentimiento de que el lugar trataba de comunicarme algo, aunque también era posible que mi mente buscara una distracción para evitar pensar en el manuscrito.

Al llegar al final de la cuesta, vi las bombillas de colores que parpadeaban sobre un chiringuito de madera. Era el bar que había avistado desde mi apartamento y parecía estar abierto. Sin embargo, no se escuchaba música ni había mucha actividad. Revisé la hora y vi que aún tenía que esperar un poco más, así que continué caminando hacia el bar, lleno de curiosidad por lo que encontraría en su interior.

Una vez cerca, noté la presencia de alguien tras la barra. El chiringuito parecía una barraca construida con troncos y tablas, con una terraza en el exterior. Me recordaba a los puestos de alquiler de tablas de surf y vela que solían estar en las playas en el pasado.

—¿Hola? —pregunté al entrar, captando la atención del hombre que estaba tras la barra. Tenía el pelo largo y vestía una camiseta de Iron Maiden con una calavera en el diseño. Aproximadamente, calculé que tendría cincuenta años o habría llevado una vida muy intensa. De fondo, sonaba un disco de rock que provenía de un viejo radiocasete. Al notar que no estaba solo, el camarero se detuvo y me miró fijamente.

—Estamos cerrados —respondió mientras colocaba unos vasos de tubo en el lavaplatos. Tenía un acento español muy limpio, sin dejes ni aperturas innecesarias y una voz profunda como el tubo de escape de un camión—. ¿Buscabas algo?

—No, solo estaba dando un paseo —respondí, echando un vistazo al interior. El lugar no parecía un bar de rock, sino más bien un bar de copas veraniego, como cualquier otro, aunque mantenía una estética parecida a la de un pub irlandés. Era pequeño y acogedor, con algunas mesas de madera, cervezas de importación en una balda y una máquina de dardos. En la pared colgaban camisetas y bufandas de equipos de fútbol ingleses y pensé que serían regalos que había recibido de los huéspedes del hotel. Sin duda, aquel era un escondite más que suficiente para animar a aquellos que decidían salir al mundo exterior y dejar atrás la fortaleza de los apartamentos por un rato—. ¿Cuándo abrís?

—La semana que viene, cuando empiece la temporada.

—Vaya. Para entonces, ya no estaré aquí.

—Una pena.

El hombre bajó la mirada y continuó con sus tareas. En ese momento, mi teléfono sonó, así que salí para atender la llamada. Era el repartidor, esperándome en la puerta del complejo. Le dije que esperara y decidí tomar la misma cuesta por la que había bajado, cuando el hombre del bar me habló nuevamente.

—Pásate luego, si quieres.

—¿Cómo? —pregunté, al girarme.

Él salió de detrás de la barra con un paño colgado del hombro y se acercó a mí. Sacó un cigarrillo y me ofreció otro, pero lo rechacé. Encendió el suyo y pude ver que sus manos estaban adornadas con anillos de calaveras.

—Eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—No quiero abrir el bar hasta que venga Lola, mi sobrina. Ella es la camarera y ahora está ocupada con sus exámenes.

—Lo entiendo.

—Los clientes del hotel se ponen pesados cuando beben dos jarras, especialmente los hombres.

—¿Prefieres que Lola esté detrás de la barra?

—Hay que repartir el trabajo, uno no puede estar en todo… Lola sabe cómo tratarlos y yo me aseguro de que no molestan. Alguien debe vigilar.

—Todo queda en familia.

—Más o menos… —dijo, mirándome de arriba abajo—. Tu cara me suena de algo.

—Tengo un rostro muy común —comenté, dando una explicación que probablemente no le interesaba mucho. Él asintió con desinterés—. ¿Eres el dueño del bar?

—Sí… —respondió y exhaló el humo del cigarrillo. Luego miró hacia la playa—. El terreno pertenecía a mis padres. Sabes, antes de que existiera la Ley de Costas, los paseos en las playas estaban llenos de discotecas. Este lugar era una joya hace treinta años. Se llenaba hasta la bandera cada verano y la fiesta continuaba en el agua.

—¿Y qué pasó? —pregunté, intrigado—. ¿El turismo?

—Echa un vistazo. Mira lo que han hecho —dijo señalando los apartamentos que llegaban hasta lo alto de la montaña—. El auge inmobiliario, todo por el dinero… Antes, solo venían los valientes, ahora solo vienen los extranjeros…

—Vaya… Tengo que irme, me están esperando arriba.

—Claro… —dijo, viendo cómo me alejaba—, pero eso no es la razón por la que todo esto se fue al traste.

—¿Cómo? —pregunté, deteniendo el paso.

—Hay una maldición en esta playa. Siempre la ha habido, pero todos callan porque no tienen el coraje para decirlo, tienen miedo de que el rumor se propague y la falta de turismo les haga perder sus empleos…

—¿Qué maldición?

A pesar de mis intentos por hacerme el sorprendido, parece que mi expresión no funcionó. El hombre tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie sobre un escalón de cemento.

—Ahora recuerdo de dónde te conozco. He visto tu cara en los periódicos —dijo y entró al interior del chiringuito—. ¡Increíble!

Después comenzó a reír y desapareció tras la barra.

Mi teléfono volvió a sonar y decidí subir la cuesta.

Confundido, me alejé más y más del bar. Registré mi bolsillo y encontré algunas monedas. Era una propina bastante generosa, quizás demasiado, pero no quería enfadar al repartidor y quedarme sin cena.

9

En la terraza del apartamento, degustaba una copa de vino y una pizza enfriada mientras contemplaba el resplandor de la luna y las brillantes luces del enigmático bar cercano. Las palabras del hombre me motivaron a seguir investigando, pero me di cuenta de que me faltaban recursos para profundizar. Consideré regresar a la ciudad y visitar a mis antiguos colegas del diario Información, aunque dudaba que se alegraran de verme. La otra opción era contactar al inspector Rojo, aunque sabía que no era una posibilidad real, pues él solía aparecer y desaparecer de mi vida, no al revés.

Respiré inquieto, consciente de que mi interés por el tema iba más allá del deseo de escribir ese manuscrito. De repente, escuché risas provenientes del paseo. Alcé la cabeza y reconocí a Sabrina, caminando con el hombre con el que había cenado. A pesar de lo que había escuchado sobre ella, intenté no juzgarla. No obstante, se veía en su rostro una tristeza oculta bajo esa sonrisa.

El aire fresco de la brisa marina comenzó a molestar en la terraza, así que cerré la caja de pizza, tomé la copa de vino y me dirigí a la estancia interior. Encendí la lámpara del salón y me acomodé en el sofá. Me sentía estúpido, solitario y fuera de lugar en esa habitación, además, parecía haber perdido el propósito real que me había llevado hasta allí.

«Deja de perder el tiempo y ponte a escribir».

Es difícil concentrarse en una tarea importante, cuando ahí, fuera, todos están pasando un buen rato.

Serví más vino blanco, encendí el ordenador y comencé a buscar términos que relacionaran el nombre del Luxury State con Sabrina, tanto en español como en inglés, pero no encontré ninguna coincidencia que los vinculara con la compañía del complejo vacacional o con el nombre de su esposo. Internet era una fuente de información, pero necesitaba algunos datos clave para dar en el

blanco. Navegué por foros supersticiosos, en busca de leyendas y maldiciones relacionadas con esa playa, hasta que, finalmente di con un nombre que me espabiló.

Amplié la fotografía con un programa de edición para leer el recorte de periódico que habían compartido en la página. La calidad era pésima, pero lo suficientemente legible para mí. Me froté los ojos para asegurarme de que no era un efecto del vino y del subidón de glucosa.

«**Unos bañistas encuentran el cadáver del escritor Bernard MacDonnell a orillas de la cala Lanuza**».

> El cuerpo del escritor irlandés de 56 años apareció sin vida, arrastrado por el mar hasta la orilla de la playa, cerca de la recién construida urbanización de lujo. El trágico suceso ocurrió alrededor de la medianoche, cuando MacDonnell decidió darse un baño en la playa virgen después de cenar. Disfrutaba de unos días en familia en uno de los apartamentos residenciales del nuevo complejo turístico propiedad de la empresa Luxury State. Este proyecto urbanístico privado había generado gran disconformidad entre los habitantes de El Campello y de Alicante, debido a la destrucción de un área natural para convertirla en un paraíso turístico.

La incredulidad se apoderó de mí.

Aunque el nombre del diario no estaba presente, reconocí la maquetación y el diseño. Era Las Provincias, el mismo periódico para el que había trabajado al inicio de mi carrera. Aún podía evocar a Ortiz y aquel ambiente impregnado de tabaco y bodega. Desafortunadamente, poco después de mi partida, la redacción cerró debido a la falta de lectores y el diario Información y las secciones provinciales de los grandes medios acapararon el mercado.

Si las cosas hubieran sido diferentes, ya habría descolgado el teléfono en busca de respuestas.

Al tratarse de una noticia publicada en un medio convencional, me costaba cuestionar su veracidad. Comprobé la fecha de publicación, que databa del año 2002, en pleno auge de la burbuja inmobiliaria y poco después de la inauguración de aquel lugar. En

aquel entonces, yo aún no era un periodista en ciernes, aunque recordaba la transformación urbanística como si no hubiera pasado tanto tiempo. Sin embargo, aquel suceso no me sonaba de nada. No conocía a Bernard MacDonnell, ni siquiera había oído su nombre, lo que me llevó a suponer que el accidente no había tenido mayor repercusión. Los escritores rara vez eran tema de conversación para aquellos que no lo eran. Me rasqué la cabeza mientras asimilaba la noticia con lentitud. Podría ser que el vino hubiera nublado mi lucidez llevándome a creer verdades a medias, como solía hacer, para dar rienda suelta a la imaginación. Por el contrario, mi instinto me decía que esta vez era diferente y ahora comprendía la reacción de los empleados cuando mencioné mi profesión.

Pensé que tal vez esa camarera tuviera razón y existía una maldición en torno a esa playa. Un encantamiento del que nadie quería oír hablar. Debía de ser eso, deduje, o quizás los empleados evitaban recordar el episodio del pasado, debido a la política de la empresa, lo que los llevaba a mantenerse alejados cuando Sabrina merodeaba por allí.

En cualquiera de los casos posibles, su comportamiento hizo evidente que estaban hartos de los entrometidos que, en temporadas, se acercaban al hotel en busca de morbo y misterio, reviviendo una desagradable historia, como había mencionado la joven empleada.

Por desgracia, para mí, aún me quedaba mucho por averiguar y la única certeza que tenía era que aquella tarde había visto cómo esos ojos sin vida me miraban desde la orilla de la playa. Una imagen que no podía sacarme de la cabeza, porque presentía que en esos ojos estaban las respuestas a todas mis preguntas.

Había visto esa forma de mirar, con la expresión de quien traga un pecado ante la guadaña.

Eran los ojos de alguien que no había fallecido por accidente, sino por asesinato. Los ojos de una mujer que ocultaba la verdad de este enigma.

Y ahora, sentía la responsabilidad de resolverlo.

10

Fue una noche extraña, llena de pesadillas y sueños confusos que me hacían cuestionar la realidad misma.

Al despertar, mi camiseta estaba empapada de sudor y sentí el aire fresco de la mañana, que se colaba por la cristalera y se filtraba por la cortina. Recordaba cómo había llegado al dormitorio desde el salón, pero no tenía recuerdo alguno de haber dejado la ventana abierta, lo que me generó cierta incertidumbre. Imaginé que el vino barato de la noche anterior había sido el culpable y pensé que una buena ducha fría y una taza de café caliente resolverían mi confusión.

Mientras abría los ojos y contemplaba el apartamento a mi alrededor, mi mente estaba en blanco, disfrutando del cielo azul y de la hermosa mañana que me esperaba. Dudé si valdría la pena quedarme allí en lugar de regresar a Alicante, pero no encontré una respuesta y me pareció un desperdicio abandonar la estancia por la que ya había pagado.

«Tranquilízate, Gabriel. Solo son suposiciones…», me dije mientras extendía el brazo para alcanzar el vaso de agua sobre la mesilla.

En ese instante, escuché un ruido a mi alrededor que me puso alerta, pero no vi nada. Permanecí inmóvil unos segundos y luego miré hacia atrás.

Las puertas del dormitorio y del cuarto de baño seguían abiertas, tal como las había dejado.

A continuación, giré la mirada hacia la ventana y observé la figura de una mujer tras la cortina. La luz me impidió ver su rostro, pero percibí su piel bronceada por el sol y su melena oscura moviéndose con el viento.

—¡Ah! —grité, asustado y derramé el agua del vaso sobre mi camiseta.

Lamentablemente, esa fue mi reacción al verla.

Lo primero que me vino a la mente fue el fantasma de la mujer que había muerto en la playa.

—¿Gabriel? —preguntó una voz aterciopelada.

Unos segundos después, reconocí la voz y fui consciente del ridículo que estaba haciendo.

—¿Rosario? —tanteé apartando la cortina y ella deslizó la ventana para entrar al interior—. ¿De verdad…?

Era ella, la periodista sevillana que tantos dolores de cabeza y momentos complicados me había dado. Sinceramente, era el último lugar donde esperaba encontrarla, pero allí estaba, frente a mí, con su vestido ligero de verano, bronceada por el sol, con aquella piel resplandeciente y esa melena andaluza que la hacía parecer una auténtica amazona hispalense.

Lo poco que sabía de ella me sugería que no me había seguido por amor. Más bien, tenía la convicción de que me buscaba por puro interés laboral.

—Estaba tocando a la puerta, me dijeron que estabas aquí. ¿Por qué no puedes abrir como la gente normal?

—¿Qué? —pregunté, abobado, y dejé el vaso en la mesa—. ¡Estaba durmiendo! No puedes despertar a la gente de esa manera…

—Son las nueve y media de la mañana, Gabriel. ¿En qué mundo vive el señorito?

«En el mío, el único que existe».

—Buena pregunta, pero es demasiado pronto para contestar a eso. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has localizado?

Ella me miró como si la respuesta fuera obvia.

Me quité la camiseta, que estaba empapada y noté cómo me observaba de reojo mientras me ponía una camisa.

—¿No piensas responder?

—Ese inspector amigo tuyo me dio la dirección.

—¿Rojo?

—Espera… —dijo, dándose cuenta de algo—. Suponía que lo sabías.

—¿Saber qué?

—Oh, no…

—Eso digo yo, Rosario. —Caminé hacia el salón y noté cómo ella me seguía. No me molestaba tenerla de compañía por unos

días. En el fondo, la sorpresa me agradó, aunque no tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí—. ¿Por qué no desayunamos y me lo cuentas todo? Necesito reanimarme… Además, si has venido desde Sevilla hasta aquí, debe haber una razón.

—He venido a ayudarte, Gabriel.

—A ayudarme… ¿a qué? Creo que has perdido el juicio… o es que aún sigo soñando.

Ella se acercó, me agarró del brazo para que me girara y me miró fijamente.

Después me dio un ligero sopapo.

—¿Te parece ahora un sueño?

—No… y eso tampoco era necesario.

Me agarró por los hombros y me acercó la cara.

—¿Todavía no conoces el nombre de la mujer que encontraron ayer en la playa?

Respiré hondo y repetí la pregunta en mi cabeza, como si no la hubiese escuchado bien. Rosario contaba con información que me interesaba y, lo peor de todo, no me agradaba la conexión que tenía con mi futuro.

—No.

—Su nombre es Barbara Locke.

En ese momento, el mundo se paralizó, al igual que mi corazón.

Repetí el nombre tres veces, mi infancia transcurrió en un suspiro por mi mente y entonces comprendí por qué aquellos ojos me observaban de esa manera tan intensa.

11

El café tardó un rato en hacer efecto. Desayunaba con Rosario en el bar del complejo, mientras observaba a Sonia, la camarera, que parecía arrastrar la resaca del día anterior, aunque trataba de disimularlo con una sonrisa impostada. A esa edad, uno podía dormir apenas unas horas y seguir trabajando sin más ayuda que el café y la efervescencia hormonal del verano. En mi caso, resucitar podía llevar días o semanas.

—Perdona, pero la mañana se me está haciendo cuesta arriba —comenté, con las Wayfarer de sol puestas, mientras dirigía mi mirada al hombro desnudo de la periodista. Ella, con sus ojos verdes como los de un reptil y el flequillo moreno y ondulado que le cubría parte de la frente, me observaba con desagrado, como si no pudiera creerlo.

—¿Qué hiciste anoche?

—Eso me gustaría saber a mí… —le dije y di un sorbo al café—. ¿Estás diciendo que era el cadáver de Bárbara Locke, la escritora de misterio?

—Sí.

—Bárbara Locke, la Agatha Christie de la última década, remolcada por las olas…

—La misma.

—Barbara Locke, la número uno en ventas del mundo, arrastrada por la resaca del mar, como si ella misma hubiera escrito un final tan…

—¡Basta ya, Gabriel! —exclamó, dando un puñetazo sobre la mesa y agitando la cubertería—. Sí, ella misma, la persona que encontraron en esa playa.

En ese momento recordé las palabras de Rojo y me pregunté por qué no me había revelado su nombre. Tal vez pensó que yo seguiría el rastro sin necesidad de mencionarlo. Afortunadamente, Rosario

lo hizo por mí.

—Ahora, mi pregunta es… ¿qué diablos hacía esa mujer en Alicante?

—Veranear, como la mayoría de los británicos.

Giré el rostro y, aunque las paredes del edificio me ocultaban la vista, sabía que al norte estaba Villajoyosa y después Benidorm. El inspector me había confesado el lugar donde había desaparecido, pero eso no aclaraba que pasara las vacaciones allí. Luego, me rasqué la áspera barba y noté que necesitaba afeitarme. Era demasiado pronto para sacar conclusiones, pero algo me indicaba que la muerte de la escritora estaba relacionada con el misterioso asesinato del escritor del que me habían hablado el día anterior.

Las corazonadas siempre son el inicio de algo, aunque no traigan nada bueno.

Ahora, las reacciones de los trabajadores del lugar cobraban más sentido para mí. Sin embargo, a pesar de mi naturaleza, tuve el temple suficiente para morderme la lengua y guardar silencio. No debía olvidar por qué estaba allí y la razón era escribir el manuscrito de una historia que aún no tenía.

Sorprendido, pensé que tal vez había dado con algo.

Por otro lado, era consciente de que Rosario no estaba de visita para bajar a la playa conmigo y pedirme que le pusiera crema solar en la espalda.

Ni en mis mejores sueños.

Estaba allí porque había una historia que contar. En este caso, la suya. En Sevilla me había dejado claro de qué madera estaba elaborada y no era una persona a la que le gustaba andar con rodeos.

Afortunadamente, para mí y en cierto modo para ella, nos encontrábamos en mi territorio, en la «terreta», lo que me daba cierta ventaja.

—Entiendo que no estás de paso, ni que te has detenido solo para saludar.

Ella sonrió y bajó la mirada, luego removió el café con la cuchara.

—El periodismo no descansa, Gabriel, ni las historias.

—¿Cómo está tu novio?

La cuestión la sorprendió y pareció incomodarla. La puse

nerviosa durante un instante y la cuchara salió de la taza, manchando el plato con unas gotas de café.

—¿Qué novio? ¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Ninguna. Ahora ya sé que no estás en una relación.

—¿Desde cuándo eso importa?

—Todo importa, Rosario —respondí, dando un sorbo al café. Solo quería examinar su situación. No había cambiado nada desde que se convirtió en una molestia en la capital andaluza, pero eso no era del todo malo. Aún podía sentir la tensión sin resolver que había entre nosotros.

—¿Dónde puedo encontrar la redacción del diario Información?

Chasqueé la lengua y negué con la cabeza.

—No te van a contar nada… y mucho menos siendo del sur.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ni siquiera les interesa esta historia. ¿Ves algún periodista por aquí? No… y yo tampoco.

—Veo a dos. Las buenas historias son propiedad de quien las cuenta.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—En tren y en taxi.

—Ajá… —dije y comprendí que su estancia sería prolongada—. Supongo que necesitas un lugar donde quedarte a dormir.

—Buscaré algo, no te preocupes por eso.

—Puedo hacerte un hueco en mi cama.

—No, gracias.

—En ese caso, te dejaré el sofá.

Ella hizo una mueca de burla y sacó unos recortes antiguos de prensa de su bolso de piel. Estaban relacionados con la aparición del cadáver de esa mujer.

No entendía cómo no me había enterado de eso, viniendo de una eminencia como Barbara Locke. Pero, para ser sincero, me imaginaba la razón.

En los últimos años, mi vida había sido un festín de eventos, farándula, noches interminables y actividades que poco tenían que ver con el periodismo o con las secciones de sucesos.

Por otro lado, para Rosario no había sido así.

—Una compañera encontró esto en el archivo del Diario de Sevilla —me informó, mostrándome los recortes—. La noticia pasó

desapercibida a nivel nacional, ya que la familia de la escritora no tenía interés en que se desprestigiara la reputación que había cosechado, para así mantener los contratos editoriales…

Pero Rosario sí tenía interés. Y su interés era contagioso.

Me acerqué a la mesa y leí los recortes con atención. La escritora parecía encontrarse en horas bajas, en lo que a la literatura se refería. Algunas declaraciones incómodas sobre el Brexit y la inmigración en su país la pusieron en el ojo del huracán de los tabloides. En sus libros, Locke había demostrado su odio visceral al sistema y a las normas que lo regían, pero, una cosa era la ficción y otra, muy distinta, contarlo en un periódico y atacar al futuro primer ministro inglés. La opinión pública no estaba muy contenta y las editoriales se planteaban retirar los convenios de reedición y traducciones que mantenían con ella.

—¿Qué opinas de esto? —me preguntó Rosario, clavando sus ojos oscuros en los míos.

—Opino que estaba empezando a desvariar —respondí, dejando los recortes sobre la mesa—. Pero necesitamos más información. ¿Quién sabe si no empezaba a ser incómoda para ciertas esferas políticas de su país?

—Mira esto —dijo y me mostró la pantalla del teléfono. Era la portada de un diario inglés que anunciaba la muerte accidentada de la escritora.

—Interesante.

—Exacto. Lo cual abre la posibilidad de que fuese un accidente… forzado.

—En efecto…

—¿Quién mejor que tú para averiguar ese dato, Gabriel?

Sonreí ante su halago, aunque sabía que no podía prometer nada. Rojo no soltaría prenda.

—Voy a necesitar tiempo, Rosario. Y no sé si seré capaz de conseguir algo.

Ella asintió, comprendiendo la dificultad del desafío.

—Lo sé, Gabriel. Pero al menos podemos intentarlo juntos.

Con esa frase, supe que estaba enredado en una historia que podría cambiar mi vida para siempre. Y, aunque sabía que me adentraba en un terreno peligroso, no podía evitar sentir una emoción que hacía tiempo que no experimentaba.

Intencionadamente o no, esa mujer me había engatusado hasta morder el cebo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para descubrir la verdad que se escondía detrás de la muerte de la escritora.

—Hay que ser muy siniestro para hacer algo así… Lo que no entiendo es qué…

—¿Podemos bajar a la playa? —me preguntó, interrumpiéndome. En efecto, nada había cambiado—. Me gustaría ver la escena de cerca.

—Por supuesto. Ya no queda mucho que ver.

—¿Eh?

—Olvídalo.

—¡Ay! Virgen Santa… Sigues teniendo un humor pésimo, Gabriel.

12

Terminamos nuestro ligero desayuno y pagué en la barra. Sonia, la camarera, no parecía tan receptiva como el día anterior.

—¿Una noche dura? —pregunté, asintiendo con la cabeza.

Decidí no entretenerla más. Aún debía darme una ducha y arreglarme antes de que el sol golpeara con más fuerza y comenzara a oler a mastín español. Al regresar a la terraza para avisar a Rosario, vi a *miss* Sabrina, con gafas de sol y el pelo recogido con un pañuelo, vestida con una blusa que dejaba ver las costuras del bikini y un pantalón corto de color blanco. Se movía despacio, como si tuviera la misma resaca que la chica del bar. Se sentó a una mesa y esperó a que la atendieran. Para mi sorpresa, me lanzó una mirada furtiva. La presencia de Rosario parecía haber llamado su atención y me pregunté si era la clase de persona a la que le gustaban los desafíos imposibles. Pensé que quizá había sido un acierto que la periodista apareciera.

—¿Qué miras? —preguntó la andaluza, sin entender nada.

—¿Nos vamos? Antes necesito pasar por mi apartamento.

Ella puso los ojos en blanco y accedió. No tenía otra opción si quería que la ayudara.

Bajamos a mi apartamento y le dije que se entretuviera en el salón mientras tomaba una ducha rápida. Le ofrecí un segundo café, esta vez de máquina, pero lo rechazó. También le ofrecí acompañarme a la ducha, pero ni siquiera se molestó en responder ante tal descaro. Ella sabía que era un juego peligroso, pero era muy temprano para que mordiera el anzuelo. No le importaba lo que tuviera que hacer y entendí que estaba allí por algo que le interesaba.

—¿Qué haces, de vacaciones? —preguntó y la oí a lo lejos, mientras me ponía bajo el grifo de la ducha.

—No… Trabajo, como tú.

—Seguro…

Abrí el grifo y dejé que el agua me aliviara y nos distanciara por unos minutos. Cuando salí del cuarto de baño, ya vestido, eché un vistazo a mis cosas. Ignoré que habría revisado el cuaderno de notas que había sobre la mesa del salón.

Ella me brindó un breve recorrido con la mirada.

—Venga, date prisa. Quiero bajar antes de que la playa se llene de niños.

—Oye, relájate…

Aspiró profundamente y sonrió.

—Empiezas a oler como una persona normal.

—No es justo. Tú siempre hueles bien.

Aceptó y eludió el cumplido con elegancia. A continuación, giró y caminó hacia la terraza, dejándome ver su espalda y esa cintura por la que más de un hombre habría tropezado.

—¿Estás escribiendo otro libro? —preguntó, volteándose y regalándome una sonrisa pícara—. Qué poco original, Gabriel. Esperaba más de ti.

Fruncí el ceño, indignado. Ni siquiera llevaba un día y ya tenía ganas de que se esfumara.

—¿De qué estás hablando?

—Vives en Alicante y te buscas las vacaciones… aquí.

—Te he dicho que es trabajo —dije, ofendido—. Además, estoy aquí para escribir el libro que se publicará el próximo año.

—¿Sobre los crímenes de esta playa?

—Podría ser…

Sus ojos se agrandaron.

—Vaya, por fin hablas.

Me mordí la lengua, aunque no podía enmendar mi error. Había sido un bocazas. En el fondo, ni siquiera le había dicho la verdad, pero ahora no habría manera de que se despegara de mí.

Descendimos por el camino que llevaba a la entrada de la playa y nos acercamos a la orilla. Para entonces, no quedaba rastro del cordón policial que la Científica había colocado el día anterior, ni tampoco de los curiosos que se habían acercado a mirar. Era temprano y la cala aún permanecía tranquila, sin bañistas a la vista.

—Fue aquí —señalé y la periodista se aproximó para observar de cerca el agujero donde encontraron los ojos—. Los encontraron

escondidos bajo la arena.

Rosario parecía intrigada y miró hacia el horizonte. Su silencio me inquietó.

—¿Qué ocurre? —pregunté, deseoso de saber más.

—No, nada…

—Sí, algo. Dime en qué estás pensando.

Con ella no podía bajar la guardia. Era como competir contra mí mismo.

Rosario dio varios pasos alrededor del hoyo y luego se acercó a mí. Aquella mujer me tenía intrigado con su actitud y era una de las razones por las que tanta incertidumbre se volvía adictiva.

—Algo no me encaja. ¿Cómo estaba el cadáver?

Me quedé perplejo ante la pregunta, sin saber muy bien qué explicación darle.

—No lo sé, no soy médico. ¿Importa eso, Sherlock?

Ella avanzó unos pasos y se acercó al agua, sin llegar a mojarse. El oleaje expiraba suavemente bajo sus pies.

—Bastante —dijo y señaló con el índice, como si fuera Colón, hacia el cabo que se extendía a la izquierda—. Para que el cuerpo de la señora Locke llegara hasta esta playa, alguien debió de soltarlo en un momento concreto.

—Sí, en el momento en que pretendía deshacerse de él.

—Por favor, Gabriel. Intento decirte algo serio…

—Te escucho.

—Observa el movimiento diagonal de las olas. El cuerpo de la señora Locke no pudo llegar aquí desde Villajoyosa —explicó, formando un círculo en el aire con la mano—. Para eso, el mar tendría que haberla arrastrado hacia dentro y luego hacia fuera.

—Tiene sentido, pero no soy un experto.

Los ojos de Rosario se iluminaron. Había dado con algo y se acercó a mí, entusiasmada.

—Dices que sus ojos te miraban.

—Como para olvidarlos…

—¿Cómo se conservaban?

Se pegó tanto a mí que pude oler su perfume de cerca.

—No sé qué quieres que te diga, Rosario…

Ella sonrió y acarició mi rostro. Luego se apartó.

—Ya me lo has dicho todo. Si hubieras notado algo extraño, lo

habrías mencionado desde el primer momento… pero no ha sido así —explicó y se volteó de nuevo—. ¿Cuándo podemos visitar a tu amigo?

—¿Mi amigo?

—Rojo, el inspector de la policía.

Me reí, bajé la mirada y negué con la cabeza. La pobre se había olvidado de dónde estábamos.

—Lo siento, pero esto no funciona así. Verás…

—¿Dónde has aparcado el coche? —preguntó, saliendo de la playa. Estaba decidida a hablar con Rojo y le importaba bien poco lo que yo tuviera que decir al respecto—. Seguro que nos puede echar una mano.

—Espera, ¿a dónde vas?

Rosario señaló hacia la parte superior.

—Vamos.

Alcé la mirada y vi una figura en lo alto del monte, que reconocí de inmediato. Era aquel hombre de mantenimiento, inconfundible con su barba oscura de pescador y vestido con su mono azul de trabajo, observándonos desde el paseo que había delante de los apartamentos del complejo.

Al darse cuenta de que lo había visto, se echó atrás y desapareció con su sombra. No me agradaba que me observaran y su presencia no me daba buena sensación.

13

No albergaba muchas esperanzas respecto a la visita al inspector. Sospechaba que probablemente no nos recibiría en la comisaría, ya que seguramente estaría ocupado en otro lugar. Por otro lado, eso significaba que tendría a Rosario callada por unas horas. Pese al sórdido y misterioso crimen que envolvía esa zona, mi intención era convencer a la andaluza de que estaba perdiendo el tiempo allí.

A veces, las noticias no son más que hechos, pero hay quienes intentan adornarlas con fantasía y mitología para llenar el vacío de sus mentes.

Desconocía cuál de estas perspectivas rodeaba el asesinato de la escritora británica, pero no descartaba que, desgraciadamente, la causa de la muerte hubiese sido un robo que terminó en tragedia.

El asunto de los ojos, mejor ni mencionarlo.

No era un hecho habitual y yo era consciente de ello, pero la policía tendría sus motivos para no haberle dado más importancia al tema. Por último, me quedaba un día menos para completar esa historia que aún estaba sin escribir. Con Rosario involucrada, la situación se volvía más complicada. Le daría veinticuatro horas más al asunto antes de zanjarlo y enviar a Rosario de vuelta a su casa. De lo contrario, me vería en un buen apuro con mi editor.

Bajé al garaje y le pedí que esperara fuera. Cuando me vio salir, noté una expresión de sorpresa en su rostro. No era alegría, sino incredulidad. Lo cierto es que aquel Porsche Boxster rojo nunca dejaba indiferente a nadie.

—¿En serio?

—Saca la arena de tus pies antes de subir —le dije—. No querrás ensuciar todo…

Ella frunció el ceño y entornó los ojos, pero cumplió con mi exigencia, lo cual me divirtió. Luego, subió al vehículo y se sentó en el asiento como si fuera un astronauta viajando a la luna por

primera vez.

—No lo entiendo, ¿cuál es el secreto?

—¿Secreto?

—¿Vienes de familia acomodada?

—Acomodada en la miseria…

—¿Traficas con drogas, blanqueas dinero? Dime la verdad.

—No hay ningún secreto, Rosario. Lo he pagado con los honorarios de mi esfuerzo.

—Lo siento, puede que eso funcione con la mayoría de las mujeres con las que tratas, pero no conmigo —señaló, tocando los botones de la radio—. Eres periodista como yo, y ni siquiera has pasado la mitad de tiempo que yo en una redacción, sin mencionar que nunca has trabajado en un diario de gran tirada…

—Veo que has investigado mi currículum.

—Además, de los libros no se saca una fortuna. Es todo pose y farándula, pero es una industria precaria…

—No vas mal encaminada.

—Habla. Quiero saberlo.

—Visualiza, pide al universo y él te lo concederá. Yo le pedí un Porsche.

—Vete al cuerno, Gabriel.

Me reí y metí la primera marcha.

—¿Has terminado de tocarlo todo? —pregunté, esperando a que dejara de curiosear—. Te contaré la verdad…

Ella me miró atenta.

—No lo compré nuevo y, aunque me avergüenzo un poco de aquella etapa, la televisión me permitió pagarlo.

—¡Oh! —exclamó, defraudada con la historia—. Había olvidado que fuiste tertuliano en uno de esos programas matinales de cotilleos…

—Así es. Aunque yo no lo he olvidado. ¿Podemos irnos?

Ella se relajó y suspiró.

—Sí.

—Perfecto.

—Era simple curiosidad, nada más.

«Es mi Némesis», pensé, al darme cuenta de que la vida me había puesto delante a alguien tan parecido a mí, que me estaba poniendo a prueba todo el tiempo.

Salimos del complejo, con la sensación de haber pasado una semana allí, cuando en realidad era menos de un día, y tomé la curva empinada que nos llevaría al cruce que conectaba con la nacional. El camino seguía tan despejado como lo encontré la jornada anterior, pero conducía despacio por falta de visibilidad en la carretera, hasta que vimos una figura femenina que bajaba hacia el complejo. De pronto, me acordé de esa cara y ella reconoció mi coche. Era la recepcionista del hotel y se dirigía a su puesto de trabajo.

—¿La conoces? —preguntó Rosario al notar mi reacción.

—Sí, trabaja en el hotel. —La seguí por el espejo retrovisor y percibí cómo se giraba hacia atrás y aceleraba el paso. En ese momento, encontrándose alejada de su entorno habitual, sentí que debía hablar con ella, que era una oportunidad única para saber más sobre su reacción. En mis años de experiencia había entrevistado a mucha gente y sabía cuándo alguien mentía y cuándo un entrevistado me ocultaba lo que realmente quería decir.

Sin avisar a Rosario, di un brusco giro en la carretera, que la puso en alerta y cambié el sentido de la conducción.

—¿Qué haces? —preguntó, asustada.

—He olvidado algo… —dije y aceleré. El motor del deportivo alemán tenía un sonido único y característico, elegante y conquistador. Lo revolucioné para alcanzar a la muchacha, que comenzó a correr hacia la urbanización residencial.

—¿Gabriel, se puede saber qué…? ¡Esto es acoso!

Toqué el claxon y la empleada se giró.

—¡Espera! ¡Necesito hablar contigo!

Ella intentó escapar. Frené en seco y me bajé del vehículo para correr hacia ella.

—¡No, no quiero hablar contigo!

—¡Espera, Cristina! —exclamé y ella se detuvo al oír su nombre —. Sé que fuiste tú quien me dejó la nota… Sé lo de la playa y lo de esos escritores. Solo necesito que me expliques qué ha pasado aquí.

La muchacha estaba más pálida de lo habitual y sus ojos parecían esconder un miedo que no tenía que ver con ella, sino conmigo.

Puede que se sintiera culpable por algo que aún no había sucedido, pero yo no lo sabía en ese momento. Por detrás, sentí las

zancadas de Rosario aproximándose para mediar entre nosotros.

—Disculpa, muchacha, no quería…

—No te metas.

—Mejor ni hables, sinvergüenza —dijo ella.

—Rosario, por favor…

Se giró hacia mí y me miró con la mirada penetrante de una serpiente a punto de atacar.

—Te estoy ahorrando un problema, listillo.

—No, está bien. —La recepcionista se acercó a mí, mientras Rosario se echaba a un lado, sin entender qué pasaba—. Es cierto. Fui yo.

—¿Qué te hizo pensar que estaba aquí para investigar lo que había pasado en la playa?

—¿Acaso no es así?

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Rosario, cruzando los brazos—. Me siento ridícula ahora mismo…

—No, en un primer momento… —dije, dirigiéndome nuevamente a la chica—. La nota llegó antes de que el cadáver apareciera en la playa… ¿Por qué me has advertido, Cristina?

—¡Dejadme en paz! Tengo que irme…

—¡Habla, por favor! ¿Qué es lo que te asusta?

Ella escondió su temblorosa mano tras la cintura, afectada por el tic nervioso.

—Sé quién eres.

—Es obvio que lo sabes. Rellené el formulario con mis datos…

—No. Te he visto en la televisión y te he leído en los periódicos… Si yo lo sé, ellos también lo saben.

—Ellos… ¿quiénes? —preguntamos Rosario y yo a la vez, sintiendo una extraña conexión entre nosotros.

—Los muertos, Gabriel. Antes de que esto se convirtiera en lo que es, se llamaba la playa de los muertos.

—Interesante. No lo había oído antes. ¿Cuál es la razón?

Ella se encogió de hombros.

—Quien ha intentado averiguarlo, no lo ha logrado… Por favor, márchate antes de que ocurran más desgracias. Las leyendas existen por algo…

—Porque las inventamos y porque necesitamos aferrarnos a algo.

—¡Oh! Estoy hablando como una chiflada.

—En eso, te doy la razón. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

—No queremos perder nuestro trabajo.

Cristina se despidió y siguió caminando hacia las instalaciones traseras del complejo. Rosario y yo nos quedamos mudos, mirándonos en silencio por unos segundos. El testimonio nos había dejado helados. De pronto, una brisa pegajosa nos tocó la piel como si fuera una ventosa. Sentí un escalofrío y regresamos al coche sin hablar.

Miré de reojo a la reportera y la noté distante.

—¿No te habrás creído esa patraña? Jamás había escuchado esa historia…

—¡Uf! Illo, qué mal cuerpo…

—Es una invención popular, Rosario.

—Toco madera, Gabriel. No me gustan las historias de fantasmas.

Pero no estaba seguro de que fuese solo eso lo que le incomodaba. Decidí no presionarla en ese momento, después de todo, era un tema delicado.

Encendí el motor y salimos de la zona en silencio, en dirección a Alicante. Mientras conducía por la carretera, mi mente no dejaba de dar vueltas a lo que Cristina nos había contado. ¿Habría algo de verdad en esa leyenda de la playa de los muertos? ¿Por qué se llamaba así?

De repente, Rosario rompió el silencio:

—Quizá debiéramos investigar más sobre esa playa y los alrededores.

Me sorprendió su propuesta, pero no pude evitar sentir una emoción extraña al escucharla.

—Primero, hablaremos con el inspector Rojo.

—Todo lo que sepa acerca del tema, no te lo contará.

—Lo sé, pero podemos intentar encontrar a alguien que sepa algo más. Además, no podemos ignorar la posibilidad de que haya algo más detrás de esa leyenda… si eso justifica las dos muertes. Tal vez sea algo que alguien quiera mantener oculto.

Rosario asintió en silencio y seguimos conduciendo en dirección a Alicante. No se mostraba muy participativa. La idea de investigar la playa de los muertos me emocionaba, pero también me

preocupaba. Sabía que no sería fácil y que podría poner en peligro a Rosario y a mí mismo. No obstante, al mismo tiempo, la curiosidad y la pasión por la verdad me empujaban a seguir adelante. Lo último con lo que contaba era que los fantasmas intentaran hacernos daño.

—No te preocupes, de verdad. Rojo es… diferente.

—Como todos, Gabriel. Como todos.

14

Rojo tomaba su café apoyado en la barra de zinc del bar que había frente a la comisaría. Otros agentes de uniforme pululaban por allí, deteniéndose para desayunar y retomar la jornada. No hacía falta ser una lumbrera para darse cuenta de que Rojo conocía la razón de nuestra visita. Por eso nos había apartado de la comisaría, esa era su manera de proceder. Al principio, pensaba que lo hacía porque se avergonzaba de mí, pero con el tiempo acepté que su rol como inspector era muy diferente al Rojo que actuaba conmigo.

—¿Vacaciones? —le preguntó directamente a la reportera.

—Más o menos. Turismo profesional.

—Ya. Aquí no se llega por accidente desde Sevilla.

—¿A Alicante? —preguntó ella, confundida.

—No, a la comisaría. —Se limpió los labios con una servilleta y prosiguió—. Por lo que tengo entendido, sé que sois tal para cual…

—¿Nosotros? Perdona… —comenté.

—Si habéis venido por lo que apareció ayer en la playa, perdéis el tiempo conmigo. Bueno, conmigo y con cualquiera de los que trabaja en esa oficina. La Interpol quiere tomar la investigación, ya que los de Scotland Yard reclaman que es una ciudadana británica y todo ese asunto…

—¿Por qué no me dijiste que era Barbara Locke? —quise saber, intrigado.

—Porque me gusta hacerte rabiar —respondió y se rio. Rosario le siguió la gracia—. ¿Qué más da, Caballero? Es un nombre… Lo que importa es que la asesinaron, y eso es algo que queda al margen de nuestra responsabilidad.

—No es un nombre cualquiera. Locke era una escritora mundialmente conocida por sus novelas de misterio y crimen. De hecho, me sorprende que no lo sepas…

El inspector arqueó una ceja, hizo una pausa y chasqueó la

lengua.

—¿Tengo yo cara de tener tiempo para leer novelas de misterio y crimen, escritas por una jubilada británica?

—La verdad es que no. Con suerte, alcanzas a leer el diario deportivo.

—Así es.

—¿Qué sabe de la playa de los muertos? —preguntó Rosario, antes de que la riña fuera a más.

—Es una playa de Almería. Como andaluza, deberías conocerla.

—No, Rosario se refiere a la cala Lanuza. Antiguamente, esa cala se llamaba la playa de los muertos, y no precisamente por el oleaje.

Rojo se rascó el mentón, pensativo.

—¿De qué va esta encerrona?

Resoplé y decidí contárselo.

—Parece que a nadie le sorprenda que el cuerpo llegara flotando a la orilla…

—Lo cual indica que no la mataron en la playa —agregó Rosario.

Rojo atendía como si fuera un partido de tenis.

—Aunque estuvo cerca antes de que sucediera…

—¿Eso es lo que tenéis, Sherlock y Watson? Esta es la razón por la que no quería que metieras el hocico… —explicó, manifestando el descontento en su voz—. No me basta con uno, que ahora sois dos…

—Nadie conoce a esa mujer en la zona, pero es una autora famosa. La persona que la atacó sabía lo que hacía.

—¿Habéis estado molestando al vecindario?

—No, exactamente.

—Os lo repito: el caso va a quedar en manos de los británicos. Lo cual significa…

—Que el alcalde y el comisario os tienen atados en corto.

—No. Que me importan un carajo, sus libros y lo que hiciera en esa playa —dijo y se volvió hacia ella, sorprendido—. Vaya, ahora sé que eres la más inteligente de los dos, aunque no era muy complicado.

Ella le guiñó un ojo y anotó un punto a su favor.

—Conozco la situación. Hay que salvar la campaña de verano.

—Chica lista. ¿Por qué no le haces caso, Caballero? Toma nota,

has perdido el instinto del oficio…

—Porque sé que, antes de que mataran a Locke, hubo otro crimen, años atrás. Fue poco después de la inauguración del complejo hotelero en el que me alojo.

La expresión de malestar del inspector se intensificó al oírme. Si no lo conociera, habría pensado que iba a atravesarme con la mirada.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ni siquiera habías nacido.

—Sí que había nacido, pero aún no me dedicaba al periodismo. Estaba en ciernes.

—Por llamarlo de alguna manera… —comentó con sorna, dejando clara su posición ante los diarios y carraspeó—. Esa desgracia ocurrió hace mucho tiempo, veinte años o así, si no recuerdo mal. El tema está archivado.

—¿Estabas ya como inspector de la brigada? ¿Quién llevó la investigación?

—Pon el freno, *amic meu*… Estaba recién llegado de Cartagena como inspector, pero la situación no significó nada fuera de lo habitual —explicó, esforzándose por recordar—. Era un irlandés pelirrojo, con una panza notable… Se dedicaba a escribir guías de viajes, de esas que se pusieron tanto de moda antes de que llegaran los teléfonos, las aplicaciones y la gente solo se fiara de los comentarios de otra gente… Ahora que lo pienso, creo que tenía nombre de hamburguesa, pero no estoy seguro. No llevé ese caso.

—¿McDonald? —preguntó Rosario.

—Algo así.

—MacDonnell —especifiqué—. Bernard MacDonnell, para ser más exactos.

—Eso es. Estaba en lo cierto.

—¿Cómo murió? —pregunté, a pesar de recordar lo que había leído en la noticia. Rosario escuchaba con interés, sin perder un detalle de lo que decíamos—. ¿Lo mataron?

Rojo miró a la reportera y después regresó a mí.

—Se ahogó —respondió y luego carraspeó y terminó el café.

—Eso es lo que dijo la prensa… pero los dos sabemos que es difícil ahogarse en una playa como esa.

—Los tres —matizó ella haciéndose notar y arrebatándome la palabra—. Una playa casi sin oleaje, debido al cabo que rompe la

marea y por la profundidad que tiene…

—Empezabas a caerme bien, chica. Lástima que ya no.

—Se ahogó a medianoche, poco después de la inauguración del complejo… —proseguí—. No tengo pruebas, pero intuyo que le pagaron las vacaciones para que escribiera una buena reseña del sitio.

—Muy bien, listillos. Os escucho —dijo, tomó asiento en el taburete y cruzó los brazos, echando el cuello hacia atrás—. Soltad todo lo que tengáis y me dejáis en paz. ¿Trato?

—Quien negocia contigo, raras veces gana.

—No te pongas a llorar, juntaletras.

—¿Por qué descartaron el asesinato? —señaló Rosario.

—No encontramos pruebas. La autopsia indicó que se había ahogado y que había sufrido una parada cardiorrespiratoria por falta de oxígeno. La familia confesó que no era un nadador profesional.

—Parece un chiste, Rojo.

—Ese es el final de la historia.

—Venga, por favor… —comentó la andaluza.

—Ya os he dicho que no investigué el caso, por lo que hablo de oídas. Al parecer, estuvieron interrogando a los vecinos de la zona. Por entonces, allí todo era montaña, por lo que poco había que preguntar. Era la explosión inmobiliaria, había mucho interés en juego, no solo aquí, sino en toda España.

—¿Quiénes vivían entonces en ese lugar?

—Lo desconozco, Caballero, no seas pesado. No encontramos pruebas de que fuera un homicidio, aunque varios empleados reconocieron haber visto a alguien bajar a la playa… En fin, a saber. La gente se inventa cosas con tal de aumentar el morbo o llevarse un poco de protagonismo. A veces, incluso es la propia compañía quien alimenta la maldad para generar publicidad. Esa noche, el complejo estaba lleno de invitados como el irlandés y su familia, debido a la promoción que estaban haciendo en el extranjero. Si lo hubieran matado de verdad, alguien lo habría notado y nosotros lo habríamos sabido.

—O no.

Rojo resopló y se puso en pie, cansado de escucharnos.

—¿No tenéis que ir a trabajar?

—No tardaremos, tranquilo.

—Mirad, no sé a dónde queréis llegar, o si estáis tramando algo juntos —dijo el inspector y Rosario y yo nos miramos, negando sus palabras—. La investigación se cerró y, en caso de que encontrarais evidencias que demostraran lo contrario y pusieran sobre sospecha a un presunto asesino, que lo dudo mucho, lamento deciros que ha pasado el tiempo suficiente como para que el crimen prescriba… Eso es todo lo que puedo y quiero contaros. Habéis tenido suerte, porque creo que os he ayudado más de lo que os corresponde.

Rosario me oteó de una manera que solo los intrépidos como nosotros conocíamos. No se iba a dar por vencida y yo tampoco. Me alegré de que no mencionara nada sobre lo que la recepcionista nos había dicho. Tanto la reportera como yo, teníamos la corazonada de que el crimen de Barbara Locke y el de Bernard MacDonnell estaban conectados.

—Admiro tu capacidad para ir por el mundo perdonando la vida a los demás…

—Y salvándosela a otros como tú, ¿eh?

—Gracias por su ayuda, inspector —dijo ella, dispuesta a que nos fuéramos.

—¡Eh! Esperad un momento… —dijo y nos señaló a los dos—. Conozco esas miradas.

—¿Cómo? —pregunté y miré confundido a mi compañera—. No hemos dicho nada.

—No hace falta que lo digáis. Sé que vais detrás de algo.

—Veníamos a por respuestas y ya las tenemos. No hay nada que rascar, ni tampoco que hacer.

—Eso es. —Rosario asintió con la cabeza.

—¿Caballero?

—Dispara.

—Y esto también va para ti, chica… No metáis las narices en temas de la policía. No rendiré cuentas por nadie, ¿entendido?

—Oído, cocina —respondí.

Rojo se quedó en el bar, pagando la consumición y nosotros caminamos hacia el descapotable. Rosario guardaba algo que soltó cuando subimos al coche:

—Qué hombre más rancio…

—Pensaba que te había gustado. Por un momento, hasta me he

puesto celoso…

—Calla, ¿sois todos así por aquí?

—Define «así», por favor.

—Chulos, secos y sin tacto.

—La verdad es que todos, todos, no. Alguno habrá por ahí que sea la excepción a la norma.

—¿Qué le pasa? —preguntó, observándolo salir del bar e ingresar en la comisaría, con los andares de un motorista del infierno.

—Nada que nos incumba.

—¿Nada? Es tu amigo. Deberías conocerlo.

«Por eso mismo, porque es mi amigo, sé lo que le pasa».

Puse el motor en marcha y conduje hasta el cruce que nos llevaría a Oscar Esplá.

—Es una larga historia.

—Tenemos todo el tiempo del mundo…

Sus palabras calaron en mi conciencia durante unos segundos, hasta que agarré el volante y salimos rumbo hacia el centro de la ciudad.

—No, en realidad, no lo tenemos.

15

En ese instante, me di cuenta de dos cosas: a Rojo le incomodaba que indagáramos sobre el asunto, temía que nuestros errores afectaran su expediente y salieran a la luz. Su carrera como inspector estaría en peligro si llegaba a manos internacionales. Por otro lado, el comentario de Rosario me dejó claro que la decisión ya estaba tomada, tanto por su parte como por la mía, a pesar de mi inicial reticencia a que se marchara. Habíamos trabajado juntos antes y sabía que formábamos un buen equipo. La historia de Locke nos había encontrado a los dos y no al revés.

Aunque no lo expresamos en palabras, ambos aceptamos de manera implícita que resolveríamos aquello, aunque tuviera que solucionar el asunto de mi libro.

El sol comenzaba a picar sobre la tapicería, pero el aire nos golpeaba la cara y aliviaba el calor de la mañana. Después de lo que le habíamos sacado al oficial, necesitábamos entender lo que había sucedido con Locke y MacDonnell, y el único modo de hacerlo era preguntando a los testigos.

—Uno de los casos tiene veinte años y el otro… —repuso Rosario, señalando la dificultad de mi planteamiento—. Es probable que nos estrellemos contra un muro de piedra.

—Visitaremos Villajoyosa. Es un pueblo costero muy bonito.

—No he venido a hacer turismo, Gabriel.

—Vaya. Pensaba que sí.

Ella hizo un gesto de burla y se puso las gafas de sol. Un silencio entre los dos se alargó más de la cuenta y ella se giró hacia mí:

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el despistado. ¿Crees que soy boba? —preguntó y me lanzó una mirada por encima de la montura—. Sé que intentabas deshacerte de mí.

—¿Yo? En la vida haría eso, Rosario —respondí con humor—. Qué poco me conoces…

—Aunque no lo creas, te conozco más de lo que imaginas.

—Tengo mucha imaginación…

—Y yo te lo digo en serio.

—Sí, claro. «Todos los tíos sois iguales» y esa retahíla…

—No, de hecho, tú eres diferente y eso es lo que me preocupa.

El comentario me dejó sin respuesta. Me gustaba su estilo.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —preguntó, confundida.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Perdona, pero no voy cambiando de idea cada media hora… Soy una persona con las ideas muy cristalinas —dijo y observó mi reacción facial—. ¿Qué te sorprende?

—En Sevilla me dejaste bien claro que te gusta trabajar sola.

—Pero esto no es Sevilla y considero que hemos avanzado desde entonces.

—¿Tú crees?

—No sé. Quizá me haya equivocado. Tenía otra impresión.

Ella reculó, aunque yo solo estaba bromeando para molestarla un poco. No convenía que pensara que le iba a poner una alfombra roja apenas llegar. Al fin y al cabo, ella estaba allí para llevarse una exclusiva, la misma que, con cada segundo que pasaba, estaba convencido de que escribiría para ese libro.

—Además, has dado por sentado que te quedarías en mi apartamento, sin preguntármelo primero… Es bastante atrevido por tu parte.

—¡Oh! Es eso… —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Lo sabía… Tranquilo, me alquilaré una estancia para mí sola, no vaya a ser que moleste al escritor…

Conocía el chantaje emocional y ese juego de fingir lo contrario de lo que deseaba. Por fortuna, para los dos, a mí no me importaba que se quedara y tampoco tenía energías, ni tiempo para jugar al gato y al ratón.

—Te repetiré lo de antes, una vez más. Esta es mi última oferta.

—Gracias, pero no pienso dormir contigo en la misma cama.

—Descuida, te estaba ofreciendo el sofá. —Sonreí y tomé la comarcal, conduciendo hacia El Campello, con el fin de encontrar

una gasolinera en la que repostar y comprar algunas cosas. En mi cabeza, las ideas comenzaron a bullir y sabía que el empleado de mantenimiento tendría algo que contarme al respecto.

Después de repostar y pagar en la tienda, regresé al coche con un lote de seis cervezas y se lo entregué a mi compañera.

—¿Es así como piensas trabajar?

—A menudo ayudan —dije y nos adentramos en la carretera de curvas que nos llevaba hacia el complejo. Por un momento, sentí la falsa calma de estar haciendo lo correcto. No podía quejarme, pues la vida me había colocado ahí, trabajando en lo que me apasionaba, en un lugar idílico como ese y acompañado de una dama con carácter, pero dulce tras la coraza que llevaba puesta todo el tiempo. Rosario era así por naturaleza, pero también por haber crecido en un mundo laboral lleno de sabihondos y de papanatas con las bocas llenas de verdades a medias.

En el fondo, ella entendía que yo no era así, pero las personas somos de una manera y actuamos de otra, con el fin de evitar que nos hagan daño.

Llegamos al aparcamiento y vi que en las calles del complejo hotelero reinaba la tranquilidad, un día más. Pensé que era un sitio adecuado para pasar unas vacaciones desconectando del resto del mundo, si no fuera porque los fantasmas del pasado aún pululaban por allí.

Cuando subimos a la planta superior, le dije a Rosario que debía avisar en la recepción de su presencia. Ella sabía que mentía, aun así, no le dio la menor importancia. Le entregué una de mis tarjetas y ella se fue al apartamento. Después caminé por los pasillos hasta llegar a la puerta corrediza de cristal. De día, todo me parecía más fácil.

Para mi sorpresa, en la recepción no estaba esa chica, sino un hombre con el que me había cruzado antes y al que hubiera preferido evitar en ese momento.

—Buenos días, señor Caballero —dijo el encargado—. ¿Cómo ha pasado su primera noche?

—Bien, gracias… Miguel.

—Julián.

Guiñé un ojo y le hice un gesto de pistolero con la mano.

—Eso es.

—Julián Morales —repitió despacio y se mostró ofendido por no haberlo recordado—. Ese es mi nombre. ¿En qué le puedo ayudar?

Miré alrededor, pero no encontré la presencia de la chica.

—¿No está Cristina?

—No.

—La he visto hace un rato…

—Cierto, pero venía a despedirse —explicó antes de que continuara—. Se ha ido de vacaciones por dos semanas.

—Vaya, qué casualidad.

—Aunque no lo crea, nosotros también tenemos derecho a un descanso.

—Es temporada alta.

—¿Le puedo ayudar en algo más?

—Sí… —dije y di un largo suspiro—. Habrá otra persona en mi habitación. Es una mujer morena, de mi estatura, hermosa…

—¿Me puede prestar su documento de identidad?

—Lo siento, no he pensado en eso.

El tipo sonrió y cambió de parecer.

—¿Sabe? No se preocupe… En realidad, no pasa nada.

—Hablando de todo un poco, Julián… —dije, inclinándome hacia él y bajando el tono de voz—. Usted trabaja aquí desde hace tiempo, ¿verdad? Conoce los entresijos de este lugar.

El tipo carraspeó, infló el pecho como un pavo real y se llenó de orgullo.

—Por favor, con toda la humildad del mundo, le diré que llevo aquí desde los inicios. ¿Cómo cree que llegué a encargado?

Por su aspecto, calculé que tendría unos cuarenta y tantos años, a pesar de la mala forma física que presentaba, lo cual me hizo suponer que llegaría como un mozo a las instalaciones.

—Perdón, qué cosas tengo…

—No se preocupe —dijo con complicidad—. Es algo que muy poca gente sabe…

—¿Es el único veterano aquí dentro?

—No. Pero sí el único que progresó.

—Entiendo.

Por sus palabras, noté el resquemor ante los compañeros. Algo me indicaba que no se llevaba muy bien con los demás. Por la edad, razoné quiénes eran los otros.

—Claro, estos sitios suelen estar llenos de huéspedes que entran y salen, sin acordarse de nadie, tratándonos como si fuéramos sus mayordomos… Así que, los que trabajan, tampoco quieren dejar una huella en el espacio, pero ese no es mi *leitmotiv*.

—Ah, que tiene un *leitmotiv* y todo… —comenté, sospechando que se refería al término y que también confundía su significado—. ¿Y cuál es su lema?

La pregunta lo hipnotizó, sus ojos se desviaron hacia el infinito, dispuesto a recitar como si fuera a cantar una ópera:

—Brindar un buen servicio y una mejor experiencia.

Demonios, me dije, y no quise preguntarle por cuántas veces habría repetido aquella frase frente al espejo.

—Ya lo creo que lo logra —remarqué, ganándome su simpatía —. Entonces, si las matemáticas no fallan, usted fue testigo de la muerte de Bernard MacDonnell.

Le desapareció el brillo de la cara y la actitud de jurar bandera se transformó en una posición recta y precavida. Al escuchar el nombre del irlandés, su fisionomía cambió y no supe percibir si había aflorado algún sentimiento en él.

—Sí, por desgracia. Aunque no me desanimó para seguir haciendo mi trabajo.

—¿Lo conoció?

—Los MacDonnell fueron muy amables conmigo. Los irlandeses se parecen mucho a los españoles en la forma de ser, ¿sabe? Será por la tradición católica.

—¿Vio lo que pasó?

—No, afortunadamente.

—¿Y no le pareció extraño que se ahogara en esa cala?

El semblante se le estiró.

—Es lo que sucede cuando uno bebe en exceso y se mete en el mar.

—¿Y la familia?

—Estaba durmiendo.

Pensé dónde podría beber después de la cena y la mente me llevó al bar del roquero que había visitado la noche anterior. Algo me indicó que debía regresar en busca de más respuestas.

—Entiendo.

—¿Es relevante todo esto para su libro?

—Más o menos. En ningún momento pensé que algo tan trágico ocurriera aquí…

—Si va a hablar de este lugar, escriba algo hermoso, que emocione… y deje a los muertos en paz.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por su tiempo, Julián —respondí, sin continuar con el asunto de Barbara Locke. Tomé una nota mental para regresar más tarde a él, pero antes debía encontrar algunos testigos que me dieran más información sobre la escritora y la razón por la que estaba veraneando allí. Quizá eso me alentara a seguir trabajando.

—Si no lo ha hecho todavía, le recomiendo probar los baños termales y la sauna —dijo, con voz de anuncio televisivo—. Estoy seguro de que le ayudará a encontrar el silencio e inspirarse.

Cuando regresé a la estancia, abrí la puerta y no encontré a nadie. Rosario había dejado su bolsa de equipaje abierta sobre mi cama y sus zapatos a un lado de esta, pero no había ni rastro de ella.

—¿Rosario, estás ahí? —pregunté, tocando a la puerta con los nudillos.

La luz del cuarto estaba apagada.

Al no recibir respuesta, decidí abrir, por miedo a que hubiera pasado algo, pero no la encontré. Confundido, regresé al salón y me percaté de que la cristalera estaba abierta y la cortina se movía por el aire. Caminé hacia la terraza y vi la puerta de hierro mal cerrada.

Mi talento detectivesco, que no era gran cosa, me llevó a sospechar que habría salido por allí. Avancé unos pasos hasta el paseo que bajaba a la cala y me asomé al muro de piedra que servía de protección.

Entonces, eché un vistazo a la playa y tardé en asimilar la situación.

16

Rosario estaba de espaldas, luciendo un vestido ligero y transparente que dejaba ver el bikini que llevaba debajo. Su figura era estupenda, envidiable incluso para mujeres más jóvenes que ella. No me sorprendió, ya que se mantenía en forma, hacía deporte y era pura energía.

A unos metros de distancia, reconocí a Samuel, el encargado del restaurante y un seductor de clientes. Los dos estaban charlando, pero era imposible oír lo que decían. Tal vez ella estuviera allí por casualidad, pero sabía que él no. Desde nuestro primer encuentro, ese tipo no me había causado buena impresión. Supuse que era uno de los veteranos de los que Julián me había hablado y, probablemente, el que menos se llevaba bien con él. Por su aspecto y actitud, tenía todas las características para ser el líder del grupo. Tuve un mal presentimiento sobre el encuentro y algo se revolvió en mi estómago. No eran celos ni mariposas, más bien el aleteo de un besugo enfurecido.

Con las gafas de sol puestas, bajé por el paseo hasta los peldaños de piedra que llevaban a la arena y me acerqué a ellos sin disimular nada. Conversaban manteniendo una distancia prudencial y respetuosa. Él mostraba receptividad, con los brazos en jarras y una sonrisa que no desaparecía de su cara de bobo. Me pregunté qué pensaría *miss* Sabrina sobre todo esto. En ese momento, fui consciente de lo estúpido que estaba siendo, entrometiéndome donde no me llamaban y preocupándome por algo que no me importaba en lo más mínimo.

—Gabriel… —dijo Rosario, sonriente y relajada al notar mi presencia.

El otro me miró con aires de superioridad, como si supusiera una amenaza y lo ignoré por completo.

—Pensaba que te había tragado la tierra.

—No. Simplemente, he decidido dar un paseo por la playa, ya que tardabas… —dijo y miró al encargado del restaurante—. Samuel me ha invitado a degustar la cocina del lugar. Dice que no he probado una sepia ni una gamba roja como las que preparan aquí…

Miré a Samuel con un gesto fraternal, como si su flirteo no me afectara en lo más mínimo.

—Estoy de acuerdo con él —dije, esbozando la sonrisa más fingida que tenía reservada para estas ocasiones—. Veo que habéis hecho buenas migas.

—En realidad, la invitación es para los dos —añadió Samuel, sorprendiéndome con su falsa galantería.

—Perfecto —respondí sin mostrar ningún interés y me dirigí a Rosario—. ¿Le has preguntado ya sobre la noche en que se ahogó Bernard MacDonnell?

—¿Qué? —preguntó él, con el rostro descompuesto al escuchar ese nombre.

—Vaya, entonces llego justo a tiempo… —comenté y vi a Rosario jugando con los ojos, advirtiéndome que no continuara por ese camino si no quería arruinarlo todo—. Samuel es uno de los empleados que trabaja aquí desde que se inauguró el lugar, ¿verdad?

—Gabriel…

—Estoy seguro de que él puede contarnos muchas cosas sobre lo que ocurrió esa noche.

El tipo tartamudeó al escuchar eso. Se había puesto tan pálido como la sepia de la que hablábamos.

—Eh… Me encantaría quedarme a charlar con ustedes, pero me requieren en el restaurante… —dijo y se despidió con un gesto, dejándonos solos. Después, echó a caminar hacia la salida y desapareció por la curva de adoquines que llevaba al restaurante.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó ella, reprimiendo la rabia—. Intentaba ganarme su simpatía.

—Puedes practicar conmigo.

—¡Gabriel!

—Ese tipo es un caradura. Ándate con ojo.

—¿Y qué eres tú?

—Somos adultos para hablar de esto.

—¿Te crees que soy tonta?

—No, pero tampoco podemos olvidar de por qué estamos aquí y qué ha sucedido —expliqué, haciéndola entender que no me importaba su coqueteo—. Cada minuto que pasa, contemplo más la teoría de que a MacDonnell lo mataron por alguna razón que desconocemos. Samuel es uno de los pocos que trabaja aquí desde que inauguraron el complejo… y no es precisamente el que mejor reputación tiene.

—¿No estarás celoso? —preguntó, poniéndome a prueba.

—Para eso tendría que estar enamorado, Rosario.

—¿Lo has estado alguna vez?

Pensé en silencio.

—Alguna… supongo.

—La atracción no es una elección, ni tampoco lo es el deseo.

—Puede que tengas razón… aunque te diré que, a estas alturas de la vida, sigo sin saber lo que es puro o simplemente algo pasajero, lo que es real o fruto de mis ganas por sentir algo… La verdad es que no soy el más adecuado para sentar cátedra sobre el poder de las emociones y los sentimientos no correspondidos —le expliqué y caminé hacia la orilla. Por el rabillo del ojo, noté cómo mis palabras calaban en ella. El agua de las olas rompía a escasos metros de mí, dejando una fina capa de espuma que no llegaba a mis pies—. Después de todo, no puedes desear algo que ignoras, ¿verdad?

Ella se acercó desde atrás y se colocó a mi lado, rozando la manga de mi camisa con su brazo izquierdo. Los dos mirábamos al horizonte azul.

—¿Y qué es lo que ignoró la señora Locke para terminar de ese modo?

17

Sospeché que no nos sería muy difícil encontrar información sobre el pasado de la escritora. Villajoyosa era un pueblo pequeño que se llenaba hasta la bandera de turistas durante el verano y, como la mayoría de los municipios costeros del litoral, se vaciaba en invierno, convirtiéndose en un lugar solitario. Con la información que Rojo nos había dado y la experiencia que el periodismo nos había brindado, para bien y para mal, daríamos con el rastro de los últimos días de vida de Barbara Locke y su trágico final en las costas levantinas.

Hasta el momento, no teníamos mucho por dónde empezar. Las noticias que habíamos leído no mencionaban que fuera una habitual de la zona ni que tuviera un apartamento en propiedad. Por otro lado, contábamos con que la señora Locke, a pesar de su fama internacional, habría pasado desapercibida para los locales y sería vista como una jubilada más, con ojos claros y colorada como un cangrejo.

Salimos del complejo, subimos a mi coche y conduje hacia el norte, pensando en qué nos encontraríamos allí. Por decisión mutua, decidimos evitar la comisaría de la Policía Municipal. Aunque podrían agilizar el trabajo, no queríamos llamar la atención, después de que el inspector Rojo nos advirtiera del interés que estaba cobrando la investigación. Descarté mis contactos del diario Información, que eran los únicos que podrían haberme facilitado los trámites. Mi relación con ellos estaba tan viva como un corazón parado.

Llegamos a la famosa localidad de las casas de colores y aparqué en el puerto cerca de la playa del Varadero. Villajoyosa era característica por su paseo principal, lleno de fachadas de colores singulares, que siempre quedaban muy atractivas en las fotografías turísticas. A lo lejos, desde la orilla y con el cielo despejado, se

podía observar el islote de Benidorm. Para mí, era lo más parecido a esas postales de la Riviera italiana o francesa que había visto en las guías turísticas, salvando las distancias, por supuesto.

En Francia no había posibilidad de degustar una buena fideuá.

—Precioso lugar… —dijo Rosario mientras caminábamos por el paseo. Acostumbrada al turismo, no le sorprendió que muchas de las cafeterías y establecimientos de hostelería en la primera línea del paseo tuvieran la cartelería traducida al inglés. Era un síntoma de los tiempos que corrían y, para mí, una señal de que nada volvería a ser como cuando era joven. Los menús de toda la vida habían sido sustituidos por el pescado rebozado con patatas, el tinto de verano y la sangría se ofrecían como alternativa a las pintas de cerveza negra.

Dimos una vuelta por allí, rodeados por la multitud que atravesaba el paseo, ya entrada la mañana. Algo nos indicaba que el fantasma de Locke aún seguía presente en esa zona. Era como formar parte de una de sus novelas, con la particularidad de que la historia no la había escrito la propia Locke. Subimos por una de las calles que llevaban a una de las avenidas principales del pueblo y nos acercamos a un estanco. Sospeché que no habría muchos más en el pueblo y que allí podríamos dar con algo. Locke era conocida por su afición al té negro y al tabaco.

La estanquera, una mujer de pelo rizado oscuro y unas monturas que le agrandaban los ojos, nos vio llegar mientras despachaba a una clienta con ganas de entablar una conversación matutina que no iba a ninguna parte. Se trataba de una escena habitual, especialmente en verano, cuando la gente tiene tiempo libre y conversa sobre cualquier tema, por más banal que sea, para malgastar las horas y enfrentar la desidia del aburrimiento.

—¡Buenos días! —dije y ella esperó a que pidiéramos algo—. ¿Tiene agua fría?

—Sí, claro…

—Una botella —pedí y Rosario me dio un codazo por lo bajo, animándome a seguir la conversación—. ¿Es usted de aquí?

La pregunta la hizo pararse en seco. Estaba de espaldas y noté cómo se movía a cámara lenta para sacar la botella.

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—Somos periodistas. Estamos buscando información sobre…

Cuando se giró, su rostro había cambiado. Ahora parecía precavida y desconfiada.

—Es por esa mujer, ¿verdad? —preguntó, curiosa—. La que encontraron en la playa.

—Sí —dijo Rosario, interviniendo y poniendo las manos sobre el mostrador—. ¿Era cliente suya? Sabemos que pasaba los veranos aquí y que fumaba como una carretera…

La estanquera se quedó mirándola, tal vez porque el acento la confundía o por el ímpetu con el que hablaba.

—¡Ay, *mare*! —exclamó, asustada—. ¿Qué buscan? No son los primeros que vienen con esa cantinela… No quiero salir en los periódicos.

—No se preocupe, no queremos morbo —le contesté, intentando calmarla—. Tan solo buscamos entender lo que le pasó, para que no vuelva a suceder.

De repente noté que sus ojos se clavaban en mí y algo se iluminaba en ellos.

—¡Chico! Ahora que lo pienso, yo te conozco…

Rosario tensó la espalda al oír aquello.

—Tengo un aspecto muy común —le dije, intentando despejar la idea—. Seguro que me confunde con alguien.

—¿De verdad? —cuestionó mirándome extrañada y convenciéndose de que estaría equivocada—. Puede ser. Por aquí vienen muchos famosos…

No me interesaba que se corriera la voz, pues el rumor llegaría a oídos de la policía y, finalmente, a Rojo.

Eso era lo último que deseaba.

—¿La reconoce? —le preguntó Rosario, mostrándole una fotografía de la escritora en la pantalla del teléfono—. Es ella la mujer que buscamos.

—Sí, como para olvidarla —lamentó y asintió con la cabeza al observar la imagen—. Ay, Bárbara, pobreta… lo que es la vida, ¿verdad?

—¿Qué nos puede contar de ella?

—Era muy risueña y parloteaba algo de español… Cuando venía por aquí, siempre compraba lo mismo: tabaco Pall Mall y caramelos mentolados. Luego se iba a la cafetería de Mariano, que está en la calle de abajo, se tomaba el cafetito y ya no la veías hasta la noche,

en la terraza de algún bar.

—¿Venía siempre sola?

—Sí. No recuerdo haberla visto acompañada… ya me entienden, pero eso sí, hablaba con todos.

—¿Se refiere a la gente del pueblo?

—Sí.

—¿Recuerda algo que le llamara la atención?

—Iba siempre con un cuaderno negro en el que tomaba notas. Eso no le gustaba a todo el mundo.

—¿Cuál era la razón? —quise averiguar.

—Se dice que apuntaba lo que otros largaban para luego escribir los libros… Pero aquí no supimos que era escritora hasta que ocurrió la desgracia.

Rosario me miró de reojo.

—¿Se enteraron por los medios?

—No, no, qué va… Nos lo dijo la cartera —explicó—, pero no os creáis que fue porque se lo dijo la otra, no… Al parecer, le gusta leer novelas de misterio y esas cosas… y se enteró porque vio su fotografía en la solapa de un libro, un día que fue a Alicante.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Antes o después de que muriera?

—Ay, chica… —dijo la mujer, rogándole a la andaluza, de algún modo, que tuviera un poco de tacto al hablar de la difunta—. Después, poco después.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla?

—¿A Juanita? Qué pregunta, muchacho.

—En la calle, Gabriel. En la calle… —dijo Rosario, contestándome y poniendo fin al encuentro. Después se dirigió a la mujer—. Nos ha sido de gran ayuda.

—¿Para qué periódico trabajáis?

—Para el Información… —dije, riéndome y despidiéndome de la mujer—. Que tenga un buen día.

Salimos del estanco y noté que la temperatura había subido algunos grados. Se acercaba el mediodía y el calor no había hecho más que empezar. Me desabotoné el segundo botón de la camisa y me puse las gafas de sol. Luego observé a Rosario, que miraba en ambas direcciones, en busca del carrito amarillo.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Que debemos encontrar a esa tal Juanita…

—No vas a parar hasta encontrar a la cartera, ¿es así?

—Ni para tomar el aperitivo, chiquillo… —dijo y echó a andar con decisión.

Me fijé en su silueta y en esa actitud inquebrantable ante las adversidades. Quizá yo fuera diferente, pero ella también lo era. Hacía tiempo que no sentía esa fuerza bruta interior que me arrastraba para resolver la incógnita. Teníamos una pista sólida y estábamos a punto de dar con algo importante. Podía olerlo en el aire y sentirlo en los ojos esmeralda de la sureña. No obstante, lo que ignorábamos —y de lo que no estábamos dispuestos a pararnos a estimar— era la magnitud del problema al que nos enfrentábamos.

Y no me refería a la Interpol, ni a lo que Rojo comentara al respecto.

Más bien, meditaba sobre el monstruo que le había arrebatado la vida a Locke por una razón que estábamos a punto de descubrir. Pero eso era algo que tendríamos que resolver más tarde.

18

Rosario estaba decidida a dar con esa mujer, aunque encontrar a una cartera no resultaba tan sencillo como habíamos imaginado en un primer momento. Sin conocer el municipio en profundidad ni la ruta de la empleada postal, nos enfrentábamos a un desafío complicado. Era como perseguir a un roedor que se escondía en los portales. Después de una hora sin éxito, con el sudor empapándonos, empecé a echar de menos el aire acondicionado de mi apartamento, mientras perdía toda esperanza de completar nuestra misión.

—¿De verdad, Rosario? —le pregunté en medio de la calle—. Sería mejor que regresáramos mañana a primera hora. Estoy seguro de que la encontraremos en la oficina de Correos, antes de que salga a hacer la ruta.

—Ni hablar. No seas flojito, Gabriel… —dijo ella, delante de mí, abriéndose paso entre la gente y mirando en ambas direcciones—. Mañana sabrá que vinimos a buscarla y no habrá modo de dar con ella. Si no es hoy, no será nunca.

—Demonios… —dije, al ver algo que bajaba hacia el paseo marítimo por una callejuela del casco antiguo.

—¿Vas a quedarte ahí parado?

—Creo que es ella… —señalé y me fijé en el carro amarillo que transportaba.

Eché a correr calle abajo y Rosario me siguió los pasos, cuando un coche apareció de una bocacalle y casi me atropella. Me golpeé con el morro del automóvil, sin llegar a lastimarme, y el conductor tocó la bocina, mostrando su malestar.

—¡Juana! ¡Oiga! —gritó Rosario, llamando su atención, pero eso solo la ahuyentó.

Al vernos, apurada por la sorpresa, la mujer tiró del carro y salió disparada por la calle. Era menuda y no parecía que llegaría muy

lejos.

—¡Estoy bien, corre! —le indiqué a Rosario, mientras me recuperaba del susto. A pesar de las sandalias, la reportera salió disparada como una liebre, decidida a detener a esa mujer. Me disculpé con el conductor, que no hacía más que farfullar y seguí los pasos de mi compañera, mientras recuperaba el aliento. Bajamos por la calle Mayor, una angosta e histórica calzada en pendiente, rodeada de viviendas antiguas, fachadas coloridas y con muy poco espacio.

A la altura de la plaza de las Moreras, la cartera giró hacia una estrecha plaza sin salida y nosotros la seguimos hasta arrinconarla. El rincón, que daba a tres entradas de viviendas, no tenía más salida, siempre y cuando no se pudiera acceder por otro lado. Rosario jadeaba, recuperando el aliento y me miraba, con las manos apoyadas en las rodillas. Asentí con la mirada silenciosa, indicándole que me haría cargo de ello.

—Juana, sabemos que está ahí… —dije en voz alta, sintiéndome como un idiota, hablándoles a las paredes—. No pretendemos molestarla, solo queremos hacerle unas preguntas…

Mis palabras se las llevó el viento y no obtuve respuesta.

—No es sobre usted, es sobre Barbara Locke… la escritora británica… Tenemos constancia de que era lectora de sus libros…

Pero Juanita parecía haberse esfumado de nuestro alrededor.

—Si tan solo nos atendiera unos minutos… —proseguí, entre jadeos—, es probable que nos ayude a averiguar quién le hizo semejante salvajada…

Esas fueron mis últimas palabras.

Acto seguido, el crujir de una persiana llegó a nuestros oídos. Nos giramos hacia una de las fachadas y la persiana de madera se levantó.

Del interior salió la mujer con el uniforme característico de los empleados de Correos y nos miró fijamente, estudiando si decíamos la verdad.

Nos acomodamos en uno de los bancos públicos que se encontraban en la plaza de las moreras, bajo la sombra de uno de los árboles que daba nombre al lugar. La fuente del centro nos refrescaba con su humedad. Era un día caluroso, como era habitual en verano, pero no era el momento más adecuado para perseguir a alguien. La

mujer se mostraba asustada por nuestro abordaje y no comprendíamos del todo la razón. Después de todo, solo queríamos hacerle unas preguntas, sin intención de molestarla, pero parecía haber algo que la inquietaba profundamente.

—Sí, eso es cierto —explicó cuando Rosario le preguntó acerca del libro—. La reconocí en una librería de Alicante. Me gusta leer novelas de misterio, pero jamás pensé que Barbara fuera tan conocida.

—¿Habló alguna vez con ella al respecto?

Los ojos de la mujer se iluminaron con entusiasmo.

—¡Por supuesto! Cuando la reconocí, se lo dije, en cuanto la vi…

—¿Cómo reaccionó ella?

—Con naturalidad. Yo no sabía que era tan famosa… aunque, al parecer, en su país estaba acostumbrada a ser reconocida… —explicó, reflexiva—. Le pedí que me firmara los dos libros que compré.

—Entonces, eso fue antes de que falleciera… —comenté—. ¿Le dijo qué la trajo aquí?

Ella me miró como si se guardara algo que no quisiera contar.

—Venía a pasar el verano, como la mayoría de los turistas que vienen al pueblo. Solía alquilar el mismo apartamento todos los veranos, hasta el último, cuando eligió otro lugar…

—¿Le dijo la razón?

—No, pero me pidió que le guardara la correspondencia que llegara a su nombre en la antigua dirección.

—Un poco extraño, ¿no crees? —le pregunté a Rosario, mirándola con incertidumbre.

—Parece que había establecido una especie de amistad con ella… —comentó la reportera, esperando obtener más información.

—No éramos amigas, pero me llevo bien con todo el mundo, sobre todo con las personas educadas. La señora Locke era amable, aunque un poco solitaria y gruñona. Supongo que le hizo gracia que la reconociera, pero prefería no hablar de ello. El último año, actuaba un poco esquiva, como si no quisiera relacionarse demasiado… Se la veía menos por el paseo marítimo. Debe de haber estado mal de salud.

—¿Le mencionó a alguien más? ¿A un señor irlandés…? —pregunté con interés.

Ella negó con la cabeza.

—Me preguntó si le había contado a alguien más que la había reconocido en la librería… —dijo y agachó la mirada, ruborizada—. Me morí de la vergüenza. Sabía que le había mentido y no lo tomó bien. Pensaba que no tenía nada de malo contar aquello…

—Y no lo tiene, Juana, no lo tiene…

—¿Qué recuerda de las horas antes de que apareciera sin vida? —pregunté, agotando los últimos recursos que me quedaban. Por su expresión, la mujer estaba fatigada y la conversación llegaría pronto a su fin.

—Nada en especial. No la veía desde hacía días.

—¿Ha hablado ya con la policía? —intervino Rosario.

La mujer levantó la cabeza y suspiró.

—Todavía no… pero no tardarán en encontrarme, ¿verdad?

—Supongo —dijo Rosario y le tocó el hombro para tranquilizarla—. No debe preocuparse, no ha hecho nada malo.

—¿Qué buscan ustedes realmente con esto? ¿Escribir un artículo sobre ella?

—No, en absoluto. Tan solo queremos esclarecer quién la mató y por qué.

—Quizá pueda ayudarles. He leído muchos libros al respecto. Conozco cómo funciona la mente de un asesino.

No pude evitar sonreír.

—Por desgracia, ese es un trabajo que debe hacer la policía… Esto no es una trama de Barbara Locke —dije, eliminando cualquier atisbo de esperanza—. Gracias por su tiempo.

—Ahora que lo recuerdo, llegó una carta para Barbara desde el Reino Unido. Está en la oficina postal, ahí se quedó. Nunca llegué a entregársela.

Rosario y yo nos miramos con complicidad.

—¿Podemos verla?

La mujer vaciló antes de responder.

—¿Creen que ayudaría a avanzar en su trabajo?

—Por supuesto.

—Pero necesitaría la autorización de la señora para entregársela… y, ahora que no está…

Suspiré, la miré y cambié el tono de voz, volviéndolo más persuasivo.

—Juana, con lo audaz y especialista en el género que es usted, sabe bien lo complicado que es ese trámite, por no llamarlo imposible… y solo nos alejará de nuestra pista —respondí—. Si nos permite ver esa carta, le prometo que nadie se enterará…

—Pero no solamente eso —añadió Rosario, con voz dulce y convincente—. Cuando todo esto acabe, reconoceremos su ayuda como pieza clave en el reportaje.

Los ojos de la mujer se iluminaron, esta vez con más brillo que antes y nosotros no podíamos esperar a descubrir el contenido de esa carta.

19

La cartera nos entregó finalmente la correspondencia de la señora Locke, aunque no sin cierta cautela. Sabíamos que lo que estábamos haciendo tenía cierta dosis de ilegalidad, pero eso le añadía un poco de emoción a su vida. Le prometimos mantenerla informada.

En la terraza de una cafetería situada en el paseo marítimo, Rosario y yo no podíamos evitar la emoción de conocer el contenido de dicha pieza. Era un sobre de papel blanco estándar, con bordes coloreados en azul, blanco y rojo y la parte trasera carecía de remitente, razón por la que nunca había sido devuelto. El nombre de Barbara Locke estaba escrito a máquina. Aquella carta era un vestigio del pasado, un símbolo de una época en la que las noticias podían esperar.

Con la llave del coche, abrí la punta del sobre y volteé su parte horizontal para no dañar lo que había en su interior. De él saqué un folio plegado, escrito en inglés y a máquina. Al volcar el sobre en la mesa, cayó una instantánea Polaroid, descolorida por el tiempo.

—¿Qué es esto? —preguntó Rosario al observar la imagen.

Le eché un vistazo antes de leer la carta y enseguida reconocí el lugar. Era un recuerdo familiar de la cala Lanuza, con un complejo de edificios de lujo de fondo. Pero en la foto no aparecía la escritora, ni nadie que se le pareciera. En cambio, se veía a una familia formada por un matrimonio y dos niños.

Al fondo, había otras personas que no se llegaban a distinguir debido al mal enfoque de la cámara. Por la descripción que me habían dado, sospeché que el hombre casado era Bernard MacDonnell, el irlandés, al ver su piel pálida y enrojecida como una zanahoria.

Después procedí a leer la nota en silencio:

«Querida Barbara, esta es la única fotografía que los

MacDonnell accedieron a prestarme. Sé que no es gran cosa, pero es mejor que nada. Según la viuda, Bernard no murió ahogado a causa del alcohol. Era un aficionado a la natación y el nivel del agua no era tan profundo como para no hacer pie. Así que, más bien, lo mataron, pero hubo una gran presión por parte del dueño de la empresa hotelera para que la señora MacDonnell testificara lo contrario.

Sin embargo, también sé que me ocultaron algo… o que no me contaron toda la verdad. Los rumores dicen que MacDonnell tenía debilidad por las jovencitas y solía meterse en problemas con los demás. No tenía buena fama en sus círculos profesionales.

Lleva cuidado con lo que haces y dónde te metes, Barbara. Te conozco desde hace muchos años y no creo que merezca la pena investigar un crimen ya prescrito como este, para escribir un reportaje en la revista y una de tus novelas, aunque sea la última… Sé que te preocupa el dinero y estoy al corriente del enfado de tus editores, pero no te vendas por cuatro peniques. Lo que ocurrió en esa playa es parte del pasado…

En realidad, nunca podremos determinar lo que realmente le sucedió a MacDonnell, pero, de ser cierto, tuvo la mala fortuna de pasar las vacaciones en el lugar equivocado. No cometas el mismo error.

Sé feliz y disfruta tus últimos días en España. Come paella, bebe sangría y disfruta tirándole pan a las gaviotas. Las manos ociosas son el taller del Diablo, no lo olvides. Espero leer ese último borrador de tu próxima novela.

Atentamente,
Marcus».

Las palabras de aquel hombre me dejaron impactado, intuí que

debía ser el director de alguna publicación para la que escribía la señora Locke. Rosario me arrebató la nota de las manos y la leyó con atención.

Al igual que la escritora, ella no podía esperar para conocer su contenido. Suspiré profundamente y dirigí la mirada hacia la costa. Las gaviotas revoloteaban por el espigón y me pregunté si serían las mismas a las que Locke les tiraba pan para entretenerse. Después, pensé en lo que había escrito ese hombre, en la fotografía y en la nula posibilidad de que el cadáver de Locke llegara flotando desde Villajoyosa.

Era imposible, me dije con convicción.

Volví la cara hacia el sur y observé el contorno de la bahía, sospechando que debieron haber arrojado su cuerpo al mar desde algún lugar cercano a la cala Lanuza.

—Así que nuestra amiga investigaba el caso del irlandés para escribir una novela… Ella también sospechaba que había algo extraño en esa muerte —comentó Rosario al terminar de leer la nota, sujetando la fotografía—. Me pregunto qué fue lo que hizo mal para terminar de la misma manera…

—Venderse.

—¡Oh! Qué ingenioso eres, Gabriel… ¿Qué me dices de su afán por las menores? No me sorprendería que el karma se lo devolviera, después de molestar a quien no debía… ¡Menudo tipejo!

—No, de verdad. Ahora entiendo por qué apenas hay información sobre lo que ocurrió ese verano.

—No le interesaba al dueño de la empresa. El suceso habría dañado el negocio.

—Entonces, ¿por qué no le pagó a Locke por su silencio, como hizo con la familia del otro?

—Quizá pidiera demasiado…

—Ya.

Ella me miró con desconfianza.

—¿Gabriel, pasa algo?

—Rosario… —empecé a decir, captando su atención. Hasta ese momento, había pasado por alto el detalle que le iba a contar. Supuse que debía saberlo si íbamos a pasar la noche juntos—. No he sido del todo honesto… Hay algo que debes saber.

Ella me miró desconcertada, como si no entendiera qué pasaba.

Dejó la foto, cruzó las piernas de manera sugerente y se recostó en la silla de aluminio. Su mirada atenta y penetrante me intimidó.

—Dispara, sin rodeos.

—Pensaba que no tenía importancia. De hecho, ni siquiera me había detenido a reflexionar sobre el tema…

—Al grano, Gabriel.

—El apartamento en el que estamos es el mismo que reservó Barbara Locke… antes de que la encontraran sin vida.

La andaluza arqueó una ceja y se sacudió la melena oscura hacia atrás. Su cabeza intentaba procesar toda la información de golpe.

—Un momento, un momento…

—Sí.

—¡Uf! —exclamó, suspirando profundamente. Ahora era yo quien se sentía desubicado—. Eso es estupendo, ¿no?

—¿Estupendo? Pensé que te asustaría dormir en el mismo lugar que…

—Vamos, por favor… Que ya tenemos una edad —dijo y sonrió —. No creo en los fantasmas.

—Solamente en los de carne y hueso.

—Como el que tengo delante.

—Tal vez te interese dormir en la playa esta noche. A ver si el salitre te quita esa gracia tuya…

—¡Ay, hijo! Qué poca chispa tienes…

Lo nuestro no tenía remedio. Aunque, pensándolo bien, todo aquello no era más que un juego superficial para enmascarar lo que había bajo la superficie.

Revisé la fotografía y las ideas volaron en mi cabeza. La pregunta de Rosario rebotó por segunda vez en mis pensamientos.

«La empresa no pagó por el silencio porque esta vez no fue la responsable directa del accidente», pensé, elucubrando sobre sus palabras. Intuí que la escritora se había hospedado en el complejo porque seguía la pista del presunto asesino… y no estaba equivocada.

Lo más probable era que este continuara allí.

Un escalofrío de miedo me recorrió la espalda al reflexionar sobre ello.

Me costaba aceptar que el homicida merodeaba mientras los demás dormíamos, pero era inevitable no meditar sobre ello.

Debíamos regresar, interrogar al personal, recopilar toda la información sobre las últimas horas de vida de esa mujer y así llegaríamos a nuestro objetivo.

Debíamos terminar el trabajo que Barbara Locke había dejado a medias.

20

A pesar de la gravedad de la situación, a Rosario pareció entusiasmarle la idea de regresar al complejo y permanecer en el mismo apartamento en el que la escritora había pasado sus últimas horas. Ese era uno de los detalles que distinguía a un periodista de raza de un simple calienta sillas de redacción. A la reportera nadie le pagaba por jugarse la vida, ni por meterse donde no la llamaban, pero, al igual que en mí, había algo en su interior que funcionaba como un campo magnético y la arrastraba hacia la verdad.

Necesitábamos parar a comer en algún lugar. La temperatura aumentaba, el calor comenzaba a ser insoportable y mi carácter se avinagraba con el estómago vacío. Ella no puso objeciones, confesando que cualquier cosa le valía.

Pero a mí, no.

El restaurante de Samuel tendría que esperar un poco más. Cuando vi el toro de Osborne que sobresalía de la N-332, tomé la carretera que llevaba al Campello, pisé el acelerador y conduje hasta el puerto marítimo, con la idea de que Rosario se llevara algo más que un reportaje para el recuerdo.

Con la torre vigía de la Illeta y el club náutico bajo nosotros, aparqué en la explanada que había junto a La Cova, un restaurante típico de la zona, con arroces y pescados en la carta, una estupenda terraza con vistas al mar y un servicio de camareros atento y con la chulería propia de la hostelería del litoral. Dada la hora que era y el periodo estival, me lo jugué todo a una carta para comer en aquel lugar. La fortuna nos rozó el hombro y conseguimos una reserva en el momento en que me acerqué a preguntar por una mesa libre.

Nos sentamos a una mesa al aire libre, pero con la suerte de que los rayos de luz ya no nos alcanzaban. A la hora del menú, tomé la comanda y pedí una sepia a la plancha y un arroz con bogavante para los dos. Para beber, le indiqué al camarero que trajera una

botella bien fría de Marina Alta, un vino blanco de la zona.

El camarero tomó nota y Rosario se quedó pensativa, mirándome en silencio.

—Me has dicho que te gusta todo…

—Se supone que estamos trabajando.

—El trabajo no debe ser un impedimento para disfrutar de la vida.

Ella puso los ojos en blanco y desvió la mirada hacia el mar.

—Espero que no sea uno de tus intentos para impresionarme.

—Tú, come. Luego, hablamos.

Me preguntó por el lugar y le expliqué que lo que veía más abajo, que parecía un campamento arqueológico, eran las ruinas de una piscifactoría romana de salazones de pescado, ahora convertidas en un museo. Ella atendió a la explicación con interés y siguió pensativa, observando el entorno mientras esperábamos a que nos sirvieran el entrante. Desde mi posición, podía contemplar el cabo y las casas que habían construido sobre la montaña. Sitios únicos y solo para los privilegiados que podían pagarlos. Como muchas otras partes del país, los enclaves frente al mar se habían convertido en un imán para el dinero y los negocios, y los promotores urbanísticos se habían encargado de decorar de ladrillo toda la costa.

Brindamos con la primera copa de vino mientras nos servían unas olivas, esperando ansiosos la sepia. No teníamos muy claro cuál era el motivo de la celebración, ya que seguíamos la pista de un asesino que se encontraba más cerca de lo que habíamos supuesto en un principio y aún no teníamos toda la información que necesitábamos. Sin embargo, la vida hay que celebrarla y no existe excusa para no hacerlo mientras seguimos vivos, incluso en los momentos de más duda. Con sed, saboreé el vino y observé a mi acompañante a través del cristal de la copa. Era tan hermosa como peligrosa y entrometida.

A pesar de su presencia, de esa gracia innata que desprendía al moverse sin necesidad de abrir la boca, no podía olvidar que, detrás de aquellos ojos con el color de las profundidades del mar que tenía a mi vera, y bajo la piel tostada por el sol y esa melena negra que brillaba con naturalidad, Rosario tenía una misión y no se esforzaba por ocultarla.

Honestamente, me fascinaba su carácter del sur, no por los clichés más conocidos, ni por el interés que podía evocar la cultura. Me fascinaba que, siendo tan cercanos, fuésemos tan distintos y parecidos a la vez.

—Estás muy callado para ser tú —comentó, rompiendo el silencio que nos envolvía—. ¿En qué piensas?

Dejé la copa sobre el mantel y llené los pulmones.

—En las razones por las que alguien asesinaría al irlandés… —expliqué, desviando mis pensamientos hacia un rincón sellado y retomando la causa que nos había llevado hasta allí—. Tengo la impresión de que eso es lo que Barbara Locke pretendía averiguar.

—Y su final fue peor que el de MacDonnell… mucho peor.

—Lo sé… —dije, meditando sobre su muerte—. No soy un especialista en mentes criminales, pero sospecho que el primer asesinato fue pasional y el segundo fue premeditado. MacDonnell descubrió algo y por eso murió.

—Y Locke… ¿no?

—Sí, pero su asesinato fue un aviso para todos —dije, rascándome la barbilla cuando el camarero sirvió la sepia y el pan —. Disfrutemos de esto.

Rosario me hizo caso y disfrutó del entrante mientras bebíamos vino. Después nos sirvieron el arroz con bogavante, que era la razón por la que habíamos ido hasta allí. La idea era no cebarnos en exceso para evitar que la digestión nos alejara de nuestro propósito. Por desgracia, a medida que avanzábamos, el calor, la comida y el vino no nos ayudaban a pensar con claridad.

Conversamos sobre la vida, su pasado y el mío. Me contó lo que nunca llegó a desvelarme en Sevilla, que era la razón por la que había aceptado vivir allí y no viajar por el mundo como reportera, tal y como había soñado en la facultad.

—Entré primero en el Diario Sur, en Málaga… y después me fui a Sevilla…

—¿Por trabajo?

—No —dijo y desvió los ojos hacia el puerto—. Por amor.

—Pero no te fue mal. Hay errores que se pagan más caro.

Rosario suspiró y noté que, aunque no le incomodaba hablar de ello, tampoco lo había compartido mucho. Era hermética, no solo conmigo, sino también en su interior.

—Supongo… hasta que terminé de jefa de sección de sucesos.
—¿No te gusta?
Ella me clavó los ojos y sonrió.
—Se nota que estuviste poco tiempo en la redacción…
En ese momento recordé mis tiempos como redactor en Las Provincias y cómo el destino forzó mi salida de un modo que jamás habría imaginado.
—Lo suficiente para saber qué se cuece.
—Por eso mismo —señaló—. Al principio, te atrapa. Después, terminas rodeado de malas noticias, desde que te levantas hasta que te vas a dormir, si es que duermes… y de pronto, no hablas de otra cosa y tu vida gira en torno a desgracias ajenas, a personas asesinadas, mujeres violadas… Te das cuenta de que vives en un mundo muy hostil, en el que suceden desgracias que a nadie le importa.
—No hace falta trabajar en un periódico para llegar a esa conclusión.
—No, Gabriel. La conclusión es que tu trabajo se convierte en tu realidad.
—¿Qué pasó con ese chico? —le pregunté, volviendo al tema anterior.
—Lo abandoné, como al resto.
—Interesante respuesta.
—¿Y a ti? ¿Qué te pasó?
La miré desconcertado.
—Soy un romántico empedernido, pero el amor nunca ha sido una motivación…
—Puedes contarle esa milonga a otra… —respondió y se rio—. Te he leído, ¿sabes? Puedo comprender lo que intentas dejar entre líneas… Y también he leído lo que escribían sobre ti cuando eras famoso.
Las últimas tres palabras me dolieron como una patada en la entrepierna.
—Vaya. Me sorprende que alguien como tú me haya investigado.
—Las máscaras no son eternas y las personas tendemos a cometer un error en algún momento.
—Mira, todo lo que decían por ahí… eran solo opiniones, no

hechos.

—Lo sé, pero todos se acercan, de alguna manera, a los hechos, ¿me equivoco?

—No vas mal encaminada.

—¿Qué te hizo quedarte aquí y no marcharte a buscar fortuna a otro lugar? Lo has tenido todo para lograrlo.

Aquella fue una buena pregunta, una que yo tampoco me había planteado en profundidad por temor a la respuesta.

Señalé al mar con la mano.

—Supongo que todo esto.

Pero no la iba a convencer con un argumento tan pobre.

—Temes perder la magia que te envuelve si te vas a otro sitio. Después de todo, este es tu escenario, como el de un actor que llena el mismo teatro, día tras día, ante la misma audiencia, pero que sufre el pánico en sus huesos al actuar para otro público desconocido…

—Creo que deberías dejar el vino y pasarte al agua.

La sonrisa traviesa de Rosario empezaba a estirarse, mostrándome sus dientes. Sus ojos me observaban de una manera diferente a como lo había hecho antes, con un brillo particular que debía ser a causa del alcohol.

Lo cierto es que no le faltaba razón. Todos tenemos una conversación pendiente con nosotros mismos, a solas, sin interferencias. Un encuentro que intentamos evitar a toda costa, por miedo a salir perjudicados, con una herida irreparable, o a que salgamos de ese encuentro siendo alguien que desconocemos.

—En el fondo, no somos tan diferentes.

—Sé lo que estás pensando ahora —le dije, mientras observaba sus gestos de satisfacción y plenitud.

—No, no tienes ni idea.

—Pediré la cuenta.

—Esto está demasiado bueno como para dejárselo en el plato, pero no puedo más.

—Necesitaremos una siesta.

—¿Qué? —preguntó y noté en su voz un ligero achispamiento causado por el vino. Yo había sido más precavido, sin llegar a la segunda copa—. Ni hablar. Hay que trabajar, Gabriel…

—Has hecho un largo viaje hasta aquí —le dije y sus ojos

vidriosos se rindieron ante mí.

Pagué la cuenta y regresamos al descapotable. Cuando subió, se acomodó en el coche y miró de lado.

—Gracias por la comida… Me ha encantado.

—La cocina es buena en este lugar.

—Me refiero a la ocasión. —Luego se acomodó, con las piernas hacia un lado y giró el rostro hacia la puerta, en un estado de relajación profunda. Era su modo de decirme que pronto se entregaría a los brazos de Morfeo. No quise molestarla y dejé la radio apagada. El viaje era corto, pero el sueño sería reparador.

Tan solo deseé no tener que llevarla en brazos hasta la habitación.

21

Después de la comida, el complejo residencial parecía un cementerio de ladrillos. El calor apretaba en su hora de mayor intensidad y la brisa que soplaba no ayudaba a disipar la pegajosa sensación provocada por la humedad.

Dejamos el coche en el aparcamiento subterráneo, subimos al apartamento y Rosario se quedó dormida en el sofá, antes de que pudiera ofrecerle la cama. Por mi parte, me sentía despejado. La comida no me había provocado somnolencia y, además, el contenido de la carta que habíamos encontrado actuó como un revulsivo frente al cansancio. Le escribí una nota a Rosario y la dejé sobre la mesa del salón. No quería despertarla de la siesta y pensé que nos vendría bien algo de tiempo a solas. Ella con sus sueños y yo buscando respuestas por mi cuenta. Contábamos con tecnología y medios para ponernos en contacto más tarde, así que me marché sin hacer ruido y subí hasta el bar de la planta superior.

La terraza estaba vacía, pero podía oír a los niños que jugaban en la piscina climatizada que había en la planta inferior, al otro lado de nuestra estancia. A Sonia, la camarera, la encontré aburrida y agotada, sentada sobre un taburete en el interior del bar, mirando su teléfono móvil. Entré en el local y sentí el chorro de aire acondicionado que salía de lo alto. Ella se percató de mi presencia y sonrió con un gesto automático, propio de los camareros que están amenazados con una reducción de sueldo si no muestran simpatía.

—Hola, ¿qué tal? —me preguntó, sin interés y con una frase hecha—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Un café bien cargado, por favor.

—¿Con hielo?

—No, gracias. —Me senté en uno de los taburetes de la barra y la observé. Ahora estaba de espaldas, pendiente de su teléfono, como si alguien le estuviera escribiendo de manera intermitente. Su

apariencia no llamaba demasiado la atención, quizá por la ropa de trabajo que llevaba, pero tenía una figura bonita y un rostro amable. A su edad, todas desprenden una energía única. En el fondo, todos lo hacemos. Luego, con el tiempo, nos marchitamos como las hojas. Recordé mis días en la universidad y pensé que las chicas como ella siempre tenían a alguien detrás—. ¿Cómo va el día?

—Lento. —Nos reímos al unísono y ella puso el vaso de cartón en la máquina de café expreso—. ¿Lo quieres para llevar?

No le había dicho nada al respecto, pero decidí seguirle la corriente.

—Sí, por favor.

Después pulsó el botón y la máquina comenzó a hacer ruido.

—¿Quieres leche o azúcar?

—No, está bien así —indiqué, percibiendo que no había prestado mucha atención a lo que había pedido. Aproveché que no había nadie en varios metros a la redonda y decidí preguntarle—. Sonia, tal vez puedas ayudarme con algo…

—¿Sí? —preguntó y dejó el vaso de cartón humeante sobre la barra—. A ver, dime.

Busqué una fotografía de Barbara Locke en el teléfono y se la mostré.

—¿Te resulta familiar esta mujer? ¿La has visto por aquí?

Ella tomó el dispositivo con toda confianza y amplió la imagen del rostro de la señora.

—Puede ser… —dijo y me devolvió el teléfono—. Su cara me suena. ¿Quién es?

No pretendía ser esnob ni prejuzgarla antes de tiempo, aunque intuía que la chica no había leído a la británica.

—Su nombre es Barbara —revelé, jugando con las palabras para evitar mencionar que estaba muerta—. Estuvo por aquí hace poco.

Ella ladeó el rostro y vi en sus ojos que intentaba recordar algo.

—¿Sabes? Entre tú y yo… por aquí pasa tanta gente con ojos claros y ese aspecto, que al final todos parecen iguales.

—Fíjate bien. Era una mujer de estatura media, siempre sonriente…

Un pequeño desliz fue suficiente para alertarla y transformar su expresión.

—¿Era…?

—Quiero decir…

—Ya sé de qué me suena —dijo, haciendo un aspaviento con la mano—. Es la mujer que apareció sin vida en la playa…

Al terminar la frase, se tapó la boca como si hubiera confesado algo prohibido y miró a su alrededor.

—Eh… Tú lo has dicho.

—¿Eres policía?

—¿Qué? Dios mío. ¿Recuerdas algo de lo que te cuentan los huéspedes?

—¡Uf! Es verdad, perdona… Me dijiste que eras periodista —reculó, avergonzada y mostrando nerviosismo—. Me matan si digo algo.

—¿Quién? ¿Samuel?

—Es que este año estoy sin un contrato nuevo, por eso de ganar un poco más…

La miré con la confianza de quien guarda un secreto.

—No te preocupes, nadie te preguntará por eso —le dije para calmarla—. Mira, ayer, cuando me preguntaste si estaba aquí por lo que había sucedido en la playa…

—Ahora lo recuerdo. Esa mujer estuvo aquí hace un tiempo preguntando por eso mismo.

—¿Cómo?

—Sí —dijo y se le iluminó la mirada, aunque no supe descifrar su significado—. Hablaba un poco de español, bastante mal, la verdad, pero entendible si le prestabas atención… Vino preguntando por un señor irlandés que había estado aquí, que se había ahogado en la playa… Una historia muy turbia, la verdad.

—¿Bernard MacDonnell?

—Puede ser, ¿yo qué sé? Si no soy capaz de acordarme de lo que me dijiste ayer —dijo riendo, lo cual me dejó atónito—. Le dije que no había visto a ese hombre jamás.

—¿Qué le contaste?

—Pues ahora que lo pienso, metí la pata hasta el fondo.

—Explícate, mujer…

—Le expliqué que yo no trabajaba aquí por entonces, con tal de quitármela de encima… y se la mandé al jefe.

—¿A Julián?

—¿Eh? No, por favor. A Samuel.

—¿Y qué pasó después?

—Nada —respondió encogiéndose de hombros—. Con ella, no pasó nada. La volví a ver por aquí, pero no se me acercó a hablarme más. Supuse que había hecho efecto, hasta que Samuel vino y me metió un rapapolvo que me dejó tiesa…

—No le gustó lo que hiciste.

—Me dejó bien claro que estaba aquí para atender, no para dar conversación a los clientes ni para llenarles la cabeza de pájaros. Pero es que no hice nada de eso…

—Entiendo.

—Aunque, ahora que lo pienso, sí que lo estoy haciendo ahora.

—No, que yo sepa, tan solo estoy pidiendo un café para llevar.

Se formó un silencio hasta que ella se echó atrás.

—Ay, *mare*… —exclamó, por sorpresa, tapándose la boca—. Después de lo que te he contado, esa mujer apareció…

—Relájate, no saques conclusiones precipitadas.

—No, no puede ser, ¿verdad? Samuel tiene mala leche, pero eso no.

—Efectivamente, chica… Olvida el asunto —le dije, con tal de que no se descontrolara—. Lamentablemente, a esa señora la mataron en Villajoyosa y la arrojaron al mar. De ahí que la encontraran en la playa. Muy macabro todo, pero no tienes por qué preocuparte.

—Ah, ¿sí? En ese caso…

Asentí y noté que el café se había enfriado.

Pagué y decidí marcharme antes de que cambiara de parecer y se pusiera más nerviosa. Tenía la certeza de que Barbara Locke había estado en ese lugar buscando pruebas que confirmaran la muerte del irlandés. Reconozco su valentía al meterse en la boca del lobo de esa manera y a su edad, en un entorno completamente desconocido para ella. Ahora estaba seguro de que Samuel sabía más sobre el tema, pero no estaba dispuesto a revelármelo. Debía hablar con Rosario. Convencerla para que sedujera a ese tipo no sería difícil. Sin embargo, la situación ya era complicada y, lo último que necesitaba era que el encargado sospechara de mis intenciones, aunque temía que eso ya hubiera sucedido.

—Ánimo, te queda poco para terminar el turno de hoy.

—Sí, se supone que el compañero nuevo llegaría hoy… —dijo mientras me dirigía a marcharme—. Oye, Gabriel…

Me sorprendió que su memoria de pez lograra recordar mi nombre, así que me giré para escucharla.

—Dime.

—¿Es tu novia? Esa chica morena que estaba contigo —me dijo, y entorné los ojos, desconfiado—. Perdona, no he dicho nada. Soy una entrometida.

—No, no te preocupes, está bien. No es mi pareja, es solo una amiga. Es reportera.

—Vaya, qué pena. Hacéis buena pareja.

Sonreí por formalidad.

—Gracias, Sonia. Díselo cuando la veas… Estoy seguro de que la convencerás para que cambie de opinión.

22

Salí de la cafetería bajo el radiante sol y el sofocante calor de esas horas. Me puse las Wayfarer para protegerme la vista y descendí las escaleras hacia la entrada del restaurante. Como era de esperar, el servicio estaba recogiendo las mesas de los comensales y ya no quedaba ningún cliente allí. Me asomé a la puerta, con la esperanza de sorprender al encargado y tener la oportunidad de hablar con él. No esperaba que Samuel soltara prenda ni que me lo pusiera fácil, pero confiaba en que su fisionomía y el lenguaje corporal me proporcionaría las pistas que necesitaba.

Lamentablemente, Samuel no estaba allí, ni tampoco parecía encontrarse cerca. Con el café ya frío, salí del complejo y me dirigí al camino que bajaba del paseo y llevaba a la playa. Desde lejos, pude divisar un grupo de personas atrevidas, en su mayoría mujeres, que se achicharraban al sol como gambas. Tomé la cuesta que llevaba a la carretera y bordeé el complejo por el exterior, hasta llegar a la calle principal por la que había accedido al aparcamiento. A un lado, había otro complejo residencial privado, al que no se podía acceder, con un estilo de viviendas muy similar al que había alquilado.

La carretera se perdía en una curva sin visibilidad que subía hacia la montaña. Palpé el bolsillo del pantalón para asegurarme de que aún guardaba las llaves del coche y regresé al garaje con una idea en la cabeza y una misión por cumplir. Minutos más tarde, el ruido del motor alemán rugió con fuerza en la carretera, despertando a más de un turista de la siesta.

No sabía qué encontraría, pues era probable que no diera con nada, pero debía asegurarme. Por cómo estaba ubicada la pendiente, intuí que el camino debía llevar hacia la cima de un monte. A medida que me alejaba del complejo de apartamentos, encontré propiedades privadas amuralladas de las que solo se veía

el límite.

Seguí la carretera, bordeando la costa, hasta que un camino se desvió hacia la playa. Era la cala de les Palmeretes y terminaba en una pequeña rotonda que facilitaba el cambio de sentido. A esa hora, no había actividad por allí. Mis ojos se desviaron hacia un reflejo que había en lo más alto y supe cuál era mi destino.

Continué conduciendo un tramo más y las construcciones desaparecieron, dando paso a un terreno árido y seco, característico de la región. Al límite de la última finca pegada a la carretera y en el punto más alto de la cuesta, la tierra y un montón de rocas colocadas intencionadamente me indicaron que había llegado al final del camino y que no podría continuar conduciendo.

Me bajé del coche y continué caminando. La única presencia era la mía, además de la brisa cálida que soplaba, que parecía el tubo de escape de un camión. Avancé unos metros y sentí el impacto del calor en mi cuerpo, provocándome una sensación de mareo ligero. Lo último que quería era una insolación. Si me desmayaba allí, nadie me encontraría hasta pasados varios días. El terreno se transformaba en un paraje salvaje, con montículos de tierra, rocas, vegetación seca y un acantilado que llegaba hasta el mar. Me giré, con el sol cegándome y contemplé el grupo de apartamentos en los que me alojaba. Luego, desvié la mirada hacia la costa y observé el movimiento diagonal del mar hacia mi playa. Aquello me provocó un escalofrío solo de pensarlo. Sabía que me estaba acercando a una pista relevante. Desafortunadamente, al intentar dar un paso atrás para obtener una vista más amplia, tropecé con un tronco y caí al suelo. Lo primero que pensé, fue que me había doblado un tobillo, pero tuve suerte y solo mordí el polvo.

—Por poco… —murmuré al poner las manos sobre la grava y levantar una polvareda. Frente a mis ojos había una roca de gran tamaño, con la que podría haberme lastimado severamente si hubiera caído con menos gracia. En ese momento, me fijé en la roca y en una mancha que había sobre ella.

Me incorporé y pestañeé dos veces mientras me sacudía la tierra de las manos. Después me quité las gafas y revisé la mancha, con cuidado.

—No puede ser… —dije en voz alta, con el corazón disparado.

Ante mis ojos, había una mancha de sangre reseca.

En ese instante, oí el crujido de algo sobre la grava, pero el viento me confundía y no supe de dónde provenía el ruido. Me giré rápidamente, pero no vi a nadie. Además, estaba lejos como para comprobar mi coche, así que intuí que el sonido procedía de alguna de las viviendas pegadas a la carretera.

Nuevamente, me volví para observar mejor la mancha de sangre. Debía tomar una fotografía para mostrársela más tarde a Rosario. Aquella prueba no significaba nada por sí sola, pero daba sentido a nuestras teorías.

Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón y apunté a la roca, pero la aplicación de la cámara no se abría, debido a la falta de memoria.

—¡Maldita sea! —dije e intenté sin éxito hasta tres veces.

Guardé el teléfono y bordeé la roca, poniendo atención en el rastro que había tras ella. Las manchas de sangre continuaban hasta el suelo y luego desaparecían en la tierra. Probé a imaginar lo que le había sucedido a esa mujer y me pregunté si alguien habría podido oír algo. Las viviendas a mis espaldas estaban lo suficientemente lejos como para no haber percibido un forcejeo.

«En ese caso, primero tuvo que matarla y después la empujó», reflexioné en silencio, imaginando la escena y la impresión me provocó una fuerte arcada. Desafortunadamente, la tierra se había llevado gran parte de las pistas que podía utilizar. Avancé unos metros y me fijé en un surco que llevaba hasta el borde de la montaña. Supuse las razones por las que Barbara Locke había caminado hasta allí y me cuestioné si había seguido a otra persona o era ella quien había huido hasta allá. Luego me asomé con cuidado y observé el vacío. Medí la dificultad del asunto y concluí que la caída al agua habría pasado desapercibida para los demás. No es tarea fácil arrastrar un cadáver y, aún menos, lanzarlo al mar, pero lo cierto era que esa parte de la costa se encontraba lejos de la zona residencial y, de noche, nadie estaría presente para notar lo que ocurría.

Algo me indicó que se me estaba escapando un detalle, aunque no podía decir cuál.

En ese instante, percibí otro crujido en la grava proveniente de la explanada. Confundido, miré a mis pies y vi una sombra que se alargaba por mi espalda, haciéndose cada vez más grande. En el

preciso momento en que decidí girarme, resbalé sobre algo y una sacudida me sorprendió, golpeándome en la nuca y haciéndome caer al suelo como un saco de harina. El impacto fue tal que rodé unos centímetros por la tierra, levantando una polvareda que irritó mis ojos y me aproximó peligrosamente al precipicio que separaba el monte del abismo. Me sentía mareado, casi sin conocimiento y la vista se me nublaba debido al calor, la tierra y la bajada de tensión. De repente, noté cómo mis fuerzas me abandonaban y mi cuerpo pesaba como si fuera de plomo. No logré articular palabra ni preguntar quién había sido el responsable de golpearme. Cegado por el contraluz del sol, que me impedía reconocer su figura, entorné los ojos y distinguí unas zapatillas deportivas de color blanco. Lentamente, sentía que me desvanecía bajo el sol y respirar se volvía difícil.

A los pocos minutos, oí un estruendo de gravedad y un zumbido parecido al de un moscardón que se aproximaba hacia mí. El zumbido se volvía más intenso por segundos, como si fuera un enjambre rabioso decidido a atacarme.

La brisa acariciaba mi rostro y era agradable, lo que aliviaba un poco la quemazón en mi cabeza. Intenté girarme para ponerme bocarriba, pero cada movimiento suponía un esfuerzo considerable. Finalmente, con dedicación, lo logré.

Ahora, no podía ver nada más que un sol ardiente que me quemaba la cara.

Estaba sediento.

Segundos después, todo cesó. El zumbido se transformó en pasos y una mano me agarró del brazo con firmeza.

23

Un chorro de agua fría cayó sobre mi cara, haciéndome despertar al instante. Moví el rostro de un lado a otro para evitar ahogarme.

—Basta, es suficiente… —dije, con los ojos cerrados e intentando protegerme con las manos—. Me vas a ahogar…

Cuando abrí los ojos, vi la figura y el rostro del inspector Rojo, agachado y observándome de cerca.

—Demonios, Caballero… ¿Qué se te ha perdido aquí? —preguntó, ofreciéndome la mano para ayudarme a levantar. Me aferré a él con la fuerza que me quedaba y me puse de pie lentamente, a pesar de la molestia que aún sentía en mi cabeza—. Has estado a punto de cometer un error…

Me apoyé en él para mantener el equilibrio y parpadeé varias veces. Haberme mojado el rostro y la cabeza había sido una buena idea y ahora podía entender la situación con más claridad. De nuevo, estábamos frente al mar, sobre aquel monte aislado desde el cual se divisaban las viviendas que bordeaban la costa.

—Han intentado matarme —sentencié, sin más explicaciones.

—¿Has bebido? A ver, échame el aliento.

Miré de reojo al inspector, mostrando mi malestar, pero él pareció ignorarlo.

—Me han golpeado por la espalda. ¿Es que no lo ves?

Nos alejamos unos metros del precipicio y nos movimos hacia una zona segura. Luego me separé del policía.

—¿Quién, Caballero, quién? —preguntó, señalando alrededor como si estuviera chiflado—. Aquí no hay nadie…

—Entonces, ¿cómo explicas…? —No llegué a terminar la frase cuando pasé las yemas de los dedos por mi nuca y sentí el dolor antes de tocarla. Después me examiné y comprobé que estaba sucio y con la ropa arrugada. Lo cierto era que mi aspecto restaba credibilidad a mis palabras. Entonces me pregunté qué hacía allí—.

¿Cómo me has encontrado?

Rojo señaló al inicio del camino.

—Tu coche no es el más común por esta zona —explicó—. Deberían multarte por dejarlo aparcado así. ¿Me vas a contar qué hacías aquí?

—Estaba dando un paseo —contesté con socarronería.

La respuesta no le agradó y se reflejó en su expresión. Me había salvado la piel de nuevo y no estaba poniendo de mi lado.

—No me estás haciendo caso…

—Te estoy diciendo la verdad. Quería saber a dónde me llevaría la carretera…

—No. No estás siendo sincero respecto al asunto de esa mujer —terminó la frase, sin dejarme acabar la mía—. Estás metiendo las narices en la mierda y te dije que dejaras el hocico fuera.

—¿Estás celoso?

Rojo me observó tras sus gafas de aviador.

—¿Eres imbécil? ¿Por qué iba a estar celoso de ti?

—Te molesta que esté siguiendo el caso con ella… —le aclaré, refiriéndome a Rosario.

No sé qué provocó en él que le sentara tan mal, pero el inspector se acercó a mí impulsivamente y me agarró del cuello de la camisa con fuerza.

—Escúchame bien, sabihondo… —me dijo, mordiéndose la lengua y después me soltó.

—¿Qué? Habla…

Rojo se dio la vuelta, dejando las palabras sin pronunciar. Había algo que le inquietaba y que no quería confesar. Algo me decía que temía que yo supiera demasiado.

—Tienes que dejar el caso, Gabriel.

—Está bien, pero… ¿Qué pasa con ella? No es tan fácil convencerla.

—Ella es tu problema. —Luego se volvió hacia mí de nuevo—. Haz lo que sea necesario para que vuelva a Sevilla.

—No puedo hacer eso, Rojo…

—Nunca te pido nada.

—Si confías en mí, debes confiar en ella.

Rojo me miró con distancia mientras se rascaba el mentón.

—¿Otra vez, Caballero? ¿Vuelves a tropezar con la misma

piedra?

Confundido, me froté los ojos y bajé la mirada.

—No sé de qué me hablas…

—Es obvio que esa mujer te gusta —sentenció—, pero es aún más evidente que te está seduciendo y te estás dejando llevar… No seas ingenuo y reflexiona sobre tus experiencias pasadas.

—¿Ahora te has convertido en mi psicólogo?

—Mucho peor. Soy tu amigo.

A Rojo le costaba mencionar la amistad, lo cual me hizo comprender que hablaba en serio.

—Te agradezco el consejo que no he pedido, pero es demasiado tarde para hacer eso. Rosario ya sabe lo suficiente y no se va a marchar, así como así. La conozco un poco y sé que ha venido por la historia.

—Igual que vino, se irá. Dile cualquier cosa y sácala en un tren de vuelta a Madrid.

Crucé los brazos, indignado.

—¿Crees que todo se resuelve a tu manera?

—Sí. La vida es complicada porque la gente la complica. ¿Hemos terminado?

—¿Te preocupa que te investiguen, es eso?

—Me preocupa que ella se convierta en un obstáculo para la investigación policial —explicó, sin dar más detalles—. Una noticia en Internet y saltará la liebre. Y eso supondrá un problema para nosotros. Si lo hace, también lo será para ti.

—¿Debería estar agobiado?

—Deberías. —Dio un largo suspiro y miró al final del camino—. ¿Qué te hace pensar que no enviará ninguna noticia al diario para el que trabaja? A la mínima que te despistes, lo hará…

—Rosario tiene una cosa llamada ética.

—Claro… Mira, te lo explicaré de tal modo que puedas entenderlo…

—Muy amable por tu parte considerarme un idiota.

Él arqueó las cejas.

—En este momento, la pelota está en nuestro tejado, pero no por mucho tiempo… —contestó—. Podemos solucionarlo a nuestra manera y encontrar al desgraciado que ha hecho esto… o dejar que sople el aire, se levante la polvareda y el caso de ese irlandés vuelva

a los tabloides.

—Cuando dices «nuestra manera», ¿te refieres a ti y a mí?

—No. Me refiero a la Policía.

—Ajá.

—Lo cual también te incluye a ti, de alguna manera.

—He captado el mensaje desde el principio —aclaré para que no lo repitiera—. Pero, ¿qué problema hay? Cada minuto que pasa, estoy más convencido de que existe una relación entre ambos asesinatos. Si es así, el asesino se sentirá acorralado. Al menos, eso es lo que pienso.

—¿Qué importa lo que tú o el resto del mundo considere? Hay un lunático suelto en la provincia, dos crímenes sin resolver y un par de extranjeros en cajas de pino. Si ese chiflado se enfada, volverá a actuar. Date una vuelta, echa un vistazo y cuenta los turistas pálidos que hay por aquí… Es verano, tenemos una de las mayores tasas de turismo extranjero en España y eso significa que debemos asegurarnos de que el próximo año siga igual.

No comprendía del todo lo que Rojo intentaba transmitirme, pero intuí que temía que el asesino pusiera en jaque la efectividad policial.

—Tienes miedo de que te quiten el caso.

—Te repito que no tengo miedo a nada, ni a nadie —respondió con firmeza—, pero si la investigación toma carácter internacional, la INTERPOL tiene un equipo con más presupuesto que el Real Madrid… Créeme que escarbará donde sea necesario, hasta que encuentre petróleo en el desierto. Si dan conmigo, recuerda que tú estás dentro.

Sus palabras me alertaron.

Hasta ese momento, Rojo nunca había abordado la delicada situación que nos unía. Me sentí decepcionado.

—Pensaba que teníamos un acuerdo silencioso.

—Y lo tenemos, no soy tan mezquino. Sin embargo, como periodista que eras… hay demasiadas evidencias que nos relacionan.

—Entiendo —respondí, con un nudo en el estómago que revolvía mi situación. Ahora me encontraba entre la espada y la pared, entre ser el periodista y el amigo de toda la vida. Rojo se dedicaba a proteger su existencia, a su familia, a su hijo, y yo

también estaba involucrado en esa existencia, de algún modo. Era complejo meditar con precisión en un ambiente infernal y con una exquisita jaqueca—. ¿Qué quieres que haga?

Él sonrió.

—Ya me has oído. No necesitas comportarte como un asqueroso. Solo invéntate algo para que se marche. Eso es todo.

—No se lo creerá.

—Tú eres el creativo. Seguro que se te ocurre algo.

—Ella es diferente.

—Cuanto antes la olvides, otra persona aparecerá en tu vida… —dijo y me dio una palmada en el hombro. Después soltó un largo suspiro y puso los brazos en jarra—. Ahora, ¿me vas a explicar cómo demonios has acabado aquí?

Por un momento, cuestioné todo y dudé de él, de Rosario e incluso de mí mismo. Debía cavilar con claridad antes de decidir de qué lado estar, porque, a decir verdad, había llegado la hora de posicionarse. Rojo tenía las ideas muy claras y deseaba que la historia pasara desapercibida para los medios. Eso ponía en jaque el viaje de Rosario y también el libro que debía escribir y que aún no había comenzado. Desafortunadamente, había algo que el inspector no entendía o simplemente se negaba a empatizar, y era la relación profesional que Rosario y yo habíamos construido desde mi viaje a Sevilla.

Ella me había tendido la mano y ahora sentía que la iba a traicionar.

24

Guardé para mí lo que había descubierto y me despedí del inspector con la certeza de que no tardaría en volver a verlo. De vuelta en la carretera, me sentía confundido y dolorido, pero una extraña sensación me recorría el cuerpo. ¿Había sido atacado o era producto de mi imaginación?, me preguntaba, cuestionándome lo ocurrido. Era evidente que, por mi aspecto, nadie me creería al contar la historia, pero una parte de mí sabía que el golpe había sido real. Había visto claramente aquel par de zapatillas, o al menos eso pensaba, antes de perder el conocimiento.

El estrés sin duda me estaba jugando malas pasadas, pero deseaba mantener la cordura y confiar en lo que veían mis ojos.

Llegué al complejo hotelero y me dirigí al aparcamiento subterráneo. Intenté utilizar el ascensor, aunque parecía estar averiado.

Salí por la puerta del garaje y caminé hacia la entrada del restaurante. En ese momento, mi teléfono vibró; era un mensaje de Rosario preguntándome dónde me había metido. Decidí posponer ese asunto por unos minutos cuando vi algo sospechoso moviéndose hacia la planta superior. Me escondí entre la vegetación junto a las escaleras que llevaban a la piscina. Era Samuel, el encargado del restaurante, quien parecía ocultarse de algo o, aún peor, esconder sus intenciones. Observé su uniforme de polo blanco y pantalón azul, que representaba los colores de la empresa y me fijé en sus deportivas blancas, las mismas que había visto antes. Un pinchazo en el costado me hizo preguntarme si él había sido el responsable de mi agresión y si era así, por qué lo había hecho.

Algo en mí me impulsó a seguirlo.

Su comportamiento, fuera de lo habitual, me intrigaba y no pude resistir la tentación de ver a dónde me llevaría.

Samuel continuaba mirando a su alrededor, asegurándose de que

nadie lo vigilaba y subió las escaleras hacia la planta superior. Esperé unos segundos a que desapareciera y lo acosé cautelosamente hasta el segundo piso. Al parecer, tenía un plan en mente y no me quedó otra opción que seguirlo, a pesar del cansancio. Finalmente, llegó al último nivel y vi cómo se pegaba al muro que separaba los escalones del suelo. Me oculté en el descansillo que había entre niveles y aprecié cómo esperaba a que alguien le abriera la puerta.

—Samuel… —expresó una señora con acento marcado, mientras yo intuía que intentaba cerrar la puerta sin éxito.

—Sabrina, *please*… —rogó el encargado—. *Let me in*…

—*I can't.*

—Necesito hablar contigo. Police… Es importante —decía, mezclando palabras en inglés y en español, sin complejo alguno. La capacidad de algunas personas para desenvolverse en varios idiomas siempre me sorprenderá.

La mujer le cerró la puerta en la cara, sin darle oportunidad de réplica.

Habría deseado escuchar más sobre lo que tenía que decir, especialmente lo relacionado con la policía, pero alguien me descubrió en el descansillo.

—Oh… —comentó Sonia, la chica del bar, al verme agachado y pegado a la pared—. ¿Gabriel?

Me fijé en su atuendo y noté que llevaba las mismas zapatillas blancas que el encargado.

—Sí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, confundida, al observar mi aspecto. Sinceramente, me había olvidado de cómo lucía, de mi rostro y de mi ropa—. No tienes buen aspecto.

—Me he mareado, nada más —respondí y me puse en pie, tratando de disimular—. Un golpe de calor…

De pronto, noté cómo Samuel bajaba a toda prisa.

—Oh… —dijo Sonia, reconociendo al jefe e intuyendo de dónde procedía—. Samuel. Esto, yo…

—Sonia. ¿Qué diablos haces aquí? —preguntó, nervioso y mostrando un enfado que no cabía dentro de él. Comprobó la hora y tensó el cuello, marcando las venas laterales—. ¡Tu turno aún no ha acabado! ¿Te has olvidado de trabajar?

—Relájate, ¿quieres? Tómate una Coca-Cola, anda…

El tipo dio un respingo y bajó unos escalones. Durante un instante, pensé que iba a atizarme, pero en ese momento supe que no era él el asesino, ni quien me había golpeado previamente.

—No puedes estar aquí. Esta no es tu zona.

—Vaya, ya veo. Los de abajo tenemos menos derechos que los de arriba…

—Mira, no te hagas el gracioso conmigo —dijo, poniéndose a mi altura—. Sé quién eres y qué has venido a hacer.

—Ah, ¿sí?

—Puedo conseguir que te devuelvan el dinero y te saquen de aquí a patadas. Así que no me busques las cosquillas.

Su intento de intimidación no surtió efecto en mí. Me las había visto en situaciones peores y con tipos más rudos que él. La empleada seguía atenta a la conversación.

—¿Qué vas a hacer, *playboy*? ¿Te vas a chivar? —pregunté burlonamente—. *Oh, miss Sabrina, please…*

A pesar de su tez tostada, Samuel parecía tan rojo como un tomate de la huerta murciana.

—Te acordarás de esta, miserable —me susurró y pasó por mi lado, apartándome con un ligero empujón que no llegó a lastimarme. Después se abrió paso y lanzó un mensaje a la chica—. No te molestes en venir a trabajar mañana. ¡Estás despedida!

La sentencia la sorprendió, pues no esperaba una respuesta tan negativa.

—¿Qué? —preguntó y lo siguió—. ¡No me puedes hacer esto! ¡No tienes autorización!

—¡Ya lo creo que sí! —bramó, alzando el brazo, demostrando quién mandaba allí.

Los dos se perdieron por las escaleras que bajaban a las instalaciones y parecieron olvidarse de mí. Me aclaré la garganta, me sacudí la ropa e intenté peinarme a ciegas, con el fin de tener una imagen más decente. Ese cretino me había dejado el camino despejado y no iba a desperdiciar la oportunidad.

Subí hasta lo alto y me acerqué a la única puerta que había.

Después toqué dos veces y esperé unos segundos.

Nadie respondió y entonces volví a tocar a la puerta.

—*Please, leave me alone…!* —exclamó la voz al otro lado y

desde lo lejos.

—*Miss Sabrina, it's me… Gabriel Caballero*.

Las palabras mágicas surtieron efecto.

Conté hasta cinco y sentí el caminar de los pies descalzos hacia la entrada. Después, la puerta se abrió y encontré a la mujer con una bata de satén.

—*You?*

Incliné la mirada hacia abajo y la miré por encima de mis Wayfarer, dibujando una sonrisa.

—Es hora de que tengamos una conversación.

25

Ella no esperaba mi visita, lo cual la hacía aún más emocionante. Aproveché el momento de confusión y tomé la iniciativa, entrando en la suite y cerrando la puerta. Sabía que me estaba arriesgando, pero como dicen, las oportunidades se presentan pocas veces.

—No puede estar aquí —me dijo en un español tosco que llamó mi atención—. Kevin no tardará en regresar de la playa…

La advertencia fue un alivio al saber que el amante no se encontraba en la misma habitación que nosotros. Nunca me gustaron los tríos, ni siquiera para conversar. Con Samuel y Kevin fuera de mi alcance, sentí que la visita sería provechosa. Negué con la cabeza y me adentré en el enorme salón del apartamento, que poco se parecía al mío. Desde las cristaleras se podía divisar la inmensidad del Mediterráneo, como si uno flotara en él.

Tenía muchas preguntas que hacerle a esa mujer y no sabía cómo romper el hielo. Así que caminé hacia la nevera del mueble bar y eché un vistazo.

—Voy a llamar a seguridad. De verdad que no puede estar aquí. Es usted un loco…

Me hizo gracia su manera de insultarme, tan típica de aquellos que solo utilizaban el idioma en vacaciones. Cogí una botella verde de cerveza y la abrí. Después bebí, refrescándome por dentro, sintiendo las burbujas en mi garganta y olvidándome un poco del porrazo que me habían dado.

—Relájese, Sabrina —le dije, apoyado en el mueble del bar—. Mi nombre es Gabriel Caballero y no le haré daño.

Ella me miró mientras buscaba su teléfono móvil. Después marcó un número y se puso el aparato al oído.

—Mala idea, *darling* —le dije y di otro trago—. En su lugar, no haría esa llamada. Su marido no tiene por qué enterarse de lo que hace cuando viene a España.

Ella procesó la información durante unos segundos y luego colgó.

—Bastardo… —murmuró por lo bajo, aunque lo suficientemente alto como para que la escuchara. Luego fue a su bolso y buscó la cartera—. ¿Cuánto dinero quiere?

Me acerqué a ella y puse mi mano sobre la suya para que dejara el asunto. Tenía la piel suave y naranja como un melocotón. Me miró con sus ojos azules, que tenían el color de una piscina, y se quedó quieta como una estaca.

—Guárdelo —le dije y suspiré—. Soy periodista de investigación. Estoy aquí por el caso de Barbara Locke.

El nombre de la escritora la puso en alerta. Se apartó bruscamente de mí y me dio la espalda.

—Já, periodista… —dijo y guardó el dinero en el neceser—. No tengo nada que decir.

Tenía una figura bonita y unos finos muslos que aguantaban el paso de los años. Sospeché que de joven habría sido modelo o que, al menos, lo habría intentado. Aún quedaba mucha de esa belleza exterior en ella, a pesar de las arrugas y de los pliegues de la piel. Sin embargo, a pesar de lo que mucha gente cree, es el descuido de la belleza interior lo que afea a las personas a medida que pasan los años. Ella podría ser muy bella por fuera, pero su mirada ocultaba la amargura de una vida entre mentiras, secretos y sombras ocultas.

—¿Y sobre Bernard MacDonnell? —pregunté, recordándole el episodio del irlandés—. Usted fue testigo de lo que ocurrió aquí.

Su cabeza se giró de golpe.

—Se lo advertiré por última vez. Debe marcharse —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Kevin vendrá y no le gustará esto.

—¿Cree que me importa que Kevin aparezca? De hecho, apuesto que me importa lo mismo que a él.

—Kevin no es mi amante. Es mi escolta.

—¿Necesitas un guardaespaldas para estar aquí?

—Es cosa de Craig. Dice que España es un país peligroso y que yo soy carne de secuestradores.

—Ya, claro… En ese caso… puede que Kevin esté interesado en conocer las intenciones de Samuel.

Apretó los puños, intentando mantener el control de la situación y la compostura, pero estaba nerviosa y desesperada.

—¿Qué quiere, Gabriel Caballero?

—Llámeme Gabriel, a secas. Mantengámoslo cercano. Quiero hablar y entender lo que pasó aquí antes de que otra persona muera.

Su rostro se transformó y la mujer se estremeció al oír la mención de la muerte. Algo en mi interior me decía que no podría cargar con más culpa.

—¿Para quién trabaja? Le pagaré el doble por no contar nada.

—Ya se lo he dicho, Bárbara. Soy un periodista libre. No me interesa la polémica, sino evitar otra desgracia.

La mujer se acercó a la barra de la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de vino blanco que ya estaba abierta. Junto a la botella, atisbé un bote de ansiolíticos.

—¿Son suyos?

—Me ayudan a dormir.

Miré mi cerveza y comprobé que aún quedaba líquido dentro. Ella se sirvió una copa de vino y le dio un largo trago.

—Tómelo con calma. Esa mezcla es un poco peligrosa…

—Sabía que este día llegaría, que alguien como usted se presentaría aquí para hablar del asunto, ya me lo dijo…

—¿Por qué no empieza desde el principio? —le pregunté, intentando hacerla sentir cómoda—. Cuénteme lo que quiera, nada más.

Ella me observó detenidamente, estudiando mis facciones, intentando penetrar en mi mente o, quizá, en mi alma, para asegurarse de que mis intenciones eran nobles.

Demonios, no podían ser de otra manera. Era yo, Gabriel Caballero.

—Todos pensaban que estaba loca. Mi marido, Craig, el primero… —confesó y se movió de la cocina hacia el sofá que había en el salón. La seguí con la mirada—. Construir este lugar nunca fue una buena idea. Yo se lo advertí a Craig, pero era la época del ladrillo y mi esposo es un tiburón de los negocios…

—Su esposo es el dueño de esto, por lo que interpreto…

Ella sonrió con nostalgia.

—Así es, pero nunca le gustó el mar, ni España.

—Interesante. La miel no está hecha para la boca del asno.

—Me dijo que lo construyó para mí, pero en el fondo, solo lo

hizo para ganar más dinero. ¡Dinero! ¡Como si no tuviera suficiente!

—Habla de él como si hubiera fallecido…

—No, está muy vivo, aun así… ¿qué diferencia hay al vivir con alguien que te ignora? El amor nos enterró hace dos décadas.

—Vaya. Lo lamento.

—No, está bien así. Nunca me sorprendió, ni siquiera cuando nos casamos. Tarde o temprano, ocurriría.

Evité preguntar por las razones del casamiento. La vida de las personas es lo suficientemente complicada como para juzgarla a través de una confesión. Todos tenemos motivos para hacer ciertas cosas, para cometer errores y para librarnos de situaciones que nos incomodan. Con el tiempo, los hechos no justifican lo que hicimos, pero definen lo que somos.

—¿Por qué no me cuenta lo que sucedió aquel verano? —pregunté y me acerqué un metro a ella. Intentaba romper la barrera que la mantenía en guardia—. Verá…

—¡Se ahogó en la playa! ¡Yo lo vi!

Le lancé una mirada desconfiada para que no me engañara.

—Tengo la teoría de que no fue así —respondí, cambiando el tono de voz—. Según la policía, el señor MacDonnell murió ahogado en la playa, durante la medianoche y a causa de alcohol que había bebido. Si dice que lo vio, ¿cómo es que no hay testigos de aquello?

Sus ojos giraron en círculos mientras terminaba el vino de la copa. Luego se levantó para servirse más.

—Fue Craig… —dijo, y sus palabras me dejaron sin aliento—. Fue él quien me pidió que no dijera nada.

—Espere… ¿Me está diciendo que…?

—¿Eh? ¡No! Oh, Dios mío… —comentó, acercándose a la cristalera desde donde se veía el mar y la playa—. Me desvelé a medianoche. Mi marido aún no había llegado a la habitación, así que decidí salir para ver qué estaba haciendo. Desde aquí, vi algo moviéndose en el agua…

—Era el señor MacDonnell.

—No lo sé. Bueno, en ese momento no lo supe… Parecía desesperado y no estaba solo.

—¿Cómo reaccionó?

Ella apartó la vista y pude notar el arrepentimiento y la

vergüenza en su rostro.

—Al buscar el número de teléfono de la estancia para llamar a la recepción, Craig entró en la habitación… Olía a perfume barato y estaba borracho.

—Ajá.

—Aun así, me preguntó qué hacía y le conté lo que había visto. Cuando se asomó, la playa estaba tranquila y no se veía nada —explicó, nerviosa y jugando con uno de los anillos de los dedos—. Colgó el teléfono y me pidió que no volviera a comentar, ni a él ni a nadie, nada de lo que había visto.

—Lo tomó por una lunática.

—Siempre lo hacía.

—Y usted obedeció.

Su expresión cambió a enfado.

—¿Qué otra opción tenía? ¡Mi marido acababa de inaugurar este complejo! ¡Iba a hundir su negocio si hablaba! —gritó, soltando todo lo que llevaba dentro. Sentí algo de pena por ella. Después de todo, había soportado una gran carga durante demasiados años. No obstante, también había conocido mentirosos de toda clase, por lo que no iba a dejarme convencer con tanta facilidad.

—El cadáver apareció en la playa a la mañana siguiente y todo quedó en un susto.

—Sí.

—Pero estoy seguro de que quedaron muchos flecos sueltos sobre su muerte que la policía no se molestó en resolver, quizá porque su marido…

—Mi marido no es más que un hombre de negocios.

—Con influencia.

—No sé por qué dice eso… Está hablando más de la cuenta.

—Tengo entendido que el personal que trabaja aquí ha estado desde el inicio.

—Solo algunos de los empleados.

—Y que usted viene a menudo.

—Venir aquí… es como mi regalo de cumpleaños y… Me gusta el mar.

—Está bien, vayamos al grano. ¿Desde cuándo tiene una relación sentimental con Samuel? Si hago cuentas, él debía de ser un mozo de veintipocos años cuando lo conoció.

La pregunta evocó recuerdos del pasado y una ligera y tonta sonrisa se dibujó en sus labios rosados.

—Él está enamorado de mí. Siempre lo ha estado.

—¿Y no le preocupa que su marido se entere?

—No. A Craig le preocupan otras cosas, siempre y cuando los números encajen… —dijo con desidia.

—Antes no era así.

Ella frunció el ceño, arrugando la piel del rostro.

—Eso ya no importa.

—¿Por qué contrató su marido a MacDonnell?

—Necesitaba publicidad. En aquel entonces, esas guías turísticas lo eran todo. MacDonnell recibió un buen cheque por aquel trabajo y a su familia les pagamos unas vacaciones, como si fueran de la realeza…

—Un encargo que nunca llegó a firmar.

—Por desgracia…

—¿Qué descubrió para terminar ahogado?

Me miró sorprendida, con los ojos vidriosos.

—¿Los encontró a usted y a Samuel juntos bajo las sábanas? ¿Temió que su marido lo supiera y la enviara al infierno? Porque, pensándolo bien, con el tamaño del crítico turístico, solo alguien con una complexión atlética y suficiente mala baba podía ahogar a ese grandullón irlandés.

—¿Có… cómo se… atreve?

—Afróntelo. Eso fue lo que vio… y por eso ha intentado engañarse todo este tiempo.

—No, no puede ser. Él jamás lo habría hecho —dijo, con la voz entrecortada por el llanto y el vino—. Samuel no es así. ¿Y esa escritora, Barbara Locke?

—Descubrió sus intenciones y sufrió el mismo final.

Sabrina se levantó y se dirigió a la habitación.

Di un trago a la cerveza y me pregunté qué estaría buscando. Avancé unos pasos hacia dentro, convencido de que había resuelto el caso, hasta que la vi aparecer por el marco de la puerta.

Entre las manos sostenía un revólver plateado con el que me apuntaba al pecho. Había subestimado a esa mujer y también su estado alterado y sus intenciones. Retrocedí, pero el cañón no dejaba de mirarme.

Aquello no iba a tener el final que yo esperaba.

Mi corazón se detuvo, y los pies se me clavaron al suelo, sin saber muy bien cómo reaccionar.

26

Sabrina sostenía el arma con firmeza y su mirada destilaba rabia hacia mí. Miré a ambos lados del salón, pero la puerta de entrada estaba demasiado lejos como para escapar sin problemas. Había logrado ponerla nerviosa y la culpabilidad me invadía. Desgraciadamente, estaba atrapado en un espacio demasiado pequeño, con una mujer cuyos ánimos estaban claramente alterados por alguna mezcla peligrosa de sustancias en su sangre, lo cual no me tranquilizaba en absoluto.

—Sabrina, no es necesario llegar a esto… Baje el arma, por favor…

—Jure que Samuel no lo hizo.

—No puedo jurar algo que no sé… —dije, notando cómo sostenía el arma con fuerza—. Es decir, no me malinterprete, pero no confirmo ni desmiento que fuera él…

—Sé lo que va a hacer… Va a llamar a la policía y a escribir ese maldito reportaje…

—Tiene usted una buena intuición…

—Por eso no puedo dejarle salir de aquí —respondió, convencida y llena de rabia.

De repente, la puerta se abrió desde fuera y un hombre entró en la habitación.

—*What the fuck*… —exclamó en inglés un varón con voz grave. Reconocí ese tono, lo había oído antes.

Miré de reojo y vi el rostro de aquel tipo, Kevin, el escolta de la señora. En ese instante, pensé que me ayudaría a convencerla de bajar el arma. Sin embargo, antes de que tuviera oportunidad de explicarme, me agarró por detrás y me tiró al suelo. Sentí como si cayera sobre una plancha de acero. Ya estaba cansado de tantos golpes. El grandullón me redujo por los brazos y luego me clavó la rodilla en la columna.

Desde el suelo, miré a Bárbara, paradójicamente, rogándole auxilio.

—*Leave him alone, Kevin*! —exclamó, luego dejó el revólver sobre la encimera de la cocina y apartó al fornido hombre de un empujón—. *It's okay!*

«Pues menos mal que está bien, *darling…*», consideré mientras me apartaba, evitando que me aplastara otra vez.

Unos segundos después, la tensión se disipó y todo regresó a la normalidad, como si allí no hubiera sucedido nada.

Sabrina y el escolta comenzaron a discutir en inglés por un motivo que desconocía. Al parecer, ella tenía prohibido mezclar pastillas y alcohol, algo necesario para evitar la clase de desvaríos que acabábamos de presenciar. Cuando el gorila me preguntó sobre mí, ella se excusó con una mentira infantil, un malentendido. No me quedé para conocer el desenlace y aproveché la calurosa discusión para escaquearme por donde había entrado.

Salí de allí descolocado y dolorido. Lo primero, por las pistas que había recabado tras escuchar el testimonio de esa mujer. Lo segundo no requería explicación.

Bajé las escaleras hacia la primera planta con el fin de regresar a mi apartamento. En ese momento, me di cuenta de que el sol había comenzado a bajar y que el movimiento de los huéspedes era más visible por las instalaciones.

«Benditos extranjeros que cenan con el sol aún a la vista», pensé al comprobar que no eran ni las ocho de la tarde.

Al llegar a la puerta, busqué la tarjeta electrónica, pero no la encontré y supuse que la habría olvidado en el interior. Bordeé la terraza del apartamento y me colé en ella, con la esperanza de que Rosario hubiera regresado de la playa. El movimiento que el aire producía bajo la cortina me hizo considerar que la reportera estaba dentro.

Entré y moví la cortina a un lado, cuando, de pronto, sentí el filo de un cuchillo en la garganta.

—¡No te muevas! —exclamó la andaluza, escondida junto a la televisión, apuntándome con la punta del cubierto.

Con la cabeza hacia atrás, le bajé la muñeca y respiré.

—¡Ah! Eres tú… —dijo y dio media vuelta, respondiendo como

si solo hubiera sido un susto—. Pensaba que entraba alguien…

—¿Quién, Rosario? Dios mío…

—No me has respondido al mensaje. ¿Dónde has estado?

—Es una larga historia —dije y la vi moviéndose por el apartamento.

Llevaba el cabello mojado por la ducha y vestía una de mis camisas blancas, que le quedaba grande y le llegaba por encima de las rodillas. Sus piernas brillaban por la crema que se había echado en la piel y sus muslos estaban tersos y bronceados.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó, al notar que me había dado cuenta del préstamo—. No he traído mucha ropa…

—Como si estuvieras en tu casa.

Rosario abrió la nevera y vio la botella vacía que había dejado dentro el día anterior. La cogió y la echó al cubo de la basura. Después sacó una de las latas de cerveza que había comprado en la gasolinera y la sirvió en dos copas de cristal. Por último, se acercó a mí con una en la mano.

—¿Qué es esto? —pregunté, sin entender lo que hacía.

Me miró de reojo y se percató de mi desaliñada apariencia, además de la sangre reseca que me había provocado la caída en el monte. Sin embargo, inteligente como un zorro, guardó silencio y me invitó a brindar.

—He descubierto algo mientras estabas fuera…

—Y yo que pensaba que dormirías la siesta.

—No —dijo y le dio un trago a la cerveza—. ¿Sabías que hay un bar pegado a la playa?

—Ah, sí. —Le di un trago a mi copa y sentí las burbujas en la garganta mientras me acordaba de la vieja gloria del *rock and roll* —. Estuve anoche ahí.

—Javier tiene una historia interesante. Quizá le escriba un reportaje.

—Vaya, ya sabes más que yo. ¿Te ha invitado también a degustar su cerveza de importación?

—Puede… —respondió, movió los hombros a modo de coqueteo y sonrió. Estaba contenta y desconocía el motivo—. Es un tipo particular. Fue miembro de una banda de moteros… y me ha contado que pasó algo muy grave el año que se inauguró esto.

—¿Que un irlandés murió ahogado? Pensaba que ya lo sabías,

Rosario… —le respondí con guasa.

Su gesto cambió hacia uno más serio.

—No, no se refiere a eso.

—¿Entonces?

—¿Podrás esperar para saberlo hasta después de la cena?

—¿Por qué tendría que esperar?

—Oh, lo siento. No te lo he dicho, pero Samuel me ha invitado a cenar en el restaurante, esta noche. ¿Te importa?

—Caray, eso no pinta bien… —respondí por lo bajo, intuyendo que dicha invitación sería la respuesta visceral ante el rechazo de Sabrina.

—¿Estás celoso?

—¿De ti?

—Sí —dijo, jugando con la copa entre sus labios y mirándome de un modo peligroso.

Pero no entré en su juego.

—Un poco… —dije y me puse en pie—. Estoy celoso de que Samuel te haya invitado a ti y no a mí… En esta vida, no siempre se puede ganar, ¿verdad?

Ella sonrió, leyendo mis pensamientos. Me había provocado y no había obtenido el resultado esperado.

«Tendrás que esforzarte más, chica», pensé.

—Todavía no me has dicho dónde has estado.

—Nos lo contaremos todo después de la cena.

—Como quieras —dijo con indiferencia—. ¿Qué harás mientras tanto?

—Quizá salga a tomar el aire.

—Tú mismo. Te avisaré cuando acabe.

—Estaré aquí, ¿entendido? —le indiqué, a modo de que no intentara venir conmigo a la habitación. Se lo dije con seriedad, pero ella lo tomó como una broma. Me dolía la cabeza y no tenía la menor idea de lo que tramaba, si intentaba sacar información o realmente buscaba coquetear con Samuel. De cualquier modo, no iba a contarle lo que había presenciado. Supuse que eso alteraría su comportamiento, su cita lo notaría y pondría a Rosario en peligro.

—Disfruta de la velada.

Cogí la tarjeta que había olvidado, me aseguré de llevar las llaves del coche y salí de allí.

27

Sentí la urgente necesidad de abandonar ese lugar. Extrañamente, el aire parecía faltarme dentro de aquel espacio, a pesar de estar rodeado de naturaleza. Regresé a la primera planta y me asomé a la puerta del bar, pero Sonia ya no estaba allí. Luego, miré hacia el pasillo donde se encontraba el ascensor y comprobé que ya funcionaba. Lo tomé y bajé al garaje del complejo. En ese momento se me ocurrió la idea de conducir hasta Alicante para encontrarme con Rojo y contarle lo que había descubierto. Si Samuel había sido capaz de matar al irlandés, no me sorprendía que hubiera hecho lo mismo con esa mujer.

Conocía la complicada situación que enfrentaba el encargado del restaurante y la mujer. Lo había visto con mis propios ojos en otras ocasiones y estas relaciones nunca terminaban con un final feliz. Sospeché que la conexión que los unía, más allá de la pasión sexual y la fantasía de ser felices solo mientras fuera imposible, había ganado fuerza con el paso de los años y el secreto que compartían. Por algún motivo, ya fueran celos o protección, Samuel silenció al irlandés aquella noche, en un acto pasional para no perder a su amada. Ella mantuvo en secreto lo sucedido, sabiendo que su marido jamás se enteraría, protegiendo al amante por encima de todo. Los años pasaron, Samuel siguió trabajando en el complejo, esperando a la mujer cada verano, con la misma pasión que cuando la conoció. Sin embargo, después de mi visita, noté que la mujer comenzaba a cansarse de él. Eso llevó al amante a convertirse en un seductor profesional, con tal de captar la atención de la dama. Un juego peligroso que solo servía para reabrir heridas que nunca terminaban de cicatrizar.

Por último, cuando todo parecía llegar a su fin, la visita de Barbara Locke despertó una pesadilla que la pareja creía haber superado. En un golpe de miedo y valentía, suponiendo que nadie

los descubriría, Samuel actuó esta vez con frialdad, teniendo en cuenta que la escritora iba tras las pistas que había obtenido. Lo llevó hasta lo alto del monte y, a sangre fría, la golpeó y lanzó su cadáver desde allí.

Me sorprendió que el segundo crimen fuera tan premeditado y abrumador, pero comprendí que Samuel no estaba dispuesto a cometer los mismos errores que la primera vez.

La reflexión me dejó sin aliento, acelerando mi pulso y llevándome a replantear mi destino. No podía quedarme allí por mucho tiempo más si quería seguir con vida. Samuel era peligroso y en cuanto él uniera los puntos, descubriría el motivo de mi estancia allí.

A pesar de las desavenencias, me quedaba una última carta que jugar. Era una apuesta de la que no me sentía completamente seguro, pero en la que debía confiar. Mientras Rosario estuviera con Samuel en esa cena, él no podría salir de allí. Solo debía ser rápido y regresar en un par de horas, antes de que terminaran la cita y él pensara en dar el siguiente paso con ella. Era consciente de que eso no sucedería, y no porque Rosario tuviera interés en la historia y no en acostarse con ese tipo, algo que no me incumbía, sino porque no podría hacerle daño mientras estuvieran en un lugar público.

Afortunadamente, contaba con la tecnología y pensé que el teléfono me ayudaría a mantenerme en contacto con la andaluza.

—¡Oh, no! —exclamé al acercarme a mi deportivo rojo.

El neumático delantero estaba rajado y desinflado, como si se hubiera derretido por el calor. Al principio, me vino a la mente una broma de mal gusto, pero luego recapacité y me di cuenta de que ese no era el sitio adecuado para los juegos. Las sensaciones no eran alentadoras. Sentía como si el fantasma del irlandés y de la británica me rodearan.

¿Sería ese su fatídico final? Me cuestioné mientras observaba la hendidura en la rueda.

Saqué el teléfono y busqué el número de Rojo.

Allí abajo no tenía señal, así que decidí regresar al exterior. Con temor, salí del garaje por la puerta de acceso, evitando el ascensor y entré por la puerta principal del complejo.

—¡Señor Caballero! —clamó una voz masculina a lo lejos.

Era Julián, el supuesto encargado de aquello, vestido con su

americana y sudando a mares. Le saludé con la mano y seguí mi camino. Había olvidado por completo a ese tipo.

—¡Señor! ¡Señor! —insistió.

—Ahora no puedo atenderle, Julián —le dije desde la distancia.

—Tengo algo para usted que me gustaría que viera…

—Lo siento, será en otro momento… Ahora no puedo.

Reconozco que fui un poco brusco con él, pero me sentía nervioso y no tenía tiempo para hablar de su carrera, ni de nuestra apuesta. Ni siquiera tenía tiempo para pensar en el libro que me había propuesto escribir.

Me asomé al restaurante y comprobé que Rosario aún no había llegado. Subí los peldaños y me encontré frente a la piscina y los baños termales al otro lado de la cristalera, en el interior de las instalaciones. En ese momento, reconocí los andares de Kevin, el matón de Sabrina, y me escondí entre los setos para que no me viera. Detrás de él apareció la dama, luciendo un vestido salmón, muy veraniego, dejando en claro quién era la reina del lugar.

Retrocedí, bordeando toda la terraza, hasta que entré en las instalaciones climatizadas para rodear la planta sin ser visto. La situación empeoraba, no para mí, sino para Rosario. La presencia de la dama y el guardaespaldas convertían el restaurante en una olla a presión a punto de estallar.

De repente, comencé a sentir el calor y la humedad de las instalaciones, provocando que me sobrara la ropa. Desafortunadamente, no podía salir sin ser descubierto, así que comprendí que no tendría otra opción que rodear el recinto, atravesando el pasillo que conectaba con la otra salida.

Con cuidado de no resbalar, me aseguré de que no había nadie más en el interior y caminé por un largo pasillo que separaba los vestuarios de los baños. En ese instante, oí unos pasos acercándose. Tuve una mala corazonada y miré a mi alrededor, me asomé al pasillo para echar un vistazo, pero no vi a nadie, hasta que escuché el ruido del motor de un taladro.

—¿Qué demonios? —me pregunté en voz alta al oír aquel ruido.

El ensordecedor ruido del motor resonaba en las paredes, mientras el calor se intensificaba y el aire se volvía cada vez más sofocante. Sin poder soportarlo más, desabroché mi camisa hasta el esternón para aliviar el sudor. De repente, los motores de los baños

termales se pusieron en marcha, creando un estruendo y agitando el agua. El temible sonido del taladro se mezclaba con el motor de los baños, confundiéndome y dificultando averiguar su procedencia. Lo único que tenía claro era que se estaba acercando a mí.

Sin aliento, me refugié en el pasillo a mi derecha. Encontré unos vestuarios, pero descarté esa opción al no tener puerta. Luego, ingresé en una sala de descanso y cerré la puerta con ojo de buey. Desde allí podría ver quién se aproximaba y sorprenderlo si intentaba entrar. Esperé unos segundos mientras me percataba del extraño mobiliario de madera que me rodeaba.

—¡Mierda!

El ruido del taladro se acercó al pasillo por el que había ingresado y se detuvo. Me asomé por el ojo de buey, aunque el vapor me impedía ver claramente a la figura masculina que se aproximaba. Me concentré en la silueta y, aunque no reconocí su rostro, noté que llevaba una prenda de color rojo. Tragué saliva y me preparé para sorprenderlo y golpearlo si intentaba abrir la puerta y atacarme. Sin embargo, no lo hizo; en vez de eso, oí un golpe metálico que me inquietó. La figura se alejó sin hacer ruido, mientras continuaba oyendo el ruido de las depuradoras de agua.

«Debe de haber sido ese borracho de mantenimiento…», pensé, limpiándome el sudor de la frente y agotado por el húmedo ambiente. Tiré de la manivela para abrir la puerta, cuando descubrí que estaba bloqueada.

«¿Qué está pasando?».

Insistí con fuerza, pero la manivela no cedía.

Comencé a golpear y gritar pidiendo ayuda, aun así, nadie respondía.

Nervioso, pateé la puerta sin éxito, hasta que noté algo que presagiaba mi fatal destino. El calor se volvía más sofocante y la temperatura aumentaba rápidamente.

«¡Idiota de mí por esconderme en esta sauna!», me reproché al comprender dónde estaba.

El teléfono se me resbalaba de las manos y marqué el número de Rojo tres veces sin obtener respuesta. El inspector nunca estaba cuando más lo necesitaba. A pesar de todo, intenté comunicarme con Rosario, pero canceló mi llamada de auxilio y saltó el contestador. La andaluza no quería que la interrumpiera en su

velada.

La sed me atormentaba y comenzaba a ser un problema. Si continuaba ahí dentro, me deshidrataría al no encontrar agua ni una ventana para ventilar el aire. Seguí pensando en cómo ganar tiempo y alargar mi existencia, así que me quité la ropa hasta quedarme en calzoncillos. Eso solo me alivió por unos segundos, antes de que el calor me debilitara físicamente y sintiera cómo mis pulsaciones aumentaban.

Desesperado, intenté contactar a Rojo una vez más, pero seguía sin responder.

Abrí la aplicación de mensajería y le envié un mensaje de voz.

—Sé quién es el asesino… —dije al aparato y sentí que me quedaba sin aliento—. Está en el complejo hotelero…

El calor me consumía y sentía que me desvanecía lentamente, deslizándome por la puerta con ojo de buey hasta caer al suelo.

Ya no tenía voz para gritar ni podía ver con claridad.

Poco a poco, me relajé profundamente y me sentí atrapado en aquella densidad que me envolvía como una nube de algodón.

—Rojo… ayúdame…

28

Un fuerte sopapo me sacó de la inconsciencia. Al abrir los ojos, el aire que respiraba era más puro y fresco que nunca. Me pregunté si sería aquel el Paraíso, hasta que vi la cara de Rojo frente a mí.

—Estás despierto.

—Eso parece —dije y eché un vistazo a mi alrededor. Estaba semidesnudo y tirado en el suelo del pasillo que separaba la sauna de los vestuarios—. ¿Cómo…?

—Ya tendrás tiempo para las preguntas —dijo y señaló la puerta —. ¿Qué diablos hacías ahí dentro? Por poco, te chamuscas como una patata al horno…

—Tienes que ayudarme. He encontrado algo.

—No tan rápido, Steve McQueen. Primero, será mejor que te vistas y que vayas a tu habitación. No puedes salir ahí de esa guisa.

—¿Te ha visto alguien?

—No, que yo sepa.

—El encargado del restaurante, Rojo… —dije, aún exhausto por el desmayo—. Él mató al irlandés y también a esa escritora.

Pero Rojo no me tomaba en serio.

—El calor te ha quemado la última neurona que te quedaba —dijo y me extendió el brazo para que me pusiera en pie—. Será mejor que te recuperes. ¿Por qué no te vas a tu casa y olvidas este asunto?

—No puedo.

—¿Es por esa mujer?

—Me han rajado los neumáticos.

—Por supuesto… —dijo, sin darle importancia.

Me incorporé con la fuerza que me quedaba y llené mis pulmones de aire con esfuerzo. Luego, a medida que recuperaba la energía, me vestí para abandonar aquel sitio. Necesitaba hidratarme, comer algo y descansar. El calor de la sauna me había

dejado tieso como un naipe.

Salimos de allí y regresamos a mi aparthotel. La tarjeta tardaba en activarse. Parecía que algo iba mal.

—Qué extraño… —murmuré al pasarla por el detector.

—¿Sucede algo?

—No abre.

—Tal vez se haya fastidiado por el calor —explicó y me apartó para intentarlo él mismo—. Déjame a mí.

Sin opción de responder, Rojo sacó una tarjeta de la cartera, empujó con fuerza y forzó la cerradura. La puerta se abrió con suavidad. Luego la empujó hacia dentro para que entrara.

—Podrías haber entrado por la terraza… —dije y lo seguí.

Él se giró y me miró extrañado, arqueando una ceja.

—¿Qué diablos has hecho aquí dentro, Caballero? Esto parece una leonera… —comentó, pero no podía ver debido al tamaño de su espalda y altura, hasta que se echó a un lado y observé la escena.

El apartamento estaba hecho un desastre, como si alguien lo hubiera registrado en busca de algo. Descarté la idea de que Rosario lo hubiera hecho, ya que la había visto poco antes de acudir a su cita.

Revisé las habitaciones, apartando la ropa tirada y encontré mi ordenador destrozado en el suelo. Luego me asomé al dormitorio y vi mi maleta desorganizada, con la ropa esparcida. Sospeché que buscaban algo que no era dinero.

—Esto no lo he hecho yo —le dije al inspector—. Rosario estuvo aquí antes de que me fuera.

Aunque Rojo intentaba aparentar indiferencia, su preocupación se dejaba notar. Parecía dar por hecho que sabía más del asunto que yo y al mismo tiempo intentaba mantenerme alejado de él.

—Dices que te han rajado el neumático…

—Sí.

—¿Y no lo has denunciado en la recepción?

—Es una larga historia.

—Te escucho.

Entonces, le conté sobre la cita de Rosario con el encargado en el restaurante y sobre mi encuentro con Sabrina.

—Para evitar que me reconocieran… acabé en la sauna. ¿Acaso soy idiota? Sentí que alguien me seguía por los pasillos de los baños

termales… No tenía otra opción.

—A menudo hay una opción, Caballero… —dijo, frotándose el mentón—. Pero está claro que a alguien no le agrada tu presencia.

—¿Has llegado a esa conclusión tú solo?

Me miró de reojo y chasqueó la lengua.

—¿Qué más has averiguado?

—Algo sucedió aquel verano para que el encargado actuara de esa manera… —expliqué y salí de la habitación, apartando las cosas para no pisar nada—. Mi teoría sugiere que Samuel, enamorado de esa mujer, joven y visceral, encontró el modo más primitivo de silenciar al irlandés.

—¿Estás celoso de ese tipo?

—¿Qué? —pregunté, ofendido—. No digas tonterías.

—Entonces, ¿por qué te has obsesionado con él?

—Maldita sea, Rojo. ¿No es obvio?

—¿Es tu obsesión o su culpa?

—No encuentro otra explicación ni a nadie más en este lugar para arrastrar a Barbara Locke hasta ese monte y después empujarla.

—Esa mujer… De momento, no existe una relación entre los dos crímenes, pero el caso de esa señora es más delicado.

En ese instante, miré entre el desorden e intenté recordar dónde había dejado la carta.

—Oh, mierda…

—¿Qué sucede ahora?

Abrí los cajones de la cocina, pero no había rastro de ella.

—Se la han llevado —respondí con una preocupación notable en mi voz y le lancé una mirada al policía—. La carta.

—¿Qué carta?

Suspiré.

Había llegado el momento de contarle la verdad, aunque no le gustara.

—Todo lo que te he contado tiene un porqué… —comencé, buscando la manera de no provocarle más enfado—. Esta mañana, hemos ido a Villajoyosa…

—¡Oh, no! No sé si quiero escucharlo.

—Después de una exhaustiva investigación…

—Corta el rollo, juntaletras.

—Las pesquisas nos llevaron a la oficina de Correos —dije, resumiendo la historia—. Locke había investigado el caso del irlandés. Tenía en mente escribir una novela y un reportaje al respecto, para una revista británica.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Había una carta. La última que recibió antes de que la mataran. Por eso vino aquí. La escritora descubrió algo que desconozco, pero que la trajo aquí y por eso se hospedó en esta misma habitación. El resto, es historia.

—Y tú has leído esa carta.

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Se la han llevado… —dije, atónito—. La persona que hizo esto sabía lo que buscaba.

—Y tú… has conseguido… esa carta… —repitió, a la vez que soplaba como un búfalo—. Caballero…

Di un paso atrás, viendo aquella mirada encendida por la rabia.

—Sé que no procede, Rojo, pero…

—Te dije que te alejaras, que te mantuvieras al margen del asunto y te advertí de que el caso iba a caer en manos ajenas, pero tú…

—No puedes ofrecerle un caramelo a un niño y después no dárselo.

Rojo apretó los puños y me pregunté si descargaría su ira en alguno de los muebles, pero no lo hizo.

Respiró hondo y me dio la espalda.

—Quizá tengas razón… —dijo, exhalando un largo suspiro hasta vaciar los pulmones—, quizá estés equivocado…

—¿Cómo?

El inspector salió a la terraza, rodeado de un aura de misterio e intenciones que solo él conocía, y lo seguí. Llegamos al paseo, la tarde había dado paso a una preciosa noche que la luna iluminaba en el mar.

—¿Quién remitía la carta?

—No había dirección.

—¿Qué decía?

—Ya te lo he dicho. El asesinato de MacDonnell la había motivado a venir aquí. Ese fue su último mensaje.

—Entiendo.

—¿No estás enfadado?

El bar de la playa tenía las luces de colores encendidas y la música llegaba apenas a nosotros.

—Lo estoy, pero hay cosas que no tienen solución. Tú eres una de ellas.

—Vaya, gracias.

—No obstante, debo aclararte que se te escapa un detalle importante, sabelotodo —respondió, pensativo, y se quedó observando el mar—. Ese Samuel del que hablas… ¿Tan seguro estás de que lo hizo?

—¿Necesitas más pruebas?

Rojo me miró arqueando una ceja.

—No me has dado ninguna.

—Es obvio, Rojo.

—Mira, presta atención a lo siguiente —dijo y me miró de lado —. La única prueba que te daré para que cierres el pico y te alejes del asesinato de esa mujer, es que tu presunto asesino no sabe hablar inglés.

—¿Qué?

—Después de que apareciera el cadáver en la playa, registramos esta y sus pertenencias —explicó, como si se arrepintiera de hablar de ello—. En el hotel, la señora Locke estableció contacto con el verdugo antes de morir. Es un varón, no sabemos qué aspecto tiene ni qué edad… pero no es español y habla inglés como si fuera nativo.

—Pero… ¿Cómo explicas el pinchazo en la rueda del coche? ¿Y este desorden?

—Lo del coche, una broma de mal gusto… y esto —dijo y se giró hacia la ventana del apartamento—. Quizá deberías hablar seriamente con esa mujer.

—Rojo…

Suspiró y tomó la dirección hacia la calle. Era tarde y quería cerrar la jornada allí.

—Déjalo estar, Gabriel.

—He estado a punto de fenecer en esa sauna.

Él me miró desconcertado.

—Siento decirte esto, pero nadie te perseguía. Estabas solo en

toda la instalación… —dijo y se despidió con la mano—. Descansa, vuelve a tu rutina y toma más sol y menos cerveza. Te vendrá bien para la cabeza.

Rojo se marchó, dejando un poso amargo en mi interior.

No me creía y parecía tener motivos para ello. La pista que me había revelado desmontaba por completo mi teoría sobre la culpa del encargado. Pese a todo, no estaba tan seguro de que tuviera razón. Él no había conversado con esa mujer, ni comprendía lo que existía entre ambos. El desorden de mi cuarto era la clara manifestación de un ser desquiciado que podía oler el peligro. Yo lo había visto en su mirada porque sabía reconocer el veneno en los ojos de un hombre enamorado, capaz de hacer cualquier cosa para seguir protegiendo lo que más quería. Como todo sentimiento, el amor no es más que un vínculo que te atrapa y te ciega, impulsándote a cometer actos erráticos y profundos de los que te arrepientes más tarde.

Su único fin era protegerla para que ella siguiera amándolo, al precio que fuese. Allí dentro, reinaban ellos dos. Y nadie iba a poner fin a lo que Samuel había protegido durante tantos años.

29

Cuando Rojo se marchó, regresé a la habitación y traté de poner algo de orden en medio del caos. Después, me di una ducha fría y cambié de ropa. La nevera estaba casi vacía, a excepción de un trozo de pizza de la noche anterior. Así que esa fue mi cena; aunque el inspector probablemente no le daría mucho valor, yo confiaba en que Rosario no hubiera revuelto el apartamento de esa manera.

Aunque no la conocía a fondo, tampoco me había dado esa impresión desde el principio. Me pregunté cómo le habría ido en la cita. No quería molestarla en medio de su trabajo y sentí una punzada de celos por esa velada. Le escribí un breve mensaje, pero tardé en enviarlo.

«¿Todo bien?».

Como esperaba, ella no respondió, así que decidí salir del apartamento para despejar mi mente. A esas alturas, era demasiado tarde para ir al bar y sospechaba que no sería bien recibido si aparecía por el restaurante. Así que seguí la música que provenía de un chiringuito en la playa, con la esperanza de que la vieja leyenda del rock me ayudara a relajarme.

Al llegar allí, me sorprendió ver al empleado de mantenimiento tomando una cerveza en la barra junto al dueño del bar. Esta vez, parecía más sobrio que en nuestro último encuentro.

—Anda, el escritor… —dijo al darse la vuelta y volvió la mirada al frente.

—Estamos cerrados.

—Vaya. Mi compañera tiene más suerte que yo cuando viene…

El comentario cambió la expresión del dueño, quien me hizo un gesto para que entrara. Me acerqué a la barra y me situé al lado del barbudo que estaba limpiando.

—¿Qué te pongo?

—Lo mismo que a él.

—Entonces, pon dos —dijo el tipo, mirándome para que lo invitara.

—Claro… Lo que diga…

—Miguel —respondió y asintió, agradecido—. Se dice por ahí que la vida te trata bien.

El dueño dejó dos botellas verdes delante de nosotros. Cogí una y brindé con él.

—Salud.

—Salud. ¿Quién os lo ha contado?

—Las noticias se propagan rápido… —dijo con una voz rasgada por el tabaco y la bebida—. Supongo que ahora tienes un nuevo seguidor.

—¿Tú?

—No, Julián —dijo y ambos hombres se rieron, aunque no entendí bien por qué era tan gracioso—. Yo, quizá cuando lea esa novela que estás escribiendo… si me mencionas, claro.

Los miré extrañado. Pensaba que me estaban tomando el pelo.

El dueño secaba una jarra de cerveza con un trapo.

—Dicen que estás escribiendo sobre lo que pasó en la playa. ¿Es eso cierto?

Levanté la mirada y lo observé. Su rostro reflejaba intriga y descontento. Luego di un sorbo a la cerveza.

—Lo cierto es que no he empezado a escribir nada.

—Apuesto tres a uno a que te irás sin haber llenado un folio —opinó el empleado del complejo y ambos hombres se rieron—. No me falles, muchacho. Yo soy el único que confía en que sí lo harás.

Lo que parecía ser un encuentro ameno se estaba volviendo una extraña visita. Al escuchar eso, me invadió una sensación de peligro que recorrió todo mi cuerpo en forma de escalofrío. Sin embargo, asumí la actitud de Rojo, me tragué los sentimientos y mostré mi mejor cara para que no notaran el miedo.

Choqué mi botella con la del tipo que tenía al lado y me dirigí hacia el otro.

—¿Y tú? ¿Apuestas en contra? —cuestioné, buscando indagar en su opinión.

Él desvió la mirada, dejó la jarra limpia en un estante y cubrió el grifo con un paño. Luego, abrió la nevera y sacó una cerveza para sí mismo.

—Alguien tiene que hacerlo. Además, este sitio no es para escribir… Hay demasiado cachondeo —respondió con un deje de desdén.

—El escritor de verdad no se distrae… si tiene una buena historia y está motivado —expresé mientras reflexionaba sobre mi propia situación.

—¿Y la…? —preguntó el empleado de mantenimiento, dejando la duda en el aire.

—¿Rosario?

—Sí.

Los dos rieron, pero no supe por qué.

—Tal vez… pero me falta encontrar la motivación principal —dije con cierta incertidumbre.

—¿No te motiva la morena? —inquirió con complicidad.

—Cuidado con lo que dices de ella —respondí, mostrando cierta cautela.

—Descuida, amigo —replicó, reculando y me guiñó un ojo—. No pretendía ofenderte.

—Todavía no lo has hecho —aclaré, tratando de mantener la conversación en un tono amigable—. Solo es una advertencia.

—¿Así que estás escribiendo sobre lo que le ocurrió a esa mujer? —interrogó con interés el dueño del bar—. Te advierto que todo lo que hayas averiguado no te será de utilidad.

Sus palabras me intrigaron y plantaron una semilla de duda en mi mente. Decidí escuchar atentamente lo que aquellos dos desamparados tenían que decir.

—¿A qué te refieres? —pregunté, deseando una explicación más clara.

El otro carraspeó y apoyó la botella en la barra, desviando la atención hacia él.

—Todos sabemos qué pasó y quién lo hizo —afirmó, haciendo referencia a un evento pasado.

—Os referís a la muerte del irlandés, ¿verdad? —intervine, aludiendo a la misteriosa muerte que parecía unirlos de alguna manera.

Ellos guardaron silencio y bebieron en silencio, evitando el contacto visual.

—¿Quieres beber algo más? —preguntó, notando que mi botella

aún estaba a medio llenar.

—Tenéis miedo… y no es una pregunta —observé, percibiendo la tensión en el ambiente.

Ambos negaron con la cabeza, sin querer admitir su vulnerabilidad.

—¿Crees en los fantasmas, hombretón? —desafió el dueño del bar, golpeando la superficie de madera—. Pues que sepas que hay unos cuantos por aquí. No te conviertas en otro.

—No es tan sencillo, hombre de capital —respondió el otro, reconociendo que había algo más detrás de su actitud evasiva.

—La gente no quiere cambiar su vida. ¿Lo entiendes?

—No. Si sabéis quién lo hizo, lo mejor es denunciarlo a la policía —sugerí, intentando encontrar una solución a lo que parecía ser un secreto peligroso.

Ellos se rieron, como si mi propuesta fuera ingenua e impracticable.

—¿Para qué? —cuestionó el empleado del hotel—. Suponiendo que decimos la verdad… Sin pruebas, ni testigos…

—¿Por qué querría pegarme un tiro en la pierna de esa manera? —planteó el del bar, volviendo al misterio que rodeaba la muerte del irlandés.

—No hacéis ningún bien al mantenerlo en secreto.

—Ningún bien… ni tampoco ningún mal —admitieron, evasivos y obstinados en su postura.

Los miré fijamente, tratando de penetrar en sus miradas y descifrar sus verdaderos pensamientos. Pero sus palabras seguían siendo esquivas y evasivas.

—Es él, ¿verdad? —pregunté con determinación, señalando a uno de ellos con el dedo—. No soy estúpido. Sé lo que veo y sé hacer mi trabajo. Samuel ahogó a ese hombre, hace veinte años, en esa playa…

Sus rostros cambiaron de expresión, delatando una mezcla de sorpresa y nerviosismo. Parecía que había tocado un punto sensible en su reticente conversación.

—No tienes ni la menor idea de lo que estás diciendo… —comentó por lo bajo el empleado, tratando de negarlo.

—Estoy al corriente del lío que tiene con la dueña del hotel y de la historia que hay detrás —continué, mostrando seguridad en mis

conclusiones—. Sé que el irlandés los descubrió y por eso murió de esa manera.

El dueño del bar permanecía de pie, frente a nosotros. Sus ojos se clavaron en los del otro, como si estuvieran intercambiando un mensaje silencioso.

—Es hora de cerrar —anunció, finalmente, rompiendo el silencio incómodo.

—Pero, si no has abierto… —comentó el empleado, molesto—. Aún me queda cerveza.

El tipo dio un par de palmadas sonoras, mostrando su incomodidad por la situación. Luego, nos invitó a marcharnos con un gesto brusco.

—Es tarde. Volved mañana.

—¡Venga, tío! —protestó el empleado.

—Ya me has oído, Miguel, *collons*… Vete a bajar la mona que llevas —sentenció el dueño del bar, poniendo fin a la extraña visita.

El empleado me miró de reojo y negó con la cabeza dos veces antes de dirigirse hacia la puerta. Me despedí del otro individuo y seguí a Miguel hacia la salida, con la esperanza de que pudiera revelar más información.

Una vez afuera, encendió un cigarrillo y me ofreció uno, pero lo rechacé. Miguel parecía ser un borracho consumado. A pesar del penetrante olor a cerveza que emanaba de él, mantenía la mirada firme y una expresión que aparentaba sobriedad. Me pregunté qué lo habría llevado a ese estado de decadencia, si sería el trabajo en aquella torre de marfil o algún vacío interior.

—Se ha quedado una noche estupenda para darse un baño… —dijo con la voz ronca.

En ese momento, una idea cruzó mi mente.

Recordé las conversaciones que había tenido durante mi estancia y sospeché que Miguel sería uno de los más experimentados en el lugar. Después de todo, era el único encargado de mantener en funcionamiento las tripas de aquel monstruo de ladrillo. Los niños y los borrachos a menudo dicen la verdad y, aunque Miguel tenía experiencia en hablar bajo los efectos del alcohol, decidí aprovechar la ocasión que nos brindaba la noche para continuar con la conversación.

—¿Qué tal si nos tomamos la última?

—¿Eh?

—La última cerveza, tú y yo.

—Espero que no te hayas hecho ilusiones… No eres mi tipo.

—Que no, diablos. —Me soné la nariz y suspiré—. Rosario tiene una cita y no quiero regresar al apartamento.

—¿Dónde? —preguntó, mirándome como si fuera idiota.

—En el restaurante.

—No, caramba. ¿Dónde piensas beber esa cerveza? —aclaró—. Ya has oído a Javier. Y yo no pienso ir al restaurante.

—No, ni yo… —indiqué y él se quedó pensativo—. Tengo un par de latas en la habitación.

Él arqueó una ceja y me miró sorprendido.

—Aquí no se puede beber.

Me encogí de hombros.

—¿Desde cuándo eso importa?

El tipo bajó la guardia y exhaló el humo.

—También es verdad… —dijo y miró hacia el paseo que subía al apartamento—. Date prisa. Te espero aquí.

30

Era una situación particular, aunque todo lo que sucedía en aquel lugar resultaba sumamente extraño. Me sentía avergonzado por beber en una zona pública, a pesar de que solo los huéspedes pasaran por allí a esa hora. Era como regresar a la adolescencia y beber en los bajos de los edificios o en las partes traseras de los hoteles que había junto a la playa, a menudo alerta para correr en cuanto apareciera un coche patrulla.

Llevé el resto del paquete de cervezas que había comprado en la gasolinera y le ofrecí una. Esta vez, disfrutaríamos de nuestra bebida frente al mar, tranquilos, sin prisas y con la diferencia de que ambos nos habíamos cansado de huir de muchas cosas.

Él destapó la lata con un gesto automático que le salía natural, como si tuviera un don y después dio un largo trago, mostrando la nuez de la garganta bajo la luz.

Era evidente que no iba a seguirle el ritmo, al menos en cuanto a la velocidad para beber, pero destapé otra lata y lo acompañé con un sorbo.

—¿Qué demonios pasa aquí? Todo el mundo parece irritado… —quise saber, apoyado sobre una roca. Él estaba sentado en otra zona más oscura, a escasos metros de mí.

—No sé, ¿tú qué piensas? —respondió y encendió un cigarrillo. Luego fumó y me observó—. Sigues interesado en esa historia, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y levanté el recipiente.

—Considero que el mundo debe conocer lo que ocurrió.

—Se nota que eres escritor… utilizando una frase tan manida —espetó con desagrado—. Al mundo le importa un carajo lo que pasó aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Nadie ha venido a interesarse de verdad.

—Eso no es cierto. Esa mujer…

—No, te equivocas —respondió sin dejarme acabar—. Esa mujer vino buscando morbo, la exclusiva. ¿Qué pasa con el resto de nosotros? ¿Y con la gente que vivía aquí? ¿Y qué diablos me dices de este lugar? Era un paraíso natural y salvaje. Mira ahora… Somos las verdaderas víctimas de lo que sucede aquí.

Su punto de vista me hizo reflexionar. Estaba de acuerdo con su argumento, aunque eso no me iba a hacer cambiar de opinión ni tampoco de motivación.

—Sabéis quién lo ha hecho y preferís callar.

Miguel se rio y la cerveza le salió por la nariz.

—¿Crees en los fantasmas?

—¿Por qué todos me preguntáis lo mismo?

Él se encogió de hombros. Se mostraba achispado.

—Porque la verdad es que nadie sabe quién lo hizo —respondió con sinceridad, desinflándose a medida que juntaba las palabras. Por su tono de voz, me di cuenta de que ese era el verdadero secreto, lo que nadie se atrevía a decir en voz alta.

—Esa es la verdad.

—Ya la tienes. Nadie lo sabe y preferimos no saberlo. Podría ser cualquiera de nosotros, ¿sabes? —preguntó y se rio de nuevo, en voz alta, mirando al infinito—. Tiene gracia el asunto…

—Podrías ser tú y no saberlo.

Él me miró de reojo.

—En ese caso, supongo que lo sabría, ¿no? —se planteó y después arrugó el rostro, como si la pregunta lo llevara a una conclusión precipitada—. ¡Oh! Prefiero vivir en la ignorancia.

—¿Qué opinas de Samuel? Tú me dijiste que es un donjuán.

Él soltó una risa al oír aquello.

—Sabía que, tarde o temprano, saldrías con esa pregunta… ¿Crees que es él?

—¿Y tú?

—Yo solo sé lo que debo.

—¿Y eso es…?

—Que está perdidamente enamorado de esa víbora desde que la vio, aunque ella solo lo utiliza a su antojo —explicó con desdén—, y no es alguien con quien conviene llevarse mal, ¿entiendes?

—Entiendo… Es un tipo con carácter.

—Algún día se le irá la cabeza, como ya pasó hace años…

—¿A qué te refieres?

—Le pierden las mujeres cuando no le hacen caso.

Las palabras no me infundieron confianza y recordé los rumores sobre el irlandés.

—¿Debería preocuparme?

Guardó silencio y miró a la oscuridad. Terminó la lata, la aplastó con la mano hasta convertirla en un pedazo de aluminio y la dejó a un lado. Luego tomó otra, la destapó y dio un sorbo.

—No sé si es cierto que ahogó a ese hombre con sus manos, pero no quiero comprobarlo…

Sus palabras despertaron mi interés. Por una vez, no era yo quien mencionaba el accidente.

—Estabas aquí, aquel día, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—No vi nada. Me tenían limpiando los baños. Esos días, esto tenía que parecer un palacete…

—La investigación dice que el irlandés bebió en el bar antes, hasta emborracharse. Después quiso bañarse en la playa… y se ahogó.

—Era una noche tranquila, como la de hoy —me dijo, mirándome con aquellos ojos claros y brillantes por el alcohol—. Los rumores dicen que ese tipo se enteró de algo que no estaba bien.

—Define «algo que no estaba bien», por favor.

El hombre resopló.

—Eres escritor, así que usa la imaginación. ¿O tengo que dibujártelo?

—No es necesario. Puedo hacerme una idea.

—Hace veinte años, no había muchas rubias como ella por aquí. Era una mujer hermosa y exótica. Aunque nadie lo decía, sabíamos que, tarde o temprano, terminaría aprovechándose de la situación, así que… se enredó con los dos. El joven y el viejo.

—Eso ponía celoso a Samuel.

—No sabes cuánta razón tienes —dijo, mirándome—, y más a esas edades… Todos éramos jóvenes, ¿sabes? Pero ella lo eligió a él. La suerte te toca, no la buscas.

—Interesante. ¿Crees que esa fue la razón por la que ahogó al

irlandés?

De pronto, el rostro del empleado se paralizó y no supe si fue a causa del alcohol o de su reacción.

—La bruja hechizó a Samuel para que callara. El marido se jugaba mucho si caía una maldición sobre este lugar… Y pensar que podría haberme quedado sin trabajo, buscándome la vida en otro sitio… Cosas curiosas, ¿eh?

—La vida puede cambiar en cualquier momento. ¿Cómo conseguiste este trabajo?

—¿Te refieres a cómo lo obtuve?

—Sí. ¿Por azar o mérito?

—Por suerte, supongo. Y porque soy bueno en lo que hago.

—¿Qué hay de los clientes? La mayoría son extranjeros.

Él negó con la cabeza.

—No hablo con ellos, no entiendo ni la mitad de lo que dicen…

—Interesante.

—Sí, ¿verdad?

—Me pregunto qué sucederá cuando alguien tenga un problema de verdad.

—¡Bah! Mira a Samuel. Se cree que domina el idioma, el muy idiota… pero no necesita mucho más.

Levanté las cejas, sorprendido. Simplemente, me pareció muy curioso.

—¿Hay alguien en este hotel que hable inglés fluido?

—La chica.

—La recepcionista.

—Sí —dijo, y tragué saliva, alargando una pausa que él no esperaba. En ese momento me miró y se enderezó. Oí el ruido de un cascabel provocado por el manojo de llaves que colgaba de su cinturón. Eran las llaves que abrían todas las puertas del recinto y tuve un mal presentimiento en ese momento—. ¿Te pasa algo? Parece que has visto un fantasma.

—No —reaccioné y di el último sorbo a la lata, que empezaba a estar caliente—. Ya te he dicho que no creo en los fantasmas…

—Pues no parece que estés convencido.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Queda más cerveza?

—Sí.

—Entonces, adelante.

—¿Quién más tiene un juego de llaves como el que llevas ahí?

La pregunta quedó suspendida en el aire y mi corazón se revolcó, latiendo con fuerza. Por un instante, creí haber descubierto quién me había encerrado en la sauna.

Él reaccionó lentamente al ver cómo esperaba su respuesta. Cogió el llavero y me lo mostró.

—¿Como este? —preguntó, sosteniéndolo a la luz de la farola—. Nadie más. Soy el amo de llaves de este castillo… ¿Por qué lo preguntas? Parece que hay algo extraño en tu rostro.

Tragué saliva y contuve las ganas de arremeter contra él, pero la rabia se apoderó de mí y me abalancé sobre su cuello. La lata de cerveza se perdió entre las rocas y ambos caímos sobre la arena. El forcejeo duró unos segundos, hasta que sentí sus rudas manos sobre mis muñecas, liberándose de mi agarre.

—¿Qué haces, chalado?

—¡Has sido tú! ¡Me has encerrado en la sauna!

De manera rápida, me respondió con un rodillazo en la entrepierna, dejándome sin fuerzas. Luego me apartó y me desplomé sobre la arena, indefenso. El dolor en la zona baja me dejó más suave que un boquerón en vinagre. Si ese hombre lo hubiera deseado, me habría dado una buena paliza, pero, en cambio, optó por coger la última lata de cerveza y beberla mientras me observaba.

—¿Qué demonios te ha pasado, escritor?

A medida que recuperaba el equilibrio, me arrodillé para ponerme en pie y él me ofreció una mano para levantarme.

—Gracias… y lo siento.

—Estás mal de la azotea —dijo, señalándose la sien—. ¿Cómo te atreves?

—Pensaba que…

—¿Pensabas? No parece que te lo hayas pensado mucho.

—¡Oh! Demonios… Alguien me ha rajado los neumáticos y después ha intentado encerrarme en la sauna esta tarde…

La expresión del hombre cambió al oír aquello.

—Vaya. Suena serio.

—Siento haberme precipitado, pero eres el único que tiene todas las llaves de las instalaciones.

—No, no, Dios… —respondió, apartándome con las manos—. Necesitas trabajar en tu comprensión auditiva. Te he dicho que soy el único que tiene un llavero como este, no que solo yo tenga acceso a las llaves… Además, yo no he podido ser.

—Ah, ¿no?

—He estado en el bar, después de terminar la jornada. Tengo un testigo.

—Lo tendré en cuenta…

Aunque ese tipo diría lo que fuera necesario por llevarme la contraria.

—Escucha, ¿por qué querría alguien hacerte algo así?

—Eso mismo me pregunto yo.

—No es bueno —dijo con voz grave y su semblante se volvió serio. Era como si la sobriedad hubiera vuelto a él.

—Dime algo nuevo.

—Esa mujer empezó como tú y no supo escuchar las advertencias. Lárgate antes de que el asunto se ponga más feo.

—Vaya, gracias por el apoyo.

—¿Recuerdas lo que te he dicho sobre los fantasmas?

—Sí, claro… —dije, sacudiéndome la arena de la ropa—. El maldito fantasma de la playa.

—Existe una leyenda… Estás despertándolo y eso no es bueno para nadie.

31

Con nerviosismo, abandoné la playa y me apresuré hacia la entrada del paseo para llegar al restaurante. Al aparecer por la puerta, la escena que presencié me dejó paralizado. El lugar estaba casi vacío, excepto por los últimos comensales que miraban el escándalo con curiosidad y temor. Al otro lado del salón, Sabrina y su guardaespaldas se mantenían de pie, expectantes, frente a Rosario y Samuel, también erguidos. Observé el desorden: un plato y una copa de vino rotos en la mesa. No entendía qué había sucedido para llegar a ese punto. La extranjera parecía más preocupada por la imagen que proyectaban que por la discusión en sí. Estudié los rostros de todos y me centré en Samuel, completamente desencajado. Luego, vi a Rosario, acorralada en una esquina de la cristalera, buscando una salida. Curiosamente, el encargado estaba enojado con ella, no con Sabrina, como había supuesto al inicio.

—¡Eres una víbora! —le gritó el encargado, con el cuello colorado e indignado—. ¡No te saldrás con la tuya!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y un sentimiento de peligro surgió en mi interior. En ese momento, no me preocupaba el razonamiento ni las consecuencias de mis acciones. Cuando Samuel dio un paso al frente y levantó la mano, me abrí paso entre las mesas y, sin pensarlo, le solté un puñetazo directo a la mandíbula. Por suerte, el hombre cayó al suelo sin golpear la pared de cristal del restaurante. Rosario me miró sorprendida, pero su reacción no fue la que esperaba.

—¿Estás bien?

—¿Qué estás haciendo, Gabriel?

—¿Qué? —me pregunté, desconcertado.

Samuel aún estaba consciente y, de repente, me agarró de la pierna, llevándome al suelo con él. De pronto, me vi envuelto en una pelea que no buscaba. El encargado, más fuerte y enfurecido en

ese momento, inmovilizó mis piernas y me golpeó desde arriba.

—*Stop, please*! —gritó Sabrina, desquiciada.

Estaba harto de tanta violencia en ese lugar. Me defendí del primer puñetazo, protegiéndome con las manos, pero no pude evitar el segundo golpe, que me desestabilizó. La dama extranjera intentó separarlos, pero el hombre estaba fuera de control. Con la zurda, le golpeé el tímpano, sabiendo que eso lo desorientaría. Luego, recordé un movimiento que Miguel hizo conmigo y le di un rodillazo en la entrepierna, cambiando su expresión. Antes de que continuara, Kevin, el escolta de Sabrina, lo agarró del brazo y lo sacó de allí.

—¡Eres un hombre muerto! —exclamó cuando lo apartaron de mí—. ¡Se enterarán los dos! ¡Los demandaré, no se saldrán con la suya!

No entendía a qué se refería, no por mí, sino por Rosario, pero mi cabeza daba vueltas y sentía como si me hubieran golpeado con un pastel de cumpleaños. Desde el suelo, sentí el sabor metálico de la sangre que llenaba mi boca y también la sensación de indiferencia al ver a esa mujer salir del establecimiento, sin importarle mi estado. Segundos después, vi las sandalias romanas de la andaluza.

—Menuda que has liado, majo —me reprochó mientras se agachaba para sujetarme y ayudarme a ponerme de pie—. Vaya lío que has armado.

Desde esa posición, todo lo que veía era su belleza. Estaba hermosa y no la había visto así antes, pero la sacudida me había dejado sin apetito sexual por unos segundos.

—Ahora resulta que el culpable de todo lo malo que pasa soy yo… —dije al levantarme. A pesar de los golpes, las piernas me respondían y las dolencias eran leves. Supuse que todo cambiaría cuando los músculos se enfriaran, pero había pasado por situaciones peores.

—Será mejor que te vea un médico.

—Estoy bien, no es nada… pero tú me debes una explicación.

—Déjame las llaves de tu coche. Yo conduciré.

—Eso no ocurrirá, Rosario.

—¿Qué? Apestas a alcohol, Gabriel —respondió extrañada, pensando que era una cuestión personal, aunque no tenía tiempo

para explicarle lo que había pasado con las ruedas.

En ese momento, oí la voz de Sabrina.

—*What is wrong here!? For Christ's sake!!* —exclamó a viva voz, quejándose por algo.

Salimos del restaurante y seguimos la queja hasta los peldaños que llevaban a la piscina. Había una pérdida de agua que estaba encharcando toda la terraza que bordeaba la piscina. Sabrina, Samuel y Kevin observaban los desperfectos. El encargado del restaurante llamaba por teléfono a alguien y supuse que esa persona no iba a responder por diferentes razones.

Lo más probable era que estuviera durmiendo la mona en alguna parte.

Me reí para mis adentros, aunque la situación no tuviera ninguna gracia para los demás.

De pronto, por si no hubiera suficientes problemas, una presencia se acercaba desde el otro lado de la terraza con cierta efusividad en sus movimientos.

—¡Señor Caballero, señor Caballero! —exclamó la voz que reconocí al instante. Otra vez, era Julián, persiguiéndome, acercándose con torpeza, sujetando un libro en la mano y un objeto en la otra.

—¡Cuidado con el escalón! —le gritó Rosario, pero la torpeza de sus andares hizo que tirara una de las luces del jardín al suelo y esta se rompiera encima del charco.

—¡Julián! —exclamó Sabrina, harta y agotada.

—*Sorry, miss Sabrina…*

El tipo nos miró, como si hubiera sido un accidente menor, restándole importancia a lo que sucedía a su alrededor. Sospeché que no era muy avispado.

—Señor Caballero… —dijo, finalmente, acercándose a mí—. He intentado llamarlo esta tarde, pero estaba tan ocupado que le he perdido de vista… Esto es para usted. Me lo trajeron ayer y pensé que podría firmármelo.

Suspiré cuando vi lo que sujetaba en la mano. Era uno de mis libros. Precisamente, la novela que había escrito sobre ese pintor de cuadros falsos de Sevilla. Rosario me dio un codazo por lo bajo para que reaccionara. Sin decir palabra, me lo puso delante. Eché mano al bolsillo, buscando la estilográfica, pero la había olvidado.

—Oh, no tengo la pluma… Creo que está en mi apartamento.

—¡Espere, no se preocupe! —dijo y se dio cuenta de que se le había caído el bolígrafo al llegar—. ¡Oh! Ahí está…

Se giró y se agachó para cogerlo del charco de agua.

—¡No, Julián!

—¿Qué? —preguntó, de rodillas, alcanzando el bolígrafo con los dedos.

—¡No, no lo hagas! —gritó Rosario, advirtiéndole.

En el instituto, una de las lecciones que siempre recordé fue sobre cómo el agua es un excelente conductor de la electricidad. Sin embargo, fue la primera vez que lo vi con mis propios ojos.

Julián tomó el bolígrafo de metal con sus dedos. En un instante, un zumbido y dos golpes secos resonaron como si se hubieran fundido los plomos de una vivienda. Julián se agitó como una sardina sacada del mar y vimos su cuerpo tambaleándose por la descarga de alta tensión. Un desagradable y fuerte olor a carne quemada invadió el aire. Nadie gritó esta vez ni se atrevió a socorrerlo, temiendo acompañarlo en su fatal desenlace, pero el horror se reflejaba en las miradas de todos nosotros.

Julián cayó como un saco de tierra, bocabajo sobre el charco de agua, dejando un aura humeante alrededor de su cuerpo. En mis manos, aún sostenía el libro que me había entregado para que se lo firmara.

Dirigí la mirada al cielo y observé la luna llena, resplandeciendo sobre nosotros. Luego, recordé las palabras del empleado y me pregunté si, tal vez, el fantasma del que hablaba había vuelto a despertar.

32

La policía no tardó en llegar tras el accidente. La preocupación y el desasosiego eran palpables entre quienes habíamos sido testigos de la muerte de aquel pobre hombre. La confusión no me permitió hablar con Rosario sobre la escena que había presenciado antes del desafortunado desenlace.

Rojo llegó en moto a las inmediaciones del complejo, unos minutos más tarde que el resto de la brigada. Su aspecto cansado y rígido no me dio buenas sensaciones. A pesar de ser de madrugada, los vecinos más curiosos merodeaban por las inmediaciones para intentar entender qué estaba sucediendo. Los agentes echaron a todo el mundo de la escena y se pusieron a trabajar. Samuel me culpaba de todo, afirmando que todo había ocurrido por mi culpa.

—¡Largaos de aquí o tendré que echaros a patadas! —nos gritaba, antes de que Kevin, el mastodonte de Sabrina, lo llevara a otro lugar.

Miré a Rosario y noté cómo desviaba la mirada. Supuse que la reacción del encargado también tenía algo que ver con su cita.

—Hablaremos más tarde —le dije.

Ella no respondió y Sabrina se acercó a mí.

—*I'm sorry, Gabriel…* pero tenéis que marcharos —dijo en español para que Rosario también la escuchara.

—Está bien, Sabrina, pero no podemos todavía… Uno de tus empleados ha rajado uno de mis neumáticos.

—*Oh my God!* —lamentó, agachando la cabeza y cubriéndose la frente con la mano. Habría querido decirle que lucía muy bonita esa noche, pero no iba a ayudar a mejorar su estado de ánimo—. ¿Qué puedo hacer?

Me acerqué a ella y le toqué el brazo para calmarla. Después la miré a los ojos.

—Mira, no hace falta que hagas nada. No voy a poner ninguna queja.

La pobre mujer tenía los ojos vidriosos, como si estuviera conteniendo la emoción. Por algún motivo que desconocía, se sentía responsable por el mal comportamiento de Samuel.

—Os cambiaré la habitación a otra zona.

—No es necesario.

—¿Por qué no? —preguntó Rosario y le hice un gesto para que se mantuviera al margen.

—Nos iremos cuando solucione el problema del coche. Lo prometo. Mientras tanto, no notarás nuestra presencia.

—*Thank you, Gabriel.*

—De nada.

Sabrina se alejó de nosotros para atender a los agentes de policía. En cuanto el inspector me vio, se dirigió a mí y me hizo una señal para que habláramos en privado. Rosario, que estaba a mi lado, no se despegó ni un segundo.

Nos apartamos de la multitud y salimos de la propiedad hasta la calle. Rojo nos esperaba cerca del parque infantil que había cerca de la carretera. Observé su postura inquieta, con los brazos cruzados y sospeché que no tendría ganas de escuchar mis bromas.

—Escucha, ha sido un accidente…

—Cierra el pico, Caballero —dijo, enfadado, aunque contenido por la presencia de Rosario. De alguna manera, no quería hablar más—. Pensaba que, esta tarde, cuando hemos hablado, el asunto sobre ese tipo te había quedado claro.

—No ha sido por su culpa —intervino Rosario en mi defensa—. Ese hombre…

Rojo la silenció con la mirada. Ella entendió que debía mantenerse al margen.

—Mis agentes no dicen lo mismo, así que dejad las patrañas para otro momento —explicó—. Estoy al corriente de lo ocurrido en el restaurante.

—Pero no es eso a lo que me refiero… —replicó ella, insistente.

Rojo la miró como si le pasara algo o no entendiera su idioma.

Me agarró por el hombro y me separó unos metros.

—Ella tiene razón… El accidente no está relacionado con la muerte —le dije en voz baja, pero eso no iba a hacerle cambiar de

parecer.

—Óyeme bien… Hay algo que debes saber… —me dijo, apartándome un poco más y bajando el tono de voz—. La Interpol ha preguntado al inglés con el que se carteaba Locke.

Las palabras de Rojo me causaron una extraña sensación de alegría.

—¿Qué dice? —pregunté ansioso.

Él negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Lamento quitarte la ilusión, pero al parecer, Barbara Locke estaba en bancarrota y tenía un serio problema con la bebida.

—No, otra vez no… No puedo creer lo mismo…

—Así es, *amic meu* —dijo, lamentando dar la mala noticia—. El asunto es que Locke estaba bajo el control de una importante editorial británica. Ya sabes cómo son… Lo último que quieren es manchar su imagen. Parece que sus libros aún se siguen vendiendo bien…

—¿Y cómo explicas su situación económica?

—Los bancos y los extractos bancarios dan explicación a eso —señaló—. Tomó malas decisiones en el pasado con la gestión de sus derechos como autora de las historias. Era derrochadora, aunque alguien como tú, que ha vendido el alma al Diablo en varias ocasiones, debería saber muy bien cómo funciona ese negocio.

—Lo sé de buena mano, Rojo, pero hay algo que no me cuadra.

Él suspiró y Rosario nos escuchaba en la distancia, aunque fingiera comprobar su móvil.

—Debo reconocer que tenías razón en una cosa. La noche en que murió, cayó desde ahí arriba. Iba ebria, resbaló, se golpeó contra la roca y perdió el equilibrio hasta caer al vacío… Esa es la historia. No es la mejor, pero es la que sucedió.

Lo miré estupefacto.

Nadie era tan estúpido, ni siquiera bajo los efectos del alcohol.

—¿Y pretendes que me crea eso?

—Tú mismo, literato.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque quiero que te marches de aquí. El asunto ha llegado a oídos de la Diputación y esta zona es un pozo de dinero y un imán de ricos de perfil bajo que no quieren perder, así que puedes hacerte una idea de cómo está el ambiente por la comisaría —

explicó y después miró a Rosario—. Olvídate de lo que ha pasado hasta ahora y busca algo en otro lugar, no sé… Murcia, Almería… lejos de aquí… La costa es larga y aquí llamas demasiado la atención. Además, quizá sea el momento adecuado para deshacerte de ella.

Miré de reojo a Rosario, que seguía callada, a unos metros de nosotros.

—Rojo…

—Gabriel… —Me puso la mano en el hombro y me acercó la cara con seriedad—. Ni tú vas a resolver este caso, ni yo voy a permitir que sigas tocándome los cojones. ¿Queda claro?

—Supongo que sí.

Apretó los labios y asintió con la cabeza, en señal de agradecimiento.

Después se apartó de mí y se dirigió a los dos, antes de marcharse.

—Señorita, Gabriel… *Bona nit.*

El inspector se alejó y subió por la calle hasta su moto. Después montó en ella y se perdió por la cuesta que iba hacia la nacional.

Rosario y yo nos quedamos a solas, con el sonido de las olas rompiendo de fondo. Ella me dio la espalda y se encaminó hacia el paseo.

—¿Qué te sucede ahora? —le pregunté en voz alta.

Ella se alejó unos metros.

—Será mejor que recoja mis cosas. Me largo de aquí.

33

No comprendí la respuesta de Rosario. Pensé que se había enterado de mi conversación con Rojo y por eso actuaba así. Al entrar en el apartamento, ella fue directo al dormitorio, donde tenía su bolso. Calculé que no le llevaría mucho tiempo organizar sus cosas, pues apenas llevaba equipaje.

—¿Puedes parar por un momento? —le pregunté, observando cómo daba vueltas, entrando y saliendo de las habitaciones—. Llevas toda la noche comportándote de un modo muy extraño. Me gustaría saber qué te ha hecho cambiar de opinión…

Sus ojos se clavaron en mí como espadas en el vientre. Era la mirada de una serpiente furiosa a punto de atacarme.

—Tu amigo no quiere que esté aquí —sentenció y se dirigió al cuarto de baño.

—¿Desde cuándo eso ha sido un obstáculo para ti? Rojo solo mira por su interés.

Ella suspiró y meneó la cabeza. No podía ver su rostro, puesto que estaba de espaldas, aunque sí su larga y oscura melena. Dio la vuelta y se acercó a mí.

—Gabriel, ese hombre ha muerto delante de nosotros. ¿Cómo quieres que esté?

No daba crédito a lo que oía. De pronto, era como si Rosario, la intrépida reportera de sucesos del diario hispalense, se hubiera tambaleado emocionalmente.

—Estás cansada, eso es lo que te pasa —dije y le acaricié el brazo, intentando calmarla. Sin embargo, lo que provocó fue un chispazo que reavivó la tensión sexual que había entre nosotros.

Ella lo notó y no se opuso a ello. La situación se volvió aún más tensa y yo intentaba mantener mi postura, antes de apresurarme y cometer un error.

—Creo que mi trabajo ha terminado aquí —confesó, finalmente,

desarmada—. Samuel ha descubierto qué hago en este sitio… Mejor dicho, sabe qué hacemos juntos.

—¿Le has hablado de nuestra relación?

—Más o menos. Se lo ha olido él solito.

Por su tono de voz, entendí que se refería a la relación laboral.

—Bueno, no me importa lo que piense ese merluzo… aunque comienzo a sospechar que no es la persona que estamos buscando.

—No, no lo es.

—¿Qué? —pregunté, sorprendido—. ¿Te lo ha dicho él?

—Tampoco es el amante de esa mujer.

—¿Cómo dices? Espera… Ahora es el momento en el que me confiesas que es su hijo…

Ella sonrió y se mostró más bella. Las personas ganan cuando muestran su alegría de manera natural.

—No. Sé cuándo alguien dice la verdad y sé que Samuel no lo hizo. Él fue quien avisó del cadáver en la playa.

—¿Y tú le has creído? Ya has visto cómo se ha puesto. Está chalado.

—También he visto cómo te has puesto tú, para defenderme… —dijo y su tono de voz cambió otra vez. Rosario se acercó a mí, lentamente—. Me has sorprendido.

—No iba a dejar que…

—Te confesaré que me ha… ya sabes.

—No, no lo sé.

Ella me miró con coquetería. Intuí que también había bebido bastante vino durante la cena. Parecía que esa noche no había nadie sobrio en todo el hotel.

—Si esperas que lo diga en voz alta, la llevas clara.

—Entonces, no has bebido lo suficiente.

—Cállate, bobo —dijo, jugueteando—. Escúchame… Hay un secreto entre ellos, Gabriel, pero no tiene que ver con una relación sentimental. Va más allá. Algo muy sórdido. Lo he visto en su cara cuando ha estado a punto de contármelo. Se guardan algo que no quieren que se sepa.

—¿A qué te refieres?

—Miedo a algo, o a alguien… y dudo que sea al marido de ella —explicó, con los ojos como platos—. Por eso, ella tiene a ese hombre aquí… para protegerla.

—¿El armario empotrado? —pregunté, sin encajar su teoría—. Algo me dice que su trabajo es el de protegerla de otras cosas…

—Los dos ocultan algo y por eso se cubren las espaldas…

—No has avanzado mucho, pero tampoco te culpo por ello.

—Esa noche sucedió algo horrible en este lugar y MacDonnell lo presenció. Estoy segura de que los amenazó con hacerlo público… Por eso Sabrina y Samuel nos lo ocultan.

—¿Solo ellos? Aquí nadie está dispuesto a hablar.

—Porque si hablan…

—Temen que les suceda lo mismo que al irlandés o a esa escritora…

Ella se acercó aún más. De pronto, sentí sus muslos rozando los míos.

—Gabriel…

—¿Sí?

—¿Por qué no olvidamos el trabajo por un rato? Es tarde, estoy agotada y me apetece relajarme.

—No podemos, Rosario. Hay alguien poniendo en jaque este lugar…

A ella no parecía importarle demasiado.

—Seguro que puede esperar hasta mañana. Esta noche han pasado demasiadas cosas…

—¿En serio? Alucino contigo… ¿Qué clase de respuesta es esa, viniendo de ti?

No llegué a oír su contestación, o puede que sí, cuando sus labios se rozaron con los míos y nos fundimos en un apasionado beso que casi rompe los cristales. La tensión estalló en un colofón de fuegos artificiales y el subidón del éxtasis nos atrapó entre besos y caricias, hasta dejarnos caer en el sofá. Ninguno de los dos habló, hasta que vi un destello por la ventana. Procedía de lo alto del monte, desde el mismo punto donde Barbara Locke había caído al mar. De pronto, la explicación de Rojo regresó a mi cabeza, recordando sus palabras y las pistas que había recabado por mi cuenta. Sin darme cuenta, idiota de mí, me desconecté de aquel momento que tanto habíamos deseado los dos.

Ella se dio cuenta y se despegó de mí.

—Mierda…

—¡Rosario, espera!

—No, no, no, no… Gabriel —dijo, haciendo aspavientos para negar lo sucedido y evitándome con la mirada—. Esto ha sido un error, una metedura de pata.

—¡Escúchame! —bramé y ella se quedó mirándome.

—No puedo. No puedo contigo. Formas parte de mi vida laboral.

—¿Qué excusa es esa?

—Tengo mis reglas y no pienso tropezar con la misma piedra otra vez —dijo, agarró su bolso y caminó hacia la puerta—. Lo siento, he sido yo. Olvídalo, ¿vale?

—Pero, mujer… ¿A dónde vas a estas horas? Es de madrugada. Por aquí no pasa nadie.

—Necesito que me dé el aire y reflexionar con claridad, ¿vale? Me las apañaré solita, no te preocupes… Buenas noches, Gabriel —dijo y cerró con un portazo. Su silueta desapareció tras la cristalera, fundiéndose con la oscuridad de la noche.

Salí tras ella, la llamé en voz alta, miré por los alrededores e incluso subí las escaleras para alcanzarla, pero no había rastro de su presencia.

«Demonios, todo se ha ido al carajo en cuestión de horas…», lamenté para mis adentros y los ojos se dirigieron otra vez al punto de luz que había en lo alto.

Desde el exterior, pude ver de qué se trataba. La luz se movía como un péndulo e intuí que sería una lámpara de noche o un candil. Entonces, reconocí una figura humana que la sujetaba. El corazón se me agitó nuevamente.

Si no hacía nada por evitarlo, la lista de cadáveres aumentaría.

34

A esas horas, todo el mundo dormía y la policía ya había retirado el cadáver del empleado del hotel. No lo pensé dos veces, ni siquiera consideré la idea de buscar ayuda. Salí del apartamento y eché a correr cuesta arriba. La noche era oscura, sin visibilidad y yo avanzaba a pie, sintiendo cómo la distancia se volvía más larga de lo que había imaginado. Me costaba respirar, pero no me detendría en el camino. Mi mente no dejaba de dar vueltas a las últimas horas, a toda la información recabada. Era imposible que Barbara Locke hubiera subido esa pendiente empinada, ebria y sin que nadie se percatara de sus pasos.

Finalmente, llegué a lo alto donde terminaba la carretera y comenzaba el terreno de tierra. Pude divisar un farolillo, sostenido en el aire, al borde del abismo. Lo sujetaba un hombre de espaldas, moviéndose de un lado a otro. El viento, que se había levantado con la noche, resultaba molesto al avanzar. El rugir del mar, enfurecido, llenaba el ambiente y la costa se cubría de espuma al romper.

Con cuidado de no tropezar con alguna piedra, me adentré en el terreno y lo vi allí, de espaldas, desesperado, a punto de cometer una locura.

—¡Samuel, no lo hagas! —grité con fuerza para que me escuchara—. ¡Samuel!

El hombre se giró y me reconoció al instante. Noté una ligera sonrisa en su rostro. No temía por mí, sino por él mismo. Sabía que no me haría daño, sino que pretendía quitarse la vida.

—Déjame en paz… Vete al infierno… Me habéis jodido la vida…

Avancé unos pasos hacia él, pero giró bruscamente.

—¡No te acerques o salto!

—¡No, por favor! —imploré.

—¿Qué quieres ahora? ¿Eh? —preguntó desesperado, con los ojos llenos de lágrimas. Su forma de hablar revelaba que estaba

borracho. Parecía que en ese lugar todos tenían una razón para ahogar sus penas—. ¡Contesta, maldita sea!

Retrocedí un poco y lo miré a los ojos.

—Quiero ayudarte…

—Ayudarme… No me hagas reír…

—Ayudarte a encontrar a quien te arruinó la vida —dije, lanzando una apuesta que no sabía si tendría éxito.

Era lo único que se me ocurrió al combinar la teoría de Rosario con toda la información recopilada. No hay mejor manera de hacer hablar a alguien que oculta un secreto que hacerle creer que el secreto ya ha sido revelado.

—¿Te estás burlando de mí?

—De ninguna manera…

—Tú no sabes nada.

—Lo suficiente como para decir que no mataste a ese hombre.

Mis palabras lo tranquilizaron y su cuerpo se relajó por un momento. Con la cabeza agachada, miró al abismo.

—Rosario te lo ha dicho, ¿verdad? Qué víbora… Debería haberlo notado.

—Rosario defiende tu inocencia.

—¿Defenderme? Yo no lo hice. Solo saqué a ese hombre del mar y avisé a los demás, pero no me hicieron caso…

—¿A los demás?

Levantó una botella de ron y dio un trago largo.

—Se lo dije a Miguel, a Javi, el del bar… Por entonces llevaba el bar del hotel. Y ahí fue donde cometí un error…

—¿Por qué? —pregunté, acercándome un poco sin que se diera cuenta. Parecía absorto en su relato.

—Fueron a buscar a su hermana a la recepción, pero no estaba allí. Entonces…

Algo se encendió en mi mente y uní los retales de las pistas que unían al irlandés con la chica.

—Cristina.

Él se sorprendió al escuchar aquello.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó horrorizado y no comprendí su actitud—. ¿Te lo ha contado?

—Ella me dijo que estaba aquí… ¿Qué pasó?

—¿Por qué insistes, escritor basura?

—Confiesa, Samuel. ¡Tú lo viste! Ese hombre se aprovechó físicamente de ella y…

Samuel se volvió hacia mí con la mirada incendiada, dando tragos a la botella. Parecía revivir el momento como si estuviera frente a él, y era lo más desagradable.

—¡Cierra la maldita boca! Ese malnacido irlandés… Ese desgraciado, bastardo, hijo de la grandísima… La tocó…

Absorto por el relato y las conclusiones que estaba sacando por mi cuenta, no advertí lo que estaba a punto de suceder. Samuel, con su comportamiento errático y cambiante, guiado por la impotencia, intentó golpearme con el culo de la botella, pero fui rápido y esquivé el golpe, arrebatándole el vidrio para evitar que me hiriera. Por desgracia, mi superioridad física y racional no lo detuvo y me embistió con un cabezazo en la cara que me tiró al suelo. Mordí el polvo en plena noche de ventisca, sintiendo el sabor árido de la tierra. El dolor aceleró las agujas del reloj y me dejó tirado en el suelo, incapaz de moverme. Aturdido y en la oscuridad, noté cómo se alejaba y salía de allí, borracho y sin intenciones de hacerme daño.

—No escribirás ese libro… —murmuró desde la distancia—. El secreto nunca ha salido de esta playa… y nunca lo hará…

Apoyé las manos en la tierra e intenté sentarme. El cabezazo me dejó atontado y no entendía muy bien qué sucedía a mi alrededor. Me eché hacia atrás, me apoyé con la espalda en una roca de gran tamaño y oí varias pisadas que se acercaban a mí. El estado de aturdimiento me impidió activar mi sentido de supervivencia.

—¿Te has perdido, amigo? —preguntó una voz ronca desde arriba. Enseguida me llegó el olor amargo a cerveza y nicotina.

—Parece que se ha quedado dormido —dijo la otra voz, aún más rasgada—. Este no es el sitio para ver las constelaciones…

Las manos me agarraron con firmeza de las axilas, tratando de ponerme en pie, pero mi cuerpo pesaba como si fuera cemento. Me costaba respirar y, sobre todo, articular palabra, pero aún estaba consciente para intuir que se estaban burlando de mí.

—¿Qué hacemos con él? ¿Le damos un baño fresquito? —le preguntó el uno al otro—. Le vendrá bien espabilar un poco…

—No. Es demasiado precipitado, todavía…

—¿Entonces?

—Se me ocurre algo mejor…

Esas fueron las últimas palabras que oí antes de que un golpe seco me alcanzara en la nuca. Todo se volvió oscuro, como un manto de estrellas apagadas y la luna fue la última imagen que guardé en la retina.

35

Me despertó un fuerte golpe contra el suelo. Me habían dejado en aquel agujero, como quien arroja un montón de escombros en un contenedor de obra. Perdí el sentido de la orientación durante unos segundos. La oscuridad era abrumadora y un fuerte olor a humedad, lejía y bodega inundó mis sentidos, una combinación que podría llenar los pulmones de sustancias cancerígenas. A pesar de la jaqueca, me sorprendió la resistencia física que estaba demostrando. Estaba soportando más de lo que hubiera imaginado. Respiré hondo, tratando de reunir valor para sobrevivir. A veces, las personas somos capaces de encontrar fuerzas donde no creíamos que existiesen, especialmente cuando la situación se vuelve peligrosa y cada instante podría ser el último de nuestras vidas.

Para colmo, cuando intenté moverme, noté la presión en las manos y los pies. Me habían atado con cinta adhesiva para evitar que hiciera alguna locura. Me recriminé por subestimar la inteligencia de esos dos. La luz que entraba por la puerta se extinguió cuando la cerraron y escuché las pisadas alejándose de mi cabeza, caminando hacia el otro extremo, hasta que desaparecieron tras un portazo. Entendí que era mi oportunidad para planear una fuga, si es que existía alguna posibilidad. El silencio era opresivo y auguraba el desenlace que me habían preparado.

Con la boca reseca y mareado, me percaté de que la penumbra me impedía ver nada. Arrastrándome por el suelo, toqué algo firme y vertical, intuyendo que era una viga a la que me apoyé con la espalda. El siguiente paso era ponerme en pie.

Mientras recuperaba el aliento y el dolor de cabeza cedía un poco, empecé a unir los cabos sueltos de la historia. Lamenté haber tardado tanto en darme cuenta de que el asesino estuvo frente a mí todo ese tiempo. Samuel lo había confesado y me advirtió que el secreto no saldría de aquella playa.

¿Cómo podría salir si quien lo custodiaba en ese bar era el mismo encargado de mantenerlo en secreto?

Respiré profundamente, pero el fuerte olor dificultaba la tarea.

«Debiste darte cuenta desde la primera vez que fuiste al bar. Las banderas, las jarras, la cerveza…», me recriminé en silencio, castigándome por no haber prestado atención a los pequeños detalles. En el fondo, estaban a la vista y supuse que esos mismos detalles llevaron a Barbara Locke a su trágico destino. Ahora la historia cobraba sentido, aunque aún me faltaba una pieza crucial.

Reflexioné sobre lo ocurrido y mi conversación con Samuel y deduje que aquel verano, veinte años atrás, ocurrió algo muy grave para que aquel hombre ahogara al irlandés y lo enviara al extranjero, lejos de las sospechas. Barbara Locke, siguiendo alguna pista, descubrió la verdad y unió las piezas.

—Dios mío… —murmuré en voz baja, apoyando la cabeza en la viga, cuando sentí que algo se agitaba cerca de mí. Repentinamente, me asusté al notar cómo aquella presencia reptaba hacia mi lado y percibí un leve zarandeo.

Intenté mover los pies, pero no logré alcanzar ningún objeto.

—¿Quién está ahí?

Nadie me respondió, pero la presencia se movía más.

En ese instante, consideré la posibilidad de que no fuera una persona a la que me estaba enfrentando.

36

Encogí las rodillas e intenté alejarme del ruido, pero me costaba calcular el espacio y su ubicación.

—¡Eh!

—Oh… ¿Gabriel?

—¿Rosario? —pregunté, con una extraña sensación en mi interior. No sabía si alegrarme de estar con ella o lamentar haberla metido en esto.

—Mi cabeza… Me duele como la peor de las resacas. ¿Qué es ese olor? ¿Por qué estamos aquí?

La reportera estaba más aturdida que yo, tanto que no había notado su presencia en todo ese tiempo. Al parecer, habían optado por dormirla en lugar de golpearla, como a mí. Por ese lado, habían sido unos miserables con tacto.

—Rosario, despierta…

—No veo nada.

—Ni lo vas a ver, a no ser que encontremos un interruptor —dije, pensando que debía de haber uno cerca de nuestra posición. A pesar de la oscuridad debido a la humedad, sospeché que estaríamos en un sótano cerca de la playa. El olor a bodega delataba la ubicación y calculé que nos habrían escondido en el almacén que había bajo el bar.

Intenté moverme como pude, pero me costaba desplazarme en un espacio tan pequeño. Era consciente de que no contábamos con mucho margen de maniobra. Si hacíamos ruido, vendrían a ver qué sucedía. Si no actuábamos, terminaríamos como las dos víctimas anteriores.

—¿Gabriel? —preguntó Rosario, recuperando la consciencia.

—¿Sí?

—Vamos a morir, ¿verdad?

Su voz transmitía el miedo a un final predecible. Ella necesitaba

confiar en algo, mantener la fe de que existía otra posibilidad.

—No. Eso no sucederá.

—Gabriel…

—Dime, Rosario. —Me cansaban esos hiatos suyos, pero comenzaba a conocerla a fondo y sabía que eran necesarios para que soltara lo que llevaba dentro.

—Siento lo de antes.

—Vaya. Yo no lo siento.

—No, no me refiero a «eso», sino a cómo me he comportado después.

Dicen que los adultos aprendemos a manejar las situaciones y a decir las cosas con franqueza, pero no siempre es así. A pesar de la supuesta madurez que nos otorga la vida, Rosario y yo, como la mayoría de los adultos, éramos incapaces de llamar a las cosas por su nombre.

—Olvídalo. No tiene importancia. ¿Estás bien?

Ella sonrió, aunque no podía verla, pero lo intuí por el soplido de la nariz.

—He estado mejor.

—¿Cómo te han atrapado?

—No ha sido muy difícil —explicó con un tono de vergüenza en su voz—. Cuando me marchaba del apartamento y caminaba hacia el bar…

—Vaya. No has ido muy lejos. ¿Estaba abierto?

—Más o menos. —Carraspeó y suspiró. Parecía agotada—. Estaba un poco despechada por la situación, así que solo pensaba en beber un poco y olvidarme del asunto…

—Pero… ¿cómo lo han sabido…?

—El camarero empezó a hacer preguntas sobre lo ocurrido. Me sirvió un vino, una cosa llevó a la otra, me puso el segundo…

—Oh, vaya. Ya ibas predispuesta antes de llegar…

—Lo sé, pero yo seguía bebiendo y él escuchaba, me hacía preguntas, me gastaba alguna broma… Estaba cómoda y había desconectado de la realidad por un momento, hasta que me fui de la lengua hablando de ese Samuel y entonces le pregunté por la relación que tiene con esa mujer extranjera y lo que pasó aquel verano.

—¿Qué te ha contado?

—Nada. Por esa época, él no estaba aquí.

—Eso no es cierto. Su hermana y él trabajaban en la empresa cuando MacDonnell murió… De hecho…

—Lo sé, Gabriel… Puede que estuviera un poco bebida, pero tuve un momento de lucidez cuando vi todas esas jarras de cerveza inglesas, los cuadros, la música… Entonces me acordé de ti.

—Bueno, al menos, has pensado en mí, después de todo…

—No en ti, sino en lo que me has contado sobre el asesino y Barbara Locke.

—Ah…

—Él se ha dado cuenta de que sé de más.

—¿Y qué ha hecho?

—Nada… Quiero decir, nada extraño —explicó con la voz ronca —. Me ha servido un vaso de agua y me ha preparado un cóctel especial.

—¿Y te lo has bebido?

—Me ha obligado. No he visto otra opción. Me ha asegurado que me ayudaría a olvidar la pena…

—Vaya si lo ha hecho.

—Me duele tanto la cabeza… ¿Qué hay de ti? Por un momento, creí que no volvería a verte.

—Literalmente, aún no lo has hecho —dije con humor, tratando de aligerar el ambiente—. Es una larga historia y no hay tiempo que perder. Ahora debemos centrarnos y pensar cómo salir de aquí y contactar con Rojo.

—Si piensas que tu amigo nos va a salvar el pellejo… Es policía, no lo olvides.

—Pero no es como los demás. Créeme, sé de lo que hablo.

Ella no respondió y yo intenté acercarme a ella. Mis piernas rozaron las suyas de manera torpe. Al menos, la había localizado, aunque no era muy difícil en aquel antro.

—Intenta acercar tus pies a mis manos… Voy a desatarte —le dije y ella estiró las piernas. No podía mover las manos, pero toqué la fina piel de su espinilla y el rugoso tacto de la cinta adhesiva.

—Maldita sea…

—¿Qué?

—No hay modo de romperla con una sola mano… —opiné en voz alta y me arrastré hacia uno de los estantes. Consideré que, si

aquel era el almacén de un bar, habría botellas vacías por alguna parte. Un pedazo de vidrio me ayudaría a liberarnos. Sin embargo, debía ser cauteloso para no llamar la atención de los demás. Me acerqué a una de las estanterías y me agarré a una balda metálica. Con un poco de fuerza, logré mantener el equilibrio y ponerme de pie. Entonces, toqué lo que parecía un recipiente y, ayudándome con los dedos, lo dejé caer al vacío. El impacto nos paralizó por un instante y el pegajoso olor a refresco de naranja llegó a mi olfato.

—¿Te ha alcanzado?

—No… —dijo ella—. Date prisa, creo que he oído algunos pasos.

Pero yo no había notado nada.

Me agaché con sumo cuidado para no cortarme y palpé lo que parecía un vidrio lo suficientemente afilado. Lo cogí como pude. Entonces recalculé la posición a ciegas y retrocedí hasta ella. Primero, me arrodillé. Luego, busqué sus pies y le pedí que los acercara, con cuidado de no cortarla.

—Vamos, date prisa, Gabriel… —insistía.

—No puedo ir más rápido. No quiero cortarte un pie.

—Eres un exagerado.

Moví el vidrio con movimientos toscos y noté que empezaba a rasgar la cinta.

—Presta atención, por favor, que me vas a cortar.

—Dios mío, eres peor que yo.

—Deja de quejarte y sigue rasgando.

Tras un largo ejercicio, logré liberarla de las ataduras en los pies. Se levantó y me acercó las muñecas. Repetí el movimiento y Rosario quedó libre de pies y manos.

—Ahora, haz lo mismo conmigo.

—¿Qué? Ni hablar.

—¿Cómo? —pregunté, enfadado.

Ella hizo lo mismo conmigo hasta liberarme por completo.

—*Illo,* ni una broma se te puede gastar… Cómo sois los del Levante…

—Gracias —le dije al girarme hacia ella y, sin quererlo, mis manos rozaron las suyas. No nos veíamos, pero podía sentir su respiración y oler su perfume. Estábamos tan cerca que sabía que la tenía delante de mí.

Sé que no era el momento más adecuado para ello, pero también

pensé que quizá no habría otro momento como ese para terminar lo que habíamos dejado a medias. Un beso sincero raras veces termina con una sensación agridulce. Me acerqué a ella, a pesar de que podía recibir un rechazo, le acaricié la cara y encontré su boca como si existiera una línea invisible entre sus labios y los míos. Rosario no opuso resistencia. Se entregó a mí con deseo durante unos segundos, apretando su pecho contra el mío, manteniendo la respiración, hasta que algo nos interrumpió.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella y se puso en guardia—. ¿Lo oyes?

—Sí… —dije al sentir las pisadas que se movían por encima de nosotros. Habían vuelto al bar y ahora venían a por nosotros. Intuí que las escaleras que bajaban por la escotilla no debían estar muy lejos de allí. Me acerqué a ellas y comprobé que había un espacio entre los peldaños, suficiente para atacarles por detrás.

—¿Se te ocurre algo?

—Ponte tras las escaleras. Yo me quedaré aquí —le dije, notando cómo estaban más cerca—. Si bajan y ven que no hay nadie, se pondrán en alerta. Cuando tengas ocasión, clávales el vidrio en las piernas. Eso nos dará ventaja para salir.

—¿Y si no funciona, Gabriel?

—Funcionará. Debe hacerlo.

37

La trampilla se movió arriba y abajo, permitiendo que un hilo de luz se colara en el sótano. Rosario aprovechó el movimiento de cadenas y cerrojos para ocultarse tras los peldaños metálicos. Me senté en el suelo, con las manos atrás y los pies escondidos tras una caja de cascos de refrescos, tratando de no llamar la atención. Segundos después, la cubierta se desplazó a un lado y el chorro de luz se intensificó al encenderse una bombilla que colgaba del techo de la bodega.

—Ahí estás… —dijo Javier, el dueño del bar, con sus ojos redondos como huevos. Buscó a la chica, pero no la vio. Agachó la cabeza al descender los escalones para observar más detenidamente. Por suerte, la bombilla apenas iluminaba lo suficiente, creando sombras que dificultaban la visión. No tardó en percatarse de la ausencia de Rosario y su rostro se transformó en enfado.

—¿Dónde está? —preguntó con firmeza, sin elevar la voz, pero dejando claro que no se quedaría solo en palabras. Bajó dos escalones e irrumpió en el interior, dispuesto a golpearme. En ese instante, Rosario lo abordó por detrás y le clavó el vidrio en la espalda. Oí un crujido desagradable, producto del cristal atravesando la piel. Aunque el roquero gritó, parecía no estar gravemente herido y se giró para enfrentarla. Inesperadamente, la reportera quedó acorralada entre la pared y los brazos del forzudo, que no parecía sentir dolor. Como una máquina de matar, él la agarró por el cuello y la ahogó contra el muro. Ella luchaba por liberarse, pero la fuerza del tipo era descomunal. Antes de que la matara, me armé de valor, tomé una botella de whisky por el cuello y se la rompí en la cabeza. El impacto lo desequilibró por unos segundos, suficiente para que ella pudiera zafarse. El grandullón, mareado y con la mirada perdida, intentó golpearme, pero lo esquivé con destreza y le devolví el golpe. Mi puñetazo lo alcanzó

en la mandíbula, dejándolo atontado y tendido en el suelo.

—¿Estás bien? —le pregunté a Rosario, quien respiraba con dificultad, pero asintió con la cabeza—. Será mejor que nos larguemos.

—Tu mano…

Miré mis nudillos y dedos, enrojecidos como un chorizo picante.

—Sobreviviré —le dije, animándola a que me siguiera hacia la salida.

—No tan rápido… —dijo la voz ronca del empleado de mantenimiento. Retrocedimos al verlo, y Rosario se colocó a mi espalda. El tipo nos apuntaba con una escopeta de caza—. ¡Atrás!

Las manos de Rosario me sujetaron firmemente los hombros. Podía sentir el miedo en sus dedos y escuchar los latidos acelerados de su corazón. Lamentablemente, aunque ella aún no lo sabía, mi disfraz de héroe me quedaba demasiado grande.

—¿Qué cojones…? —preguntó el hombre al ver el desastre que habíamos causado. En un descuido, se giró para mirar a su compañero y yo aproveché para desarmarlo.

Desafortunadamente, a pesar de su apariencia, tenía unos reflejos ágiles, como si fuera un experto en artes marciales. Con un movimiento directo, desplazó el arma y utilizó la culata para golpearme en la cara. El impacto dolió, pero por suerte, no me causó un daño grave. Caí hacia atrás, tapándome del dolor y Rosario me sujetó para evitar que golpeara el suelo.

—Cabronazo…

—¿Se puede saber qué te han hecho…? —le preguntó a Javier, sin apartar el largo y profundo cañón de nosotros. Rosario y yo nos miramos y ambos comprendimos la situación. Si abría fuego, nos convertiría en picadillo.

—Estoy bien, estoy bien… —dijo el dueño del bar, poniéndose de pie y sacándose el cristal de la espalda. La imagen casi me provocó una arcada—. El plan sigue.

—¿Estás chalado? Nos han visto las caras. Deberíamos esperar a que todo esto pase…

—¿Esperar? Eso sí que es estúpido, Miguel. ¡Por Dios, si llegan a escapar! Saben demasiado. No podemos permitirnos el lujo de tenerlos aquí.

—Es demasiado precipitado, Miguel —dijo, nervioso, sin dejar

de apuntarnos—. La policía está merodeando demasiado. Necesitamos un plan o esto no saldrá bien.

—Exactamente, joder… Hay que explicártelo todo.

—¿Un plan, dices?

—Sí. Se me ha ocurrido algo.

La respuesta lo tranquilizó. Nosotros escuchábamos desde el rincón y lo cierto era que el final no era nada prometedor.

El roquero se acercó a mí y me tendió la mano.

—Las llaves de tu coche.

—¿Qué?

Aprovechó la situación descompensada para desquitarse y me soltó un sopapo que me hizo ver las estrellas. A pesar de mi reticencia a prestarle el coche a alguien, supuse que no iría muy lejos con ellas y, al menos, ganaríamos tiempo. Eso era lo único que teníamos.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y se las entregué.

—Tiene una rueda pinchada. No podrás moverlo.

—Gracias por el dato, idiota —dijo y los dos se carcajearon en mi cara. Lo cierto es que tenía razón. Probablemente, por cómo me miró, deduje que uno de los dos era quien me había rajado el neumático. Luego se dirigió a su compañero—. Mantenlos aquí. Te avisaré cuando esté listo.

—Hecho.

El dueño del bar salió por las escaleras y cerró la escotilla. Miguel se sentó en los escalones, sin dejar de apuntarnos y encendió un cigarrillo mientras nos vigilaba.

—¿Qué vais a hacer con nosotros?

—Pronto lo sabréis.

—Nos encontrarán.

—Lo sé.

—Lo digo en serio. Llamamos demasiado la atención como para que nadie se moleste en desenterrar esta historia…

El tipo fumaba tranquilo, sujetando el cigarrillo con una mano y el gatillo de la escopeta con la otra.

—Eso no está funcionando, Gabriel… —me susurró Rosario al oído.

Carraspeé y cambié de estrategia. Debía jugar todas las cartas que tenía, por muy malas que fueran.

—Miguel, por favor… Esto no tiene nada que ver contigo. Lo sabemos todo, pero tú aún estás a tiempo de salvarte.

El tipo se rio por la nariz. La situación era crítica y estábamos lo suficientemente escondidos y lejos de todo como para que nos localizaran. Rosario seguía a mi espalda, con el corazón en un puño y la respiración profunda. Sin decirme nada, me cogió la mano con fuerza y apoyó su barbilla en mi hombro.

—Tiene gracia, escritor… Eso fue lo mismo que te dije cuando empezaste a hacer preguntas… Desafortunadamente, ahora no puedo decir lo mismo… El tiempo se ha terminado para vosotros.

38

La espera se hizo larga y pesada, hasta que reconocí el sonido del motor de mi Boxster en la carretera. Fue una sensación extraña la que me recorrió por dentro.

—Bien… Ya está aquí —dijo Miguel, que empezaba a mostrar síntomas de cansancio y comprobó la hora en su reloj de pulsera—. Por culpa de ustedes, no podré dormir antes del trabajo.

Rosario dio un paso al frente y no entendí muy bien con qué intención. El hombre levantó el cañón y le apuntó al pecho.

—Quietecita… —dijo, emitiendo un sonido gutural de enfado. La puerta del bar se abrió y luego se cerró con fuerza. Los pasos se acercaron por encima de nosotros y después vimos la cabeza de ese hombre asomando por la escotilla.

—El coche ya está listo —dijo e hizo un gesto con el pulgar—. Sácalos.

—Ya lo habéis oído —se puso en pie y se acercó a nosotros para empujarnos con el cañón de la escopeta. Yo salí el primero y me siguió mi compañera. No sabíamos cuál era el plan que tramaban para deshacerse de nosotros y eso me perturbaba todavía más.

Llegamos a la superficie, al otro lado de la barra, donde nos esperaba el dueño del bar empuñando un cuchillo carnicero en la mano. Rosario lo miró a los ojos, con asco y él se acercó a ella y le sonrió a escasos centímetros de su rostro. Después levantó el cuchillo y acarició el moflete de ella con la hoja.

—Debería rebanarte el pescuezo por lo que me has hecho, guapa… —dijo a modo de broma—, pero sé que no es algo personal.

Ella le escupió a la cara y yo cerré los ojos preguntándome por qué habría hecho aquello. La cara del roquero cambió por completo, pasando de la guasa al enfado más enfermizo. Despacio, se limpió la saliva con la mano. Después le respondió con un

guantazo que tiró a la andaluza al suelo. Cuando reaccioné, tenía el cañón de la escopeta clavado en la nuca.

—Tranquilo, machote —me dijo el otro por la espalda.

—¿Cómo te atreves, mamonazo?

—¿Cómo me atrevo? —preguntó Javier, sosteniendo el cuchillo en la mano—. Da gracias que no la he abierto en canal. Menuda serpiente venenosa es tu amiga.

Miré a Rosario, que se recomponía lentamente y asintió con la cabeza para comunicarme que estaba bien. A pesar de su piel tostada por el sol, el sopapo le había dejado el rostro enrojecido.

—Antes de que sigas, debes saber que la policía me está buscando. Mi editor tiene una orden de llamar a la comisaría si no doy señales en las próximas horas.

—Tu editor, ¿eh?

—Sí.

—Te lo dije, Javier. Llamaría demasiado la atención.

—Permite que me ría en tu cara —dijo, sin perder los nervios—. ¿Qué más te vas a inventar?

—Me buscarán desde Sevilla si no regreso a la redacción.

—Otra que tal baila… ¿No te has hartado de hacer el ridículo, niña?

—La policía está al corriente de toda la información que he recabado. Saben lo que le hiciste al irlandés, después de descubrir que abusó de tu hermana…

Las palabras provocaron un momento de tensión y pensé que no habían sido las más acertadas cuando levantó el cuchillo. Los dos intercambiaron miradas de sospecha. Estaba claro que era el viejo roquero el que mandaba allí dentro. Ante la burla, Javier le hizo un gesto para que el otro no se alterara.

—Os creéis muy listos, ¿verdad? ¿Algún último deseo?

—Tu hermana hablará, tarde o temprano —añadió Rosario, siguiéndome el juego. Ahora, mis suposiciones se convertían en hechos—. No puede ni debe callar algo así.

—Será mejor que cierres el pico, nena, si quieres conservar la lengua —le dijo, rudo, luego se dirigió a mí—. No tienes ni idea de lo que ese cerdo irlandés le hizo. Como hermano, actué como debía, por su honor y por el mío, aunque no fuese lo correcto para algunos. Aun así, fue injusto porque ese cabrón no sufrió lo

suficiente. Mi hermana lo recordará hasta que se muera.

—¿Y Barbara Locke? ¿Qué culpa tuvo ella?

Los dos se rieron.

—Ninguna.

—Rebuscar en la mierda nunca ha sido buena idea —añadió el otro, dándome empujoncitos con el cañón—. Te arriesgas a resucitar los fantasmas del pasado, escritor…

—Si juegas con fuego, es probable que acabes quemándote… Esa vieja borracha no quería ayudar, sino lucrarse a cambio del dolor ajeno. Al parecer, no tenía un penique y estaba desesperada por cobrar otro adelanto. Sin embargo, le advertí que se buscara otra historia, pero no hizo caso y decidió seguir adelante. Vaya… Al final, siguió los pasos del irlandés.

—Eres un descerebrado.

—¿Yo? Para nada. Solo soy un desgraciado al que le jodieron la vida, mandándolo al extranjero, por haber protegido a su hermana pequeña. ¿Cómo lo ves, escritor? Basta ya de cháchara. Pronto saldrá el sol.

—¿Qué nos vais a hacer? —preguntó Rosario.

—Si os lo digo, perderá la gracia —respondió, limpiándose las manos con un paño de cocina—. Será divertido, innovador… y todos pensarán que fue un accidente.

—¿Un accidente?

—Deberías hidratarte… —dijo, cambiando el tono de voz hacia uno más profundo y ofreciéndome un vaso de agua—. Bebe.

—No, gracias.

—Es una orden —dijo, insistiendo con el cuchillo.

Bebí el agua de un trago.

—Ahora, dormirás un rato.

—¿Qué?

La pregunta no obtuvo respuesta y, cuando quise reaccionar, el brazo de Miguel me enroscaba por detrás y un paño empapado de cloroformo me tapó la nariz. La intensidad del olor me dejó sin fuerzas y, en cuestión de segundos, mi cuerpo se desvaneció como un muñeco de goma.

39

Desperté rodeado de una esencia que me resultaba familiar. Estaba sentado en un asiento cómodo y, al abrir los ojos, vi a Rosario a mi lado, inconsciente en el asiento del copiloto. Debido al mareo, tardé varios segundos en darme cuenta de que estábamos en el interior de mi coche, pero eso era solo la primera señal del extraño viaje sensorial que estaba experimentando. Todo se movía y me costaba pensar con claridad. No sabía cuánto tiempo había pasado hasta llegar allí, pero estaba convencido de que el cloroformo no generaba esa reacción alucinógena. Miré a mi alrededor y vi la montaña, rodeada de luces, creciendo y menguando. Después dirigí la mirada a mis manos, que estaban sobre el volante y sentí que este se derretía entre mis dedos.

—Maldita sea… Rosario… —decía, balbuceando a causa de la deshidratación—. ¿Estás ahí?

—Gabriel… Mis piernas… —murmuraba, con los ojos cerrados y agarrándose con fuerza a la tapicería del asiento. Es curioso que me acuerde de todo, pero era la primera vez que experimentaba un colocón como ese. Las piernas de Rosario estaban en su sitio, bajo el salpicadero, o al menos eso percibí en mi estado. Desconocía cómo habíamos llegado hasta allí, pero sentía que estaba pegado al asiento del coche con cola de contacto. Miré al frente y observé una autopista cuesta abajo, que luego subía hacia el cielo como una rampa de salto de esquí.

«Relájate, Gabri… Respira hondo y no te muevas», me repetía, buscando la manera de que se me pasara el efecto. Pero eso no iba a suceder tan rápido, por mucho que insistiera. En un estado como aquel, lo más probable era que provocara un accidente mortal.

De repente, a ambos lados del vehículo, aparecieron dos ogros con figura humana y de color verde. Uno de ellos se acercó a mí y arrancó el motor. Se reían fuerte y me animaban a acelerar.

—Vamos, escritor… Todo el mundo te recordará por esto —decía con la voz distorsionada. El otro se reía con él—. Corre y escapa hacia tu destino.

Pese a los ánimos, me sentía atrapado y agobiado. Lo único que quería era salir de allí y estar a salvo con Rosario, fuera de ese lugar. Miré la caja de cambios y coloqué la mano sobre la bola de la palanca. Esta brilló entre mis dedos, como si fuera una luz celestial. Después, pisé el pedal de embrague y metí la primera marcha.

—Eso es… ¡Muy bien! —dijo la voz que tenía a mi lado.

El vehículo empezó a moverse hacia delante y un estado de felicidad se apoderó de mí. Estaba escapando y no podía creerlo. Cuando avancé unos metros, sentí el zumbido de un insecto que se acercaba a toda velocidad hacia nosotros, como un enjambre de avispas enfurecidas.

No podía verlo, ni sabía por dónde venía, pero percibí el pánico en los dos ogros que nos custodiaban.

El zumbido irrumpió como una motosierra en la oscuridad y un atisbo de sobriedad me devolvió a la realidad por unos momentos. Inesperadamente, Rojo apareció en su moto con una cadena gruesa en la mano. Sin apearse, desarmó a cadenazos al empleado de mantenimiento hasta dejarlo inconsciente. Después vació la escopeta y la tiró lejos de su alcance.

El dueño del bar echó a correr en dirección opuesta, pero Rojo no parecía detenerse. Saltó sobre el coche, abrió la puerta y me sacó a la fuerza, lanzándome al suelo. Eso provocó que el vehículo se frenara y el motor se apagara. Seguía narcotizado, aunque empezaba a darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. Me puse en pie con dificultad, mientras el inspector iba a la caza del otro. Rosario seguía en un estado mezclado entre alucinaciones y sueños.

Tiré del freno de mano y me aseguré de que el vehículo no iría a ninguna parte.

—Rosario, despierta… —le susurraba, dando suaves palmadas en su rostro para que recobrara la conciencia—. Por favor, no te duermas…

En ese instante, divisé la figura de Rojo acercándose rápidamente hacia el corpulento agresor. El roquero se enfrentó a él, manejando el cuchillo con agilidad. Un rápido golpe de cadena alcanzó las costillas del grandullón, seguido de otro que lo dejó

inmovilizado en el suelo. Mientras yacía de rodillas, soltando el cuchillo, Rojo se preparó para asestar un golpe final con la cadena.

—¡Madero, hijo de…!

Dejé a Rosario en el coche y me dirigí hacia la escena. Necesitaba que Javier viviera para enfrentar las consecuencias de sus actos. Desde lo alto, Rojo lo observaba implacable, aunque su rostro permanecía en penumbra. Podía adivinar lo que pensaba en ese momento. La luz de la luna resaltaba parte del perfil de Miguel mientras miraba hacia arriba. La expresión del roquero lo decía todo.

—Piensa el verdugo que él es el único… —susurró Rojo.

—Tú eres madero, te he visto antes…

Hubo unos instantes de silencio.

—No —respondió finalmente—. No me has visto nunca.

El inspector tomó aire, asiendo la cadena con determinación, preparado para cumplir su juicio, y Javier comprendió el inexorable destino que le esperaba. Rojo dio un paso adelante y el roquero retrocedió.

—¡No! —grité, viendo cómo estaba a punto de caer al abismo.

La luna resplandecía, iluminando aún más su rostro, que ahora esbozaba una sonrisa. Rojo permanecía inmóvil, observándolo.

El viejo roquero cayó al vacío y unos instantes después se oyó su impacto en el agua. Luego, el inspector tomó el cuchillo y soltó las cadenas.

—¡Oh, por Dios! —lamenté, sin atreverme a mirar. Ahora, Rojo me observaba por encima del hombro, empuñando el cuchillo carnicero con el que lo habían atacado—. Lo sabías, ¿verdad?

—No. —De pronto, percibí algo que antes no había notado—. No te muevas de aquí.

—¿A dónde vas?

Sin dar explicaciones, él se precipitó en dirección opuesta.

Me giré y vi cómo se acercaba al empleado del hotel, quien se arrastraba con dificultad, sosteniendo la escopeta y buscando uno de los cartuchos esparcidos por el suelo.

Al notar la presencia de Rojo, Miguel se apresuró a recargar el arma. Rojo se abalanzó sobre él, levantando el cañón para evitar que disparara. El rifle cayó al suelo, nuevamente cargado. Miguel le propinó un puñetazo en el rostro, pero Rojo se revolcó y giró en

busca de su escopeta.

—Madero asqueroso… De esta no sales —dijo agotado, buscándolo con la mirada, sin encontrarlo—. ¿Dónde estás?

En un momento de confusión, el inspector emergió entre los arbustos y le asestó una puñalada mortal en el estómago. El hombre cayó al suelo, apagándose lentamente. No podía creer lo que veía, pero Rojo me había salvado la vida una vez más. Con Rosario aún adormilada en el coche, un sentimiento de alivio se apoderó de mí.

El inspector se acercó a mí con paso decidido y se quitó los guantes de cuero.

—Será mejor que os larguéis, antes de que salga el sol y os vea alguien… —dijo con una serenidad asombrosa.

—Pero…

—¿Sigues confundido?

—Estoy mejor. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Recuerdas cuando te dije que el asesino de Locke era alguien que hablaba inglés perfectamente?

—Sí.

—La recepcionista es la única que tiene un nivel alto en la escuela de idiomas. Cuando investigué sus vidas, ahondé en el historial de su hermano y descubrí que había trabajado aquí antes… Después de lo ocurrido, los dos hermanos pasaron una temporada en el Reino Unido. Ella regresó la primera y él tardó varios años en recuperar su vida… Digamos que conecté las pistas e hice mi trabajo.

—Y lo vigilaste.

—Sí.

Fruncí el ceño, confundido.

—Pero, me dijiste que Locke…

—Te dije la verdad. Estaba en una situación difícil y vino a resolver sus problemas.

—Entiendo.

—Tenía a ese desgraciado bajo vigilancia, pero me faltaban pruebas —explicó y se rascó el mentón—. Después de hablar contigo y conocerte, supe que no tardarías en descubrirlo… y él en darse cuenta de que lo estabas siguiendo.

—Me has utilizado como cebo… una vez más.

—No lo tomes como algo personal.

—Hay algo que no entiendo.

—No hay nada que entender. Las cosas suceden y no siempre como nos gustaría.

—¿Por qué no lo has detenido?

Rojo hizo una pausa, esta vez más larga y me miró fijamente, decidido a concluir la conversación.

—Hay suficiente gente en la cárcel, Caballero. ¿Puedes conducir?

Miré hacia la cuesta y ya no veía otra cosa que una carretera de asfalto, naturaleza y edificios.

—Supongo que sí.

—Vete, yo me encargaré de resolver esto. Mantente al margen, ¿entendido?

—Por supuesto.

Se giró hacia Rosario para asegurarse de que no había presenciado nada.

—Mantenla a ella, también —señaló—. Sé que confías en ella, pero yo también confío en ti, y no por ello bajo la guardia cuando te tengo cerca. No le quites el ojo de encima.

Sus palabras me hicieron sonreír.

—No lo haré.

—Ahora, largo. Olvida lo ocurrido, date una ducha y descansa.

—Gracias…

—*Bona nit.*

Dejé a Rojo en medio del desastre y caminé hacia el coche. Metí la llave, arranqué y salí de allí despacio. Rosario comenzó a despertar, aunque seguía alelada.

Me alejé con sumo cuidado y atravesé la playa que quedaba a mi izquierda. En cuestión de minutos, llegaríamos a nuestra habitación y todo terminaría para siempre.

—¿Gabriel, eres tú?

—Descansa, todo ha sido un mal sueño…

—¿A dónde me llevas?

—A un lugar seguro, Rosario, a un lugar seguro…

40

Toda la población de la Cala Lanuza se mostró consternada ante lo sucedido. Los equipos de rescate recuperaron el cadáver de Javier del mar y lo trasladaron a las instalaciones forenses de la ciudad de Alicante. Rojo se encargó de la versión oficial, que apuntaba a una pelea y un ajuste de cuentas entre el empleado del hotel y el dueño del bar. Todos los vecinos y trabajadores del complejo turístico conocían los temperamentos de ambos y la afición que compartían por la bebida. El aparente motivo de la discusión fue una deuda económica que el empleado de mantenimiento tenía desde hacía tiempo. La desgracia los llevó a una riña que terminó con el violento ensañamiento con arma blanca del propietario del bar y, posteriormente, el suicidio de este.

Esa mañana, la noticia no trascendió más allá de los comentarios entre los huéspedes extranjeros, quienes apenas se enteraban de lo sucedido y no lograban poner rostro a las víctimas. Una de las ventajas de aquel lugar era que nadie se quedaba demasiado tiempo como para recordar las caras de los demás.

La noche anterior, Rosario durmió de un tirón en mi cama debido a la intoxicación y al cansancio que arrastraba. Una vez que la dejé entre almohadas, me duché e intenté conciliar el sueño en el sofá. A pesar de las dolencias, el cansancio y todo lo acontecido, mi cabeza no dejaba de preguntarse por los motivos que llevaron a Rojo a hacer aquello. En el fondo, yo tenía la respuesta, pero no quería escucharla. Me había salvado la vida, una vez más, y esta vez por partida doble. Sin embargo, también se estaba protegiendo a sí mismo, de alguna manera. Me cuestioné si aquel asunto de las autoridades extranjeras había sido una mentira piadosa para ahuyentarme, o si realmente la justicia europea tenía interés en encubrir el caso de Locke o MacDonnell con el fin de descubrir algo más. No podía saberlo y Rojo no me lo contaría. Lo cierto era que la

costa española había sido y, por desgracia, seguía siendo durante muchos años, el refugio de depredadores sexuales que se escondían de las autoridades de sus países de origen, buscando una vida nueva en un lugar donde nadie los conociera.

Esa mañana, dejé a Rosario descansar hasta que lo necesitara y subí al bar para tomar un café y desayunar antes de abandonar el lugar. La historia había terminado y no estaba dispuesto a escribirla. Por suerte, la policía no rondaba por allí a esas horas, lo que me generó una paz necesaria después de tantos acontecimientos.

Encontré a Sonia tras la barra de la cafetería. Tenía un aspecto cansado y no parecía muy triste por lo sucedido.

—Un café y media tostada con tomate y jamón, por favor —le pedí tras saludarla—. Si no te importa, lo voy a tomar afuera.

—Claro, por supuesto —dijo, un poco desorientada—. ¿Te has enterado de lo último?

—¿De qué? —le pregunté, haciéndome el despistado.

—Julián ha sobrevivido a la descarga eléctrica.

—¿Cómo? Increíble. Es una gran noticia.

—Sí. Lo sé… todos pensábamos que había fallecido —dijo ella y agachó la mirada—. ¿Sabes por qué está la policía aquí?

No quise seguir fingiendo.

—Sí.

Ella suspiró profundamente.

—Voy a dejar este sitio para siempre —afirmó, preparando el café—. Soy demasiado joven para soportar tantas cosas… A menudo ocurre alguna desgracia. Es como si estuviera maldito. Lo puedes oler en el ambiente…

—Tal vez sea algún fantasma.

—No lo sé… Toco madera —dijo e hizo un gesto supersticioso —. Quizá nunca fue buena idea construir en esta montaña.

—Es probable que tengas razón.

Aboné la cuenta, me dirigí a la mesa y me senté en una silla, sin quitarme las gafas de sol, esperando a que Sonia me sirviera el desayuno. El cielo estaba despejado, la mañana era silenciosa y el canto de las gaviotas se escuchaba a lo lejos. La mañana tenía todos los ingredientes para convertirse en un día perfecto, si no fuera porque no lo iba a ser. Los malos augurios no tardaron en

manifestarse cuando sonó el teléfono móvil en el interior de mi bolsillo del pantalón corto. No esperaba ninguna llamada ese día, pero había gente que sí esperaba la mía con interés.

Reconocí el número al instante. Era mi editor.

—¿Sí?

—No he recibido nada, Gabriel… —dijo el editor, sarcástico y con voz burlona—. Supongo que debe de haber un problema con el servidor de correo electrónico…

—No. No hay ningún problema.

—Ah, ¿no? —preguntó, cambiando hacia la ofensa.

—No. No te he enviado nada porque no he escrito nada.

—Ajá.

—Lo siento, de veras.

—¿Y a qué se debe?

—No he tenido tiempo.

—¿No has tenido tiempo?…

—¿Podemos hablar más tarde? Me gustaría desayunar tranquilo —le dije, soberbio, sabiendo que mi pregunta era un fin absoluto e inmediato, no solo de la conversación sino también de la relación contractual que teníamos.

No era mi manera de actuar con el mundo, pero moría de ganas por mandar al carajo a ese editor. Después de todo, alguien tenía que darle a probar su propia medicina.

—Gabriel Caballero… —dijo, elevando el tono de voz con impotencia y furia—. ¡Cómo tienes la santa cara tan dura para decirme que…!

Colgué.

El silencio regresó a la mesa.

Así puse fin a un problema que yo mismo me había buscado en esa soleada mañana. Luego, respiré hondo y recordé a Barbara Locke. El mito se había comido a la persona y su realidad no distaba de la mía. Ella lo hizo por interés, no por descubrir la verdad. Sin darme cuenta, había cometido el mismo error que casi me lleva a la ruina.

De pronto, oí el claqueteo de unas alpargatas que se acercaban por detrás. Pensé que era Sonia, pero me sorprendió ver a Rosario vistiendo de nuevo una de mis camisas y un pantalón corto de color caqui que había cogido de mi equipaje. Era increíble cómo

cualquier cosa le sentaba bien y cómo no le importaba vestir mis prendas.

Silenciosa, se sentó a la mesa frente a mí y cruzó las piernas. La observé atento y preferí que fuera ella quien hablara. Tardó varios segundos en animarse a hacerlo:

—El último café… supongo.

—Nunca es el último —le dije mientras Sonia se acercaba con la bandeja. Rosario pidió un café con leche y media tostada con aceite y queso blanco para ella.

—Mi tren sale en dos horas.

—Vaya. Esa sí que es una noticia. Pensaba que…

—Los he comprado antes de meterme en la ducha —dijo y se acercó para hablar cerca de mí—. Gabriel…

Negué con la cabeza antes de que siguiera. Sabía cuáles eran sus intenciones y no estaba dispuesto a abrir ese melón.

—Olvídate de esta historia, Rosario. Como buena periodista, entenderás que no todo es noticiable, ni todo vale para convertirlo en una noticia.

Ella reprimió sus palabras, infló el pecho y se mordió el labio inferior. A pesar de las ganas que tenía por hablar del asunto, sabía que solo provocaría más daño.

—Tú ganas, pero eso no significa que te dé la razón.

—No importa. No quiero tener la razón.

—¿Cómo puedes pretender que nada ha sucedido?

—Es más fácil olvidarlo y continuar con nuestras vidas.

—Ah, ¿sí?

—Cuanto antes abandonemos este lugar, antes podremos pasar página.

—¿Realmente quieres pasar página? —preguntó, pero Sonia nos interrumpió de nuevo, con el café y la tostada.

No entendí muy bien a qué se refería, si a la historia que habíamos presenciado o a la que habíamos vivido juntos. Tal vez me hubiera expresado mal y la conversación derivara en un malentendido. La verdad es que no iba a olvidarme de los besos, ni de las caricias, ni de su piel o de su sonrisa blanca. Uno no olvida lo que no quiere olvidar, y menos cuando se trata de los momentos dulces de la vida. Rosario podía ser un terremoto de persona cuando lo quería, pero su presencia tenía cierto magnetismo que me

hacía quererla cerca. Lamentablemente, no era el mejor día para expresarme, ni para tener conversaciones profundas con ella. Los restos de la jaqueca, la resaca, la confusión de lo ocurrido la noche anterior y la falta de descanso agitaban una coctelera de emociones que no lograba descifrar. Ni siquiera era capaz de adivinar de dónde procedían las molestias y por qué.

La miré, sonreí y eso fue todo lo que le dije.

¿Qué esperaba?, me pregunté al observar su expresión. Después de todo, había sido ella la que había comprado los billetes.

Entendí que nuestros encuentros iban a acabar siempre de la misma manera, con interrogantes sin resolver, con tensas despedidas y elucubraciones sobre lo que pudo ser y no fue. Así que comencé a hacerme a la idea de que debía acostumbrarme a ellos si no quería terminar tocado y hundido.

Más hundido de lo que solía estar.

41

Tras terminar el desayuno, estacioné el coche en la calle mientras Rosario esperaba en su interior. Luego, recogí mi bolsa de equipaje y me dirigí a la recepción para devolver las tarjetas del apartamento. Después de la noticia que Sonia me había dado, firmé el ejemplar que Julián me había entregado antes del accidente y se lo dediqué con afecto.

«Estimado Julián, soy un mal perdedor… pero reconozco que ganaste la apuesta. Te debo un trago. Que tengas una pronta recuperación. Gabriel».

Pensé que esa dedicatoria le alegraría mientras se recuperaba en el hospital. Sin embargo, al llegar a la recepción, me sorprendió ver un rostro conocido. Cristina estaba allí, tras el mostrador, pero su expresión era gélida y distante, muy diferente a la calidez que solía mostrar. Su palidez me impactó, parecía casi transparente. Traté de actuar con naturalidad, aunque me costaba comprender que estuviera trabajando después de la muerte de su hermano.

—Buenos días. ¿Ya se marcha, señor Caballero? —preguntó con total indiferencia—. Espero que su estancia haya sido provechosa.

Su actitud robótica me desconcertó aún más.

—Cristina, ¿estás bien?

—No olvide rellenar la encuesta de satisfacción —dijo, esbozando una sonrisa fingida, mientras deslizaba un folio sobre la repisa.

Tomé el folio y lo dejé a un lado.

—Tú me lo advertiste desde el principio…

—No sé de qué me habla.

—No deberías estar aquí —le dije, intentando entender su actitud—. Sé lo que pasó y qué te hicieron. También sé que te fuiste y que regresaste a este lugar, pese a todo… Has sido muy valiente protegiéndolo todos estos años. No obstante, es tu hermano quien…

—¡Basta! —gritó, dando un golpe en la mesa. De repente, su verdadero carácter afloró. Nadie puede ocultar el dolor indefinidamente—. No tiene ni idea de lo que habla. No se imagina lo que ha significado todo este tiempo…

—Nadie mejor que tú sabe lo que es cargar con todo ese peso… pero eso no te convierte en culpable ni responsable de lo sucedido.

—La vida sigue, señor Caballero.

Observé sus ojos brillantes, al borde de las lágrimas. No podía ni siquiera concebir el dolor que había experimentado y tragado durante todos esos años, no solo por lo que le habían hecho, sino también por convertirse en el centro de atención de todos a su alrededor.

—La vida sigue, pero no merece la pena vivirla así, sin curar las heridas que llevamos dentro.

—Hay heridas que jamás llegan a sanar.

—Mereces ser feliz —le contesté poniendo fin a la conversación y le entregué el libro que había firmado—. Por cierto, esto es para Julián. Te agradecería que se lo dieras de mi parte. Seguro que le alegrará recuperarlo.

Ella miró el libro y esbozó una ligera sonrisa.

Salí de allí y me dirigí a la puerta que daba al exterior.

—Puede que ahora, finalmente… pueda alcanzarlo algún día.

Me detuve y la miré de reojo.

—¿El qué?

—Ser feliz.

Abandoné el edificio con una extraña sensación en mi interior, hasta que vi la melena de Rosario en el reposacabezas y su mano jugando con el dial de la radio. Me acerqué a la parte delantera, abrí el maletero e introduje mi bolsa de equipaje. Cuando cerré el capó, encontré a la andaluza con las gafas de sol puestas y los pies sobre el salpicadero, sensual y mirándome de manera jovial y tranquila mientras mascaba un chicle.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó, curiosa.

Levanté la mirada y vi una silueta familiar en lo más alto del edificio. Era Sabrina, observándome desde la inmensidad de su suite, vestida con un pareo blanco que se movía con la brisa de la mañana y con los brazos extendidos en el balcón. Por las escaleras blancas, vi la figura de Samuel, bajando los peldaños con la

tranquilidad que acostumbraba, como si nadie le viera, como si nada hubiera sucedido en las últimas horas. Pensé en Miguel. Puede que fuese un borrachín, pero estaba en lo cierto sobre algo y también equivocado a la vez: el fantasma que habitaba en aquel complejo llevaba despierto más tiempo de lo que él imaginaba… y no parecía estar dispuesto a marcharse de su casa.

Lástima que jamás lo viera de esa manera.

Subí al coche, dejé que Coltrane sonara por los altavoces y puse rumbo a la estación de ferrocarril.

42

La estación de trenes de Alicante era uno de esos lugares que albergaban sentimientos encontrados: recuerdos alegres y tristes, inicios de etapas y finales de capítulos que se cerraban a la fuerza. Me resultaba curioso que, siendo de allí, sintiera una sensación de despedida cada vez que cruzaba su enorme puerta, como si dejara marchar un pedazo de mí, como si mi corazón se transformara en otro, más frío y menos puro, cada vez que salía de allí. Aquella mañana, a pesar de haber dejado atrás el truculento episodio de la Cala Lanuza, la inquietud seguía dentro de mí, como un escalofrío que no se pasaba del todo. Tal vez fuera por Rosario o por la sensación de haber dejado a medias una verdad en el aire. No había nacido para ser un héroe, pero el sentimiento periodístico de que la verdad debía ir siempre por delante brotaba dentro de mí con más fuerza que nunca. Quizá esas vacaciones truncadas habían hecho resurgir al reportero que llevaba dentro. No lo sabía. Como tampoco sabía si lo que estaba pasando entre Rosario y yo llegaría a alguna parte. Algo en mi interior me decía que nuestros caminos no se cruzarían más adelante.

Estacioné en el aparcamiento y acompañé a Rosario a los andenes. El panel indicaba la salida de su AVE con destino a Madrid. Desde allí subiría a otro tren que la llevaría a la capital andaluza. Le quedaba un largo viaje por delante para reflexionar sobre lo sucedido y, sobre todo, para decidir qué hacer con todo lo que había visto, oído y sentido. Y no me refería a nosotros, sino a la historia de esa chica y todo lo que la rodeaba.

—Es el momento de irme —dijo al oír la voz metálica por el altavoz, que anunciaba la salida de su tren. Caminó hacia la cola y se detuvo para girarse hacia mí. Nuestros ojos se encontraron. Era difícil resistirse a la mirada hipnótica de color esmeralda con la que el de arriba la había dotado. Se mordió el labio inferior, vacilando a

la hora de soltar lo que llevaba dentro.

—Odio las despedidas —le dije, rompiendo el hielo y, antes de convertir aquello en un drama, tomé la iniciativa—. Ven.

Nos abrazamos con fuerza y sentí su perfume, su barbilla clavada en mi hombro, como había hecho horas antes, ante la posibilidad de morir juntos bajo los efectos de las drogas. Una muerte de lo más rocambolesca, pero una triste manera de morir, al fin y al cabo, con tanto por hacer y por vivir.

—Gracias por todo… —me susurró al oído, acariciando mi lóbulo derecho con sus labios. No me resistí a aquello y nuestros labios tardaron poco en encontrarse para fundirse en un apasionado beso. De pronto, fue como si la tormenta se hubiera marchado y la tensión se hubiese disipado por completo, provocándome una inmensa relajación en el cuerpo, generándome la agradable sensación de que todo había pasado.

Ella suspiró, sonriente, tímida y con cierta picardía en su mirada.

—Mi tren —dijo, señalando al convoy—. Es hora de marcharme… pero nos volveremos a ver, ¿verdad?

Una frase dulce, de despedida a medias, producto de las endorfinas y del momento de pasión. Por desgracia, tenía la mala experiencia de conocer el desenlace de aquellos arrebatos hormonales cuando estos se enfriaban.

—Supongo que sí.

Ella se rio por la nariz y se despidió con la mano.

La observé alejándose hacia el control y decidí dar la vuelta para marcharme, cuando oí su voz.

—¿Gabriel?

Me giré y la vi, a medio camino, meciéndose el pelo hacia atrás, como si estuviera a punto de confesar algo.

—¿Sí?

—Me debes una.

—¿Yo? ¿A santo de qué?

—Te guardaré el secreto.

Arqueé una ceja y sonreí, suponiendo que formaba parte de uno de sus juegos.

—¿Qué secreto?

—La verdad de los hechos… —dijo y me regaló una sonrisa

misericordiosa—. Estaba despierta en el coche. Vi todo lo que pasó ahí arriba…

—¿Cómo?

—Todo —susurró en silencio, lanzándome un beso al aire y guiñándome el ojo derecho.

De pronto, sentí un sudor frío y pegajoso por todo el cuerpo, dejándome sin aliento y sin habla.

—¡Rosario, espera! —exclamé, reaccionando, cuando un numeroso grupo de jóvenes viajeros con mochilas a la espalda se cruzó en mi camino e impidió que la viera. Me abrí paso entre ellos, apartándolos de mi camino, pero Rosario había desaparecido.

Cuando quise darme cuenta, la avisté a lo lejos, entrando en su vagón.

Suspiré profundamente. Se lo había guardado hasta el final. Entonces recordé la razón por la que detestaba esa estación.

Ahora, nuestro secreto iba rumbo a Sevilla.

43

El teléfono dejó de sonar en los días siguientes. Ni Abelló, mi editor, ni la prensa, ni siquiera la policía. No mencionaré que Rosario se dignó a enviarme un mensaje de texto para asegurarse de que había llegado a salvo. Y del inspector Rojo, mejor ni hablar.

Me sentía como si la tierra me hubiera tragado, no porque lo hubiera deseado, sino porque me encontraba sin trabajo, sin que nadie estuviera interesado en contratarme. Gajes del oficio, pensé, al menos del oficio que solía conocer. Sin embargo, no me importaba en realidad; disfrutaba del anonimato que tanto había añorado.

Era mediodía y me encontraba tomando una cerveza en el Bar Guillermo, apoyado en la barra, leyendo la edición comarcal del diario Información y deleitándome con un pincho de tortilla. En ese momento, sentí una sombra acercándose por detrás. Reconocí de inmediato el olor a cuero de su chaqueta, que antes solía mezclarse con colonia, nicotina y los olores de su moto, aunque ahora estaba irreconocible desde que había dejado de fumar.

—Vaya… Hacía tiempo que no venías por la oficina —le comenté al inspector, al reconocerlo, y doblé el periódico para colocarlo en su lugar—. No es casualidad, ¿verdad?

—¿Qué le pongo, inspector? —preguntó el camarero.

—Una caña —respondió, quitándose las gafas de aviador y tomando el taburete junto a mí—. Y un montadito de lomo y otro de longaniza.

El Bar Guillermo aún no estaba lleno a esa hora, aunque el bullicio y los empujones pronto llegarían.

—¿Tienes un agujero en el estómago o algo así? —pregunté, bromeando.

—No, pero hoy invitas tú.

—Vaya, soy el último en enterarme…

—¿Y tu amiga? ¿Ya se fue? —preguntó, tomando un trozo de pan y sirviéndose el resto del pincho de tortilla que yo había pedido —. Pensaba que se quedaría en tu casa.

—¿En mi casa? —dije, recordando el momento en que me confesó lo que había presenciado esa noche. Sabía que a Rojo no le agradaría la idea, aunque se mostrara indiferente—. No…

—¿No estáis liados?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—¿Nosotros?

—Es obvio, Caballero. Te conozco y no hace falta ser un experto para darse cuenta.

—No te voy a mentir, pero tampoco te diré que tenemos algo… Es complicado, Rojo…

—La vida es complicada. Encontrarás una solución.

—Gracias.

—Los montaditos —intervino el camarero y le entregó el plato, que Rojo colocó entre nosotros.

Acto seguido, me hizo un gesto, ofreciéndome ser el primero.

—¡Vamos, come! —insistió—. El otro es para ti.

—No tengo mucho apetito.

—Tú mismo… —dijo y le dio un bocado al suyo. Después bebió de su vaso de cerveza—. ¿Cuál es tu próxima aventura?

—¿Ahora?

—Sí, me refiero a tu trabajo. De algo tendrás que vivir, ¿verdad?

—Me las apañaré —respondí y noté la sospecha en su mirada—. ¿Te pasa algo en la cara?

—No, nada —dijo y dio un segundo bocado—. Solo preguntaba, nada más.

—No voy a contar nada, ni a vender la historia. No quiero volver a saber del asunto.

—Ni yo… —respondió, terminó el montadito y se aclaró la garganta con un trago de cerveza. Después, se acercó a la barra para pedir un café—. En ese caso, Caballero, *tot fet*.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ya lo estás haciendo —dijo y le hizo un gesto al camarero para que no se moviera—. ¿Quieres otro café?

—Te estoy hablando en serio, Rojo.

—Y yo, responde.

—Un café solo —le dije y resoplé—. Te conozco desde hace años y aún me pregunto cómo puedes dormir por las noches. ¿Cuál es el secreto?

—El secreto, *amic meu*, está en hacer lo correcto… no lo que el sistema te dice que es lo correcto para ti —respondió, jugando con las migas de pan sobre la superficie de madera—. Lleva trabajo, más del que piensas, pero cuando consigues dominar tu realidad, así es como logras dormir a pierna suelta.

—No suena muy filosófico.

—No pretendo que lo sea… Soy policía, no profesor de instituto. Mi trabajo es otro.

—Entiendo el mensaje.

El camarero dejó los cafés sobre la vitrina de cristal y el inspector los trajo.

—Entonces, ¿vas a volver a Sevilla? —preguntó con sorna—. Hazme caso, solo puede salir algo bueno de esa relación.

—Vete al cuerno…

Ambos reímos y tomamos el café tranquilamente, acompañados del ruido de los comensales que estaban en las mesas e incluso de pie.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté, curioso por su futuro.

—Trabajar. Es verano y hay mucho cafre suelto por esta zona —comentó y terminó el café, dejando la taza en el platillo. Después comprobó la hora—. Cuídate, Gabriel. Espero verte pronto, en otras circunstancias… Gracias por el almuerzo.

—No hay de qué.

—Llama a esa chica y no seas bobo —aconsejó y se despidió dándome una palmada en el hombro—. *Adéu*, juntaletras.

—Por supuesto… —dije y vi cómo salía del Bar Guillermo, igual que había entrado, con los andares despreocupados de un lobo solitario que no tenía otro interés que el suyo.

Lo vi marcharse y me quedé pensativo, recordando los momentos que habíamos compartido juntos, para bien o para mal, los mismos que habían forjado la amistad que nos unía. A pesar de lo que dijera, no volveríamos a vernos en un ambiente amable y distendido, pues si no había sucedido hasta ahora, no habría manera de que hubiera una excepción. Nuestros encuentros siempre tenían una razón de peso, ya fuera porque le interesara a él o

porque el destino nos uniera como la trayectoria de dos figuras que se juntan y separan cada cierto tiempo.

Sentado en el taburete, esperando que me trajeran la cuenta, observé a toda esa gente ajena a los problemas que realmente rodeaban a la sociedad y me pregunté cuánto tiempo tardaría Rojo en cruzar su camino con el mío, ya fuese por interés o por obligación. Llegué a la conclusión de que tardaría el mismo tiempo que yo en encontrarme de manera inesperada con otro problema.

44

Dos semanas después.

El funcionario de prisiones lo acompañó hasta la enorme puerta de seguridad y finalmente lo dejó salir. No podía creerlo; después de tantos años, saboreaba la libertad como si fuera un manjar. Ahora, desde fuera, observaba los muros de la prisión de Fontcalent como un espectador curioso, fijándose en las alambradas de espinas y en las torres de vigilancia custodiadas por hombres armados. Durante mucho tiempo, esa había sido su casa y ahora se encontraba sin rumbo.

Un sentimiento de abandono lo inundó durante unos minutos, sintiéndose perdido y triste. Se frotó la nariz y respiró profundamente el aire caliente del campo alicantino. Afortunadamente, tenía un propósito y eso era suficiente para seguir adelante. En una mano sostenía una maleta de piel vieja, la misma con la que había ingresado a la prisión diez años atrás y que ahora contenía algunas prendas de vestir.

Se dirigió hacia la carretera y se encaminó hacia el polígono industrial más cercano, donde los autobuses que viajaban a la ciudad hacían una parada. Acompañado de algunos familiares de otros reclusos que esperaban el autobús, miró a su alrededor y solo encontró rostros desolados y heridos por la injusticia, la misma que lo había llevado a ese lugar por culpa de aquel maldito reportero.

Luego, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una fotografía arrugada que había guardado durante todos esos años.

—Ha llegado la hora de pagar por todo lo que has hecho… Gabriel Caballero.



PABLO POVEDA (Cartagena, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio, El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.